

LECTURA

UNIDAD DE COMPETENCIA II: ENFOQUES CRÍTICOS APLICADOS EN LA COMUNICACIÓN	
BIBLIOGRAFÍA	CAPÍTULO SELECCIONADO
5. LOZANO, José Carlos (2007): <i>Teoría e investigación de la comunicación de masas</i> , México, Alhambra Mexicana.	Capítulo 4: “Economía política crítica” Capítulo 5: “El imperialismo cultural en la comunicación internacional” pp. 57-96.

que van ascendiendo en importancia, desde las características individuales de los comunicadores (sexo, edad, clase social, nivel educativo, orientación ideológica y religiosa), hasta los condicionantes económicos y políticos, pasando por las rutinas de trabajo, los valores profesionales y los aspectos organizacionales.

El aspecto central de este enfoque se refiere a que los mensajes de los medios son *construidos* por los comunicadores, es decir, que no tan sólo los seleccionan de la realidad y los transmiten tal cual, sino que sus valores profesionales, sus características, las rutinas de trabajo, así como los condicionantes organizacionales, económicos y políticos moldean el contenido de los mensajes y los hacen reflejar visiones parciales y mediatizadas de la realidad.

CAPÍTULO 4

Economía política crítica

Objetivos específicos

- ▶ Identificar las diferencias entre los planteamientos de la economía tradicional (liberal) y la economía política crítica sobre los medios de comunicación.
- ▶ Analizar los condicionantes ejercidos en el contenido por parte de quienes poseen y controlan las organizaciones de medios.
- ▶ Determinar la influencia de la publicidad en el contenido de los medios de comunicación.
- ▶ Discutir las relaciones formales e informales entre los comunicadores y el poder político.
- ▶ Señalar algunas limitaciones del enfoque de la economía política crítica.

Mientras que en la tradición positivista el análisis de los emisores es algo muy reciente –hay algunos trabajos importantes en la década de 1970, pero fue a partir de la siguiente cuando iniciaron realmente su despegue–, en la perspectiva crítica tiene una larga historia, aunque principalmente desde una perspectiva macrosocial, los últimos dos niveles del modelo de Shoemaker y Reese (véase la figura 3.2 del capítulo 3). Esto se explica por la base neomarxista de los principales enfoques críticos, que sugiere estudiar la propiedad y el control de los medios de comunicación para demostrar sus vínculos con la clase dominante. Según Marx y Engels (citados en Murdock y Golding, 1981, p. 25), en todas las épocas,

la clase que dispone de los medios de producción material controla al mismo tiempo los medios de producción mental, de manera que, por lo mismo, las ideas de los que carecen de los medios de producción mental están sujetas a ella [...] Por lo tanto, mientras gobiernen como clase y determinen el alcance y los límites de una época, es evidente que ellas [...] entre otras cosas [...] regulan la producción y distribución de las ideas de su tiempo; así, sus ideas son las ideas rectoras de su época.

En otras palabras, la clase dominante en una sociedad –en el caso de Estados Unidos y Europa, la burguesía– posee y controla los medios de producción material (industrias, maquinaria, capital, tecnología), lo cual le permite a la vez controlar la ideología de las otras clases. En palabras de Murdock y Golding (ibídem), el pasaje anterior sugiere tres proposiciones importantes:

que el control sobre la producción y distribución de las ideas se concentra en las manos de los propietarios capitalistas de los medios de producción; que, como resultado de este control, sus opiniones y sus visiones del mundo reciben insistente publicidad y llegan a dominar el pensamiento de los grupos subordinados; y que este dominio ideológico cumple una función clave en el mantenimiento de las desigualdades de clases.

Por todo lo anterior, la mayoría de los investigadores críticos de la comunicación se han concentrado en el análisis de los emisores. Su objetivo principal ha sido demostrar que los propietarios de los medios de comunicación masiva y quienes los controlan forman parte de la clase capitalista dominante o responden a los intereses de ésta. Según Mosco (1989, p. 49), el enfoque económico político parte de cuestionar la propiedad y el control de las instituciones de los medios, "identifica sus procesos de producción, distribución y recepción, y analiza las conexiones entre medios de comunicación y medios de producción y reproducción en una economía mundial capitalista".

Economía tradicional y economía política crítica

Golding y Murdock (1993, pp. 15-18), dos de los representantes más sobresalientes de este enfoque, señalan que la economía política crítica es distinta de la economía en general en cuatro aspectos:

1. Es holística.
2. Es histórica.
3. Se preocupa por el balance entre la iniciativa privada y la intervención pública gubernamental.
4. Y, lo más importante, va más allá de las cuestiones técnicas de cómo obtener la eficiencia para abordar cuestiones morales básicas como la justicia, la igualdad y el bienestar común.

Los dos autores británicos aclaran que mientras la economía tradicional se maneja como una disciplina separada y especializada, la economía política crítica parte de una visión holística, que se interesa por la interacción entre la organización económica, y la vida política, social y cultural: "En el caso de la industria cultural [medios de comunicación masiva] nos preocupa en particular el detectar el impacto de las dinámicas económicas en el rango y la diversidad de las expresiones culturales públicas y su disponibilidad para diferentes grupos sociales."

Los economistas políticos liberales (no críticos), según Golding y Murdock, consideran que los receptores de comunicación masiva participan en un mercado, seleccionando entre diferentes productos según la utilidad y la satisfacción que les brinden. Para los críticos, argumentan los dos teóricos, lo más importante no es analizar cómo se da ese consumo, sino la organización de la propiedad y producción, ya que ésta necesariamente condiciona la oferta y las opciones entre las que los receptores eligen.

Así, para Golding y Murdock, la economía política crítica tiene tres áreas de análisis prioritarias: 1. la producción de bienes culturales, en la medida en que los condicionantes de la producción impactan en el rango de opciones del consumo (o recepción); 2. la economía política de los mensajes de los medios (textos), para ilustrar las formas en que las representaciones presentes en los contenidos se relacionan con la realidad material de su producción y su consumo; y 3. la economía política del consumo cultural, para ilustrar la relación entre la desigualdad material y la cultural.

Áreas de análisis prioritarias para la economía política crítica

La producción de bienes culturales.	<p>Investigar cómo es que los cambios en la organización de fuerzas que ejercen control sobre la producción y distribución cultural limitan o liberan la esfera pública:</p> <ul style="list-style-type: none"> a) Patrones de propiedad de los medios y sus consecuencias en la producción de mensajes. b) Relaciones entre las regulaciones del Estado y los medios.
-------------------------------------	------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

FIGURA 4.1

La economía política del contenido de los medios

Analizar cómo es que los factores económicos presentes en la producción condicionan los géneros, las formas y los contenidos de los mensajes comunicacionales.

La economía política del consumo cultural

Analizar las barreras que limitan la soberanía de los consumidores de comunicación masiva, impidiéndoles seleccionar lo que realmente quieren o necesitan por falta de opciones o de dinero (el uso del cable, la antena parabólica, la videocasetera, el disco compacto, la computadora, etcétera, requiere de gastos que no todas las clases sociales pueden ejercer).

Fuente: Peter Golding y Graham Murdock, "Culture, Communications, and Political Economy", en James Curran y Michael Gurevitch (eds.), *Mass Media and Society*, Edward Arnold, Londres, 1993.

Además de los ya mencionados arriba, otros autores identificados con esta corriente son: Herbert Schiller (1976), Dallas Smythe (1983), Armand Mattelart (1976 y 1977), Garnham (1985), Nordenstreng (1982), Hamelink (1981) y Mosco (1989, 1996). En América Latina abundan ejemplos de aplicación del enfoque económico político (en ocasiones manejado dentro de la perspectiva del imperalismo cultural) al análisis de la comunicación de masas, desde la ya clásica antología *Televisión: el quinto poder* (Trejo Delarbre, 1985), hasta los trabajos de Albornoz, Castillo, Hernández, Mastrini y Pistolski (1999), Atredondo y Sánchez Ruiz (1987), Bernal Sahagún (1982), Bolaño (1999), Beltrán y Fox (1981), Britos (2005), Crovi (1999), Esteinou (1992), Faraone (1999), Fernández Christlieb (1982), Herscovici (1999), Lozano (2006) y Rebouças (2005), entre muchos otros.

Todos los anteriores comparten —con algunas diferencias entre sí— una perspectiva económico-política en sus análisis de la comunicación de masas. Por lo general, su visión es macro: analizan los condicionantes externos a los medios, en especial los económicos (anunciantes, cadenas o grupos empresariales a los que pertenecen), los políticos (relación con el gobierno, las regulaciones legales que rigen su funcionamiento, y los mecanismos de censura y autocensura), y los ideológicos (visiones del mundo de los propietarios y de los agentes externos que los influyen, e ideología dominante en la sociedad en que funcionan los medios). En el modelo de Shoemaker y Reese (véase la figura 3.2 del capítulo 3), se pueden ubicar estos estudios entre los condicionantes más amplios de los señalados por ellos.

Propiedad y control de las organizaciones de medios

En Estados Unidos y en muchos otros países, la mayoría de los grandes medios de comunicación pertenecen a grupos empresariales o industriales, dedicados ya sea a actividades sin relación directa con la producción de mensajes comunicacionales o

a una amplia gama de estos. El lanzamiento y el funcionamiento de un periódico, una estación televisiva o radiofónica exigen una gran inversión económica, por lo que, en la práctica, los ciudadanos comunes y corrientes, o las organizaciones sociales pequeñas, se ven imposibilitadas de contar con sus propios medios. Las grandes corporaciones, por el contrario, cuentan con el capital y los recursos humanos y tecnológicos, por lo que terminan siendo quienes poseen y controlan la mayoría de los medios.

Según Esteinou (1992, p. 95) la propiedad privada de las organizaciones de medios permite que los dueños obtengan...

la facultad de orientar su función cultural hacia el fortalecimiento y la reproducción de sus intereses económicos, políticos y culturales que, generalmente, coinciden con los intereses que movilizan a la clase en el poder. Esto se debe a que, en términos generales, la propiedad de los transmisores, especialmente de los tecnológicamente más avanzados, está condicionada a la inversión de un fuerte capital inicial.

El desmontaje de esta centralización de poder nos remite a descubrir que, en el común de los casos, en la sociedad capitalista, los propietarios de los medios pertenecen al mismo sector dirigente que está en constante articulación simbiótica con las principales fracciones de la clase dominante que controlan y dirigen las ramas fundamentales de la producción social donde actúan. Esta relación de mutua dependencia es la que los lleva a quedar determinados por la amalgama de intereses que configuran al estrato en el poder.

Economistas políticos norteamericanos han resaltado lo anterior para el caso de su país, analizando un gran número de casos. De acuerdo a Herman y Chomsky (1988, pp. 8-14), en Estados Unidos hay muy pocas empresas de medios que controlan la mayoría del mercado comunicacional. Dichas corporaciones están integradas completamente al mercado; en ellas se manifiestan simultáneamente las presiones de accionistas, directivos y banqueros para que sean productivas y rentables en términos estrictamente económicos. Para tales grandes corporaciones, que se manejan como cualquier otro negocio, los fines sociales y culturales son totalmente secundarios. La gran rentabilidad de los medios, en un ambiente sin restricciones legales fuertes como el estadounidense, según Croteau y Hoynes (2001), ha propiciado que se incrementen los intentos hostiles de compra entre las grandes corporaciones. Lo anterior ha forzado a los gerentes de los gigantes de la comunicación a endeudarse más y a centrarse aún más agresiva e inequívocamente en las ganancias, de tal forma que los dueños estén tranquilos, y para ser menos atractivos a los posibles compradores hostiles, quienes tendrían que pagar mucho más si el medio fuera rentable.

Muchos medios pertenecen a grandes cadenas nacionales o internacionales. El imperio de Rupert Murdoch es un ejemplo del alarmante grado de concentración de la propiedad de los medios. Su compañía, News Corporation es dueña o parcialmente propietaria de cientos de medios y empresas de comunicación (véase la figura 4.2 para identificar todo lo que tenía en 2005), entre otros de numerosos periódicos ingleses (entre ellos el prestigioso *Times* de Londres), norteamericanos (*TV Guide*, *New York Post*) y australianos, de compañías editoriales y del Canal Fox

de Estados Unidos, la cuarta cadena nacional de televisión de ese país. Asimismo, tiene participación en los sistemas de televisión por satélite sky y Directv tanto en Estados Unidos como en América Latina, Europa y Asia (cf. News Corporation, 2005; Golding y Murdoch, 1993, p. 23; Lee y Solomon, 1990, pp. 95-96). El propio Rupert Murdoch, destacando la importancia de las operaciones de News Corporation a nivel mundial, señalaba en su reporte anual a los accionistas que el 40% de las ganancias del conglomerado provenían de fuera de Estados Unidos (News Corporation, 2005, p. 5).

FIGURA 4.2

News Corporation: propiedad total o parcial de medios y empresas de comunicación (2005)

CINE	TELEVISIÓN	TV DE PAGA	OTROS
Estados Unidos	Estados Unidos	CANALES	PERIÓDICOS
1. Fox Filmed Entertainment	1. Fox Broadcasting Company	Estados Unidos	Estados Unidos
- 20 th Century Fox Film Corp	- WNEW Nueva York	1. Fox News Channel	- <i>New York Post</i>
- Fox 2000 Pictures	- WWCN Nueva York	2. Fox Cable Network	
- Fox Searchlight Pictures	- KTTV Los Angeles	- FX	Gran Bretaña
- Fox Music	- KCRW Los Angeles	- Fox Movie Channel	- <i>The Times</i>
- 20 th Century Fox Home Entertainment	- WFLD Chicago	- Fox Regional Sports Network (14 canales)	- <i>The Sunday Times</i>
- 20 th Century Fox Licensing and Merchandising	- WPKR Chicago	- Fox soccer channel	- <i>The Sun</i>
- Blue Sky Studios	- WTXF Philadelphia	- SPEED channel	- <i>News of the World</i>
- 20 th Century Fox TV	- KDFW Dallas	- FUEL	- <i>7st Education</i>
- 20 th TV	- KDFW Dallas	- Fox reality	Australia
- Regency TV (50%)	- WBCR Boston	- Fox reality	- Más de 110 periódicos nacionales, metropolitanos, suburbanos, regionales
	- Otras 25 estaciones en 20 ciudades más	- National Sports Partners	
Asia	Asia	- National Advertising Partners	Fiji y Papúa Nueva Guinea
1.11. Balaji Telefilms (26%)	3. STAR	- Fox Sports Net Bay Area (40%)	- Cinco periódicos
	- STAR Plus	- Fox Panamerican Sports (38%)	
	- STAR Movies	- National Geographic Channel International (50%)	EDITORAS DE LIBROS
	- STAR News	- National Geographic Channel Domestic (67%)	- Harper Collins
	- STAR Mandarin Movies		
	- STAR World		REVISTAS
América Latina	- STAR Gold		- <i>Genstar TV Guide Internacional</i> (41%)
1.12. Fox Studios Baja	- STAR Chinese channel		
1.13. Canal Fox	- ESPN Start Sports (50%)		

- Channel (V) Taiwan
 - Channel (V) Tailandia
 - Xing Kong Wei Shi
 - Vijay tv
- América Latina**
- Cine Canal (23%)
 - Telecine (13%)
- Australia**
3. Premier Media Group (50%)
- SISTEMAS DE TV**
- sky Italia
 - British sky Broadcasting (37%)
 - DIRECTV Group (Estados Unidos, 34%)
 - sky Latin America (México, 30%) (Brasil, 50%)
 - Space tv (India, 20%)
 - Phoenix Sat tv (Asia, 38%)
 - Hathway Cable y Datacom (Asia, 26%)
 - China Network Systems (17 sistemas de cable en Asia)

Fuente: News Corporation (2005). Annual Report. Obtenido el 14 de marzo de 2006 de <http://www.newscorp.com/index2.html>

En muchos casos, cada medio específico pertenece a una gran cadena de medios, con una estructura de control y propiedad centralizada y vertical que impide la autonomía y la capacidad de toma de decisiones a niveles particulares. Según Ben Bagdikian, en 1982, 50 corporaciones controlaban la mayoría de las organizaciones de medios. Para 1990, esa cantidad se había reducido a 23, y para 2000 tan sólo seis gigantes de la comunicación poseían y determinaban el contenido de la gran mayoría de periódicos, estaciones de televisión, radiodifusoras, estudios cinematográficos y compañías editoriales (cf. Lee y Solomon, 1990, pp. 70-71; y Bagdikian, 2000). Mientras que, a mediados de la década de 1940, el 80% de los diarios estadounidenses eran de propiedad independiente, para 1986 tan sólo el 28% de ellos no pertenecía a grandes cadenas nacionales (Shoemaker y Reese, 1994, pp. 168). En el año 2000, según Croteau y Hoynes (2003), 12 conglomerados poseían 335 diarios en Estados Unidos. Dentro de estas empresas, destacaba Garnett, editora del periódico de circulación nacional *USA Today*, la cual además era dueña de otros 96 diarios que llegaba a una circulación combinada de 7.8 millones de ejemplares (p. 36).

Conglomerados mediáticos latinoamericanos

Hay evidencias de un desarrollo importante de conglomerados mediáticos originarios de América Latina con vínculos y alianzas entre sí. Como documentan

Arroyo, López Gómez y Vega (2003) por lo menos existen cuatro grandes conglomerados regionales latinoamericanos: Grupo Clarín en Argentina, Televisa en México, Globo en Brasil y Grupo Cisneros en Venezuela. Aunque no son los únicos, sí son los más grandes, y los que cuentan con alianzas estrechas entre sí y con otros grupos regionales o locales.

El Grupo Clarín, por ejemplo, está relacionado con empresas en Paraguay, Guatemala y Puerto Rico en alianza con Grupo Cisneros en los últimos dos países. Televisa, por su parte, es propietaria o tiene alianzas con televisoras en Brasil, Chile, Ecuador, Guatemala, Estados Unidos,¹ Paraguay y Perú, entre otros países. El Grupo Cisneros aparece con vínculos o propiedades en Argentina, Brasil, Guatemala, Estados Unidos y Puerto Rico (Arroyo, López y Vega, 2003), y presume de contar con seis cadenas de medios en el hemisferio americano² (Colitt, 1998, 24 de marzo). Además, dicho grupo venezolano se ha embarcado en los últimos años en la compra de acciones en medios latinoamericanos, españoles y portugueses, buscando convertirse en socio mayoritario de grupos locales.

"Si trabajas solo te tomará más tiempo y te costará más dinero", afirma Carlos Cisneros. "Un socio adecuado, señala, agrega eficiencia y rapidez a la operación [...] Cisneros busca alianzas con socios locales o le ofrece a inversionistas locales una participación minoritaria en el negocio."

De acuerdo con Colitt, en 1998 el Grupo Cisneros adquirió Imagen Satelital, la programadora de cable más grande de Argentina, permitiendo a los administrativos comprar el 20% de las acciones. Además, tenía un convenio con Admira (propiedad de Telefónica España) firmado en el 2001 para coproducir telenovelas para el mercado latinoamericano e hispano en Estados Unidos (De Pablos, 2003, pp. 20-26 de enero).

Televisa tenía como socio a la compañía Prensa Española en el Grupo Euro-Producciones, para coproducir telenovelas para el país ibérico (Hopewell, 2001). Después de un declive en el interés de las audiencias españolas por ver telenovelas latinoamericanas, la fórmula de llevar argumentos ya realizados por Televisa en México y reescritos para el mercado español parecía estar funcionando a partir de 2003.

Irónicamente, estos grandes conglomerados latinoamericanos de medios, pese a su poderío económico y su capacidad de producción de mensajes comunicacionales —p quizás gracias a eso—, tienen vinculaciones y alianzas claras con los gigantes transnacionales mediáticos. El Grupo Clarín era aliado en Argentina de News Corp. Latinoamérica (Sutter, 2001). Televisa y Globo son socios por su parte de News Corp. Latinoamérica, junto con News Corporation y Liberty Media. Televisa también tiene relaciones comerciales con Entretenimiento Plural, subsidiaria de producción del gigante español Prisa, para producir largometrajes, películas para televisión y miniseries (De Pablos, 2003). Gaylord Cable Networks, de Estados Unidos, es

¹ En el 2004 Televisa tenía el 15% de las acciones de Univisión y le proveía el 40% de su programación, mientras que el Grupo Cisneros tenía el 19% y le proveía el 11% de su programación. Joe Perenchio tenía el resto de las acciones.

² En 1999 compró el canal de videos musicales MTV, basado en Miami, e incluido en la programación de News Corp. Latinoamérica.

socio de grupos locales argentinos en los canales de música MusicCountry Latin America y Tango, así como del grupo Mega Cable de Guadalajara, México, en el canal Video Rola (Cobo, 2001). La compañía peruana de cable, Cable Mágico, es apoyada por Telefónica, de España (Sutter, 2001). El sistema de cable venezolano MSO Super Cable es parcialmente propiedad del grupo estadounidense MSO Adelphia Cable Communication, quien en 1999 poseía el 20% de las acciones en forma directa y otro 20% a través de su subsidiaria ecuatoriana Eljuri, considerada por el Pacto Andino como socio local a pesar de su dependencia de la compañía estadounidense (Duarte, 1999).

En ocasiones, estos conglomerados transnacionales son los propietarios directos de importantes medios de comunicación. Es el caso de la cadena canadiense CTC, dueña del canal de música MuchMusic en Argentina y de la mencionada Gaylord Cable Networks, propietaria exclusiva del canal MusicCountry Brasil (Cobo, 2001, 17 de febrero). El Grupo Árbol de España es la propietaria de la argentina Promofilm, que ha comercializado reality shows en Colombia y Venezuela como *Protagonistas de novela* y el show de variedades *Sala de parejas* para Colombia, Venezuela y Estados Unidos (De Pablos, 2003). La compañía francesa MultiThématiques, adquirió en 2000 el canal Eurochannel de Brasil, de manos del grupo latinoamericano Abril (James, 2000).

De hecho, no sólo conglomerados norteamericanos y europeos, sino ciudades enteras, como Miami, tienen una influencia extraordinaria en la programación televisiva latinoamericana, como lo hace notar Sinclair (2003). Dicha población es la base de operaciones de canales como MTV Latino, y de las cadenas hispanas Telemundo, propiedad de la cadena sac y Univisión, de Perenchio, Televisa y Grupo Cisneros. Este último conglomerado mediático de Venezuela tiene una importante base de operaciones en Miami, para la producción de contenidos dirigidos a la región (p. 224). Su competidora RCTV tiene a la vez una distribuidora de su programación para Estados Unidos llamada Coral Pictures. Todo lo anterior hace más complejo el análisis de los mercados regionales latinoamericanos, ya que implica también de manera predominante una ciudad en territorio norteamericano pero desde una óptica principalmente regional.

Resumiendo, se puede afirmar que si bien, por un lado, efectivamente se han desarrollado y consolidado grandes conglomerados regionales en América Latina, lo cual indica que el predominio norteamericano no es absoluto, por otra parte los gigantes comunicacionales estadounidenses o transnacionales tienen todavía una influencia desproporcionada en la región, lo que no ocurre en sentido inverso.

Concentración en la propiedad de medios impresos

En algunos países latinoamericanos, como en el caso de México, la concentración de la propiedad y control de periódicos no se distingue tan marcadamente (cf. Bohmann, 1989; Arredondo y Sánchez, 1987), aunque existe por lo menos una cadena nacional de proporciones muy importantes: la Organización Editorial Mexicana (véase la figura 4.3). En las cadenas radiofónicas, por su parte, el problema no parece residir en la concentración de la propiedad (ésta se encuentra fragmentada en numerosos grupos e individuos), sino en la concentración del control

de los grupos radifónicos. De acuerdo con Javier Corral (2005), en 2005 existían en el país 1,597 estaciones de radio, aunque el 80% de ellas era controlado únicamente por 13 grandes grupos radifónicos. Para marzo de 2006 el Grupo ACIR, por ejemplo, tenía afiliadas 160 radifusoras en México (Grupo ACIR, 2006).

FIGURA 4.3

Organización Editorial Mexicana (2006)

El Sol de México México, D.F.	Diario del Sur Tapachula, Chiapas	Noticias Vespertinas. El León León, Guanajuato
ESTO México, D.F.	El Herald de Chihuahua Chihuahua, Chihuahua	El Sol Diario de la Tarde Irapuato, Guanajuato
La Prensa México, D.F.	El Herald de la Tarde Chihuahua, Chihuahua	ESTO del Bajío León, Guanajuato
Marcador México, D.F.	El Mexicano (Cd. Juárez)	La Prensa del Bajío Celaya, Guanajuato
Trato Directo México, D.F.	El Sol de Parral Hidalgo del Parral, Chihuahua	El Sol de Acapulco Acapulco, Guerrero
El Sol de Mediodía México, D.F.	Noticias de El Sol de la Laguna Torreón, Coahuila	El Sol de Hidalgo Pachuca, Hidalgo
El Sol del Centro Aguascalientes, Aguascalientes	El Sol de Durango Durango, Durango	El Sol de Tlaxcaingo Pachuca, Hidalgo
La Voz de la Frontera Mexicali, Baja California	El Sol de Toluca Toluca, Edo. de México	El Occidental Guadalajara, Jalisco
El Sol de Tijuana Tijuana, Baja California	Extra del Sol (Toluca) Toluca, Edo. de México	El Sol de Guadalajara Guadalajara, Jalisco
El Centinela (Mexicali) Mexicali, Baja California Norte	El Sol del Bajío Celaya, Guanajuato	ESTO de Jalisco Guadalajara, Jalisco
ESTO de las Californias Tijuana, Baja California	El Sol de Irapuato Irapuato, Guanajuato	La Prensa de Jalisco Guadalajara, Jalisco
El Surocaliforniano (La Paz) La Paz, Baja California Sur	El Sol de Salamanca Irapuato, Guanajuato	El Sol de Morelia Morelia, Michoacán
El Herald de Chiapas Tuxtla Gutiérrez, Chiapas	El Sol de León León, Guanajuato	El Sol de Zamora Zamora, Michoacán

El Sol de Cuautla Cuautla, Morelos	ESTO del Centro San Luis Potosí, S.L.P.	El Sol de Tampico Tampico, Tamaulipas
El Sol de Cuernavaca Cuernavaca, Morelos	La Prensa del Centro San Luis Potosí, S.L.P.	El Sol de la Tarde (Tampico) Tampico, Tamaulipas
El Sol de Puebla Puebla, Puebla	El Sol de Mazatlán Mazatlán, Sinaloa	El Sol de Tlaxcala Tlaxcala, Tlaxcala
El Sol de Tehuacán Puebla, Puebla	El Sol de Sinaloa Cullacán, Sinaloa	Diario de Xalapa Xalapa, Veracruz
La Voz de Puebla Puebla, Puebla	El Sol de Cullacán Cullacán, Sinaloa	El Sol de Córdoba Córdoba, Veracruz
ESTO de Puebla Puebla, Puebla	La Prensa de Sinaloa Mazatlán, Sinaloa	El Sol de Orizaba Córdoba, Veracruz
Diario de Querétaro Querétaro, Querétaro	Tribuna de San Luis San Luis Río Colorado, Sonora	ESTO de Veracruz Xalapa, Veracruz
El Sol de San Juan del Río Querétaro, Querétaro	El Herald de Tabasco Villahermosa, Tabasco	El Sol de Zacatecas Zacatecas, Zacatecas
El Sol de San Luis San Luis Potosí, S.L.P.		

Fuente: Tabla construida a partir de información del sitio web de la Organización Editorial Mexicana (oem) obtenida el 14 de marzo de 2006 de <http://www.oem.com.mx/quienesomos/directorio.htm>

Para Gutiérrez Espíndola (1989, p. 11), en la industria de la radio mexicana "prevalecen intereses particulares y orientaciones comerciales" dada su estructura monopólica:

A este respecto se ha escrito que "nadie puede ocultar que [la monopolización] existe por la vía de los hechos mediante la incorporación de las emisoras a los grandes grupos y consorcios nacionales y regionales, de los que apenas 15 firmas controlan -afilian, dicen ellos- más del 80% del total de radifusoras comerciales; pero tampoco nadie puede demostrarlo por el camino del derecho". Y esto último por la sencilla razón de que las concesiones están formalmente otorgadas a diferentes personas o grupos.

En el caso de la televisión, ya es un ejemplo trillado el de Televisa, grupo que posee cadenas y estaciones de televisión, radifusoras, editoras y distribuidoras de revistas, equipos de fútbol y sistemas de cablevisión. La figura 4.4 ofrece información más detallada sobre este gigantesco consorcio.

FIGURA 4.3

Grupo Televisa (2004)

División	% de propiedad	Descripción
Televisión	100	Cuatro cadenas de televisión en México (canales 2, 4, 5 y 9). Líder mundial en producción de tv en español.
Cadenas de tv de paga	100	Producción y distribución de 21 canales de tv en español y en inglés para sistemas de tv de paga.
Edición de revistas	100	Más grande editor de revistas en español en el mundo. Edita 60 títulos con una circulación anual de cerca de 127 millones de ejemplares.
Distribución de revistas	100	Más grande distribuidora de revistas en español en el mundo.
ser México	60	Más de un millón 200 mil suscriptores en México.
Cable Televisión	51	Transmite su señal en el Valle de México a cerca de 500 mil suscriptores.
Radio	50	Operación de una cadena de 81 radio-difusoras en México.
Otras empresas	100	Portal de Internet Esmas.com Equipos de fútbol: América, Necaxa y Real San Luis. Estadio Azteca. Videocine.
Empresas no consolidadas	9.9	- Cadena en español Univisión (Estados Unidos).
	50	- TiTV, distribución de 5 canales para tv de paga estadounidense.
	50	- Vívelo, compañía de entretenimiento en vivo para hispanos en Estados Unidos.
	40	- OCESA, entretenimiento en vivo en México.

Fuente: Televisa (2004). *Annual Report 2004*. Obtenido el 28 de enero de 2006, de: <http://www.esmas.com/televisahome/ingles/inversionistas/annual2004/>

La figura 4.5, por otro lado, muestra los principales medios en los que tiene propiedad o participación el Grupo Clarín, de Argentina, mejor conocido por el diario que edita con ese nombre. Como se observa, además de sus intereses en prensa, incursiona en cine, radio, Internet, televisión abierta y televisión de paga.

FIGURA 4.5

Grupo Clarín, Argentina (2005)

División	Descripción
Cadenas de TV nacional	Agencia de noticias DPA
Canales de TV	Canal 13 (Buenos Aires). Canal 12 (Córdoba). Polka Producciones.
Televisión de paga	Multicanal (Argentina, Paraguay y Uruguay). Discreet en asociación con <i>Galaxy Latin America</i> . Canales (tv 24 Horas, Volver, TyC Sports).
Revistas	Elle (en sociedad con <i>Hachette Filipacchi de Francia</i>). Música.
Prensa	Clarín Ole Los Andes de Mendoza La Voz del Interior (Córdoba)
Radio	Radio Mitre La 100
Entretenimiento en el hogar	Audiotel
Cine	Petagonik Film Group (en sociedad con Buena Vista) Disney y Telefónica.
Internet	Rush. Ciudad Internet Clarín.com

Fuente: <http://www.grupoclarin.com.ar/contact/index.htm>

El subsidio publicitario

Los grandes costos de operación, así como sus objetivos centrales de rentabilidad, han propiciado que los medios de comunicación busquen la mayor cantidad de anunciantes posible. De hecho, las ganancias de los periódicos y las revistas en

000088

América Latina no residen en la venta de sus ejemplares, ni las de la televisión o la radio en posibles licencias (caso europeo), sino en la publicidad que logren incorporar en sus ediciones o programación. Los anunciantes, por su parte, desean que sus mensajes publicitarios lleguen a la mayor cantidad posible de consumidores potenciales, por lo que seleccionan los medios con audiencias más grandes.

Lo anterior, desde la perspectiva de la economía política crítica, provoca que los medios comerciales no busquen la producción de mensajes con contenidos sociales o culturales —función que en muchas legislaciones se señala como prioritaria—, sino que se concentren en aquellos que resultan más atractivos para el público, aun cuando sean sensacionalistas, superfluos o incluso nocivos.

De hecho, para algunos autores de esta corriente, los medios en la práctica no venden anuncios sino audiencias (Smythe, 1983). Para Amedondo y Sánchez Ruiz (1987, p. 16) "la fuente real de ingresos de la radio y televisión comerciales es la venta de audiencias a los anunciantes: los programas televisivos atraen a una teleaudiencia, la preparan para recibir los mensajes persuasivos de los anunciantes y, entonces, las televisoras venden tales teleaudiencias reales y potenciales a los anunciantes mediante el llamado *costo por millar*".

Para Fernández Christlieb (1982, pp. 202-204) la vinculación de los medios de comunicación con la élite económica se da mediante la venta de publicidad. La prensa, la radio, la televisión y los demás medios "acortan el ciclo de circulación del capital" vía la inserción de anuncios. Dadas las altas tarifas publicitarias en la televisión nacional, ¿quién puede pagarlas? Contesta Fernández Christlieb: "Por supuesto que no es el pequeño comercio o la mediana industria, los que al pagarlas determinan el contenido de la programación televisiva. Es el capital monopólico, nacional y extranjero, el que sigue marcando las pautas de una de las principales fuentes de la actual cultura nacional."

Debido a la dependencia que tienen los medios de comunicación respecto de la publicidad, no es el consumidor el que decide cuáles medios sobreviven y cuáles no, sino los anunciantes. Aunque estos últimos están interesados en los medios con mayor penetración, también están interesados en no apoyar aquellos medios que sean críticos hacia su funcionamiento o hacia el sistema económico, político e ideológico que les permite operar. Sin el subsidio publicitario, los medios que critican el establishment o aquellos que no tienen una finalidad comercial, terminan por hacer producciones menos llamativas y costosas que su competencia, lo cual redundaría en una pérdida de audiencia. Herman y Chomsky (1988, pp. 14-17) refieren el caso de la televisión pública en Estados Unidos, la cual ha recibido el patrocinio de grandes consorcios petroleros, bancarios e industriales para programas que favorecen al sistema capitalista, y que se ha visto sin apoyos publicitarios para programas de denuncia social o ecológica.

La publicidad también condiciona el contenido de los medios desde otra perspectiva. Algunos anunciantes están interesados exclusivamente en llegar a los segmentos del público con mayor poder adquisitivo. Por ello, tienden a patrocinar mensajes de los medios que respondan a los gustos y las necesidades de dichos sectores (cfr. Herman y Chomsky, 1988, p. 16). La consecuencia es terrible para aquellos sectores del público más desprotegidos económicamente, aquellos que, irónicamente, son los que requieren más urgentemente la atención de los medios

para satisfacer sus necesidades (educativas, sociales, de entrenamiento u orientación) y para denunciar sus problemas (discriminación, pobreza, desempleo, desatención gubernamental, etcétera).

Muchas secciones nuevas de los medios (autos, cocina, salud, moda, finanzas, tecnológica) se abren no para satisfacer las necesidades de los lectores o televidentes, sino para atraer anunciantes especializados.

Por todo lo anterior, según el enfoque económico político, la publicidad constituye en la actualidad uno de los condicionantes más importantes del contenido de los medios.

Condicionantes en la relación medios-gobierno

Los condicionantes políticos, presentes en la producción de los mensajes, también son destacados por este enfoque teórico. A diferencia de los económicos, ya analizados, los condicionantes políticos se refieren principalmente a los marcos jurídicos, y al papel de los gobiernos en la regulación, el control y el manejo de los sistemas de comunicación.

En el enfoque marxista clásico, el Estado juega un papel subordinado a la clase económica dominante. Así, las regulaciones, leyes y demás mecanismos de control de los medios favorecerían clara y reiteradamente a dicho grupo social. En los nuevos enfoques críticos, basados en Gramsci y otros teóricos más recientes, el control político, económico y social de una sociedad se le adjudica a una clase hegemónica, en la que coexisten, en ocasiones con fuertes pugnas internas, diversos grupos económicos y sociales. Estos grupos negocian y se enfrentan constantemente para favorecer sus objetivos, pero mantienen cierta cohesión y consenso para seguir detentando el control de la sociedad.

Esta última visión es la que prevalece actualmente entre muchos de los economistas políticos críticos. La clase hegemónica está compuesta por la élite económica —integrada a la vez por muy diversas facciones—, la élite política —compuesta también por muy diversos grupos—, e incluso por ciertas agrupaciones sindicales, intelectuales y sociales. El gobierno, aunque tiende a defender los intereses de la élite económica, por ser la más fuerte, responde también a las presiones y los intereses de los demás grupos, por lo que en ocasiones se enfrenta a los de la primera. La figura 4.7, por ejemplo, muestra las enormes sumas de dinero que otorgaban legalmente diversos conglomerados mediáticos a congresistas y candidatos estadounidenses (de ambos partidos) con el afán de influir favorablemente en ellos y tener su simpatía cuando estén en el poder.

Así, los economistas políticos estudian en primer término las leyes, regulaciones y políticas que rigen el establecimiento y la operación de los sistemas de comunicación masiva. Al hacerlo, cuestionan el grado en que estas regulaciones favorecen a las clases hegemónicas, o si buscan verdaderamente el bien común. En este renglón se analizan desde las leyes relativas a la libertad de expresión, difamación, libelo, contenido social y cultural, etcétera, hasta la asignación de concesiones de radio y televisión, pasando por el uso de los tiempos oficiales y las políticas gubernamentales sobre el funcionamiento de los medios de comunicación.

FIGURA 1.6

Organizaciones cívicas como FAIR (Fairness & Accuracy in Reporting) han demostrado que muchos programas noticiosos y de debate en Estados Unidos favorecen sistemáticamente a fuentes gubernamentales, convirtiéndose en sus voceros de facto



Fuente: Portada del Boletín de FAIR, vol. 3, núm. 4.

FIGURA 1.7

Gastos de cabildeo de empresas de medios en Estados Unidos

Organización	Gastos de cabildeo 1999	Contribución a campañas	Porcentaje para los demócratas	Porcentaje para republicanos
Asociación Nacional de TV cable	\$4,800,000	\$752,518	43	57
Time Warner	3,000,000	1,465,396	65	34
Walt Disney Co.	2,446,800	1,224,651	59	41
CBS Corp.	1,940,000	113,725	26	73
TCI	1,200,000	769,560	44	56
BW	1,040,000	82,225	37	63
Viecom	1,000,000	473,142	59	41
Motion Picture Assn. Of America	990,000	161,343	58	42
Recording Industry Assn. of America	820,000	224,260	50	50

Fuente: Croteau, D. y Hoynes, W. (2001). The business of media. Thousand Oaks: Pine Forge.

FIGURA 4.1

En todos los países existen dependencias gubernamentales encargadas de revisar, evaluar y aprobar la programación televisiva

COMISIÓN FEDERAL DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE RADIO, TELEVISIÓN Y CINEMATOGRAFÍA
DIRECCIÓN DE CONTENIDOS Y DISTRIBUCIÓN DE SEÑALES DE RADIO Y TELEVISIÓN
MEXICO AUTÓNOMA, SEPTIEMBRE 2004

País	Nombre	Función	País	Nombre	Función
Argentina	Comisión Nacional de Audiovisual	Regula y supervisa los contenidos de los programas de radio y televisión.	Brasil	Conselho Nacional de Comunicação	Regula y supervisa los contenidos de los programas de radio y televisión.
Chile	Comisión Nacional de Televisión	Regula y supervisa los contenidos de los programas de televisión.	Colombia	Comisión Nacional de Radiodifusión	Regula y supervisa los contenidos de los programas de radio y televisión.
Costa Rica	Comisión Nacional de Radiodifusión	Regula y supervisa los contenidos de los programas de radio y televisión.	El Salvador	Comisión Nacional de Radiodifusión	Regula y supervisa los contenidos de los programas de radio y televisión.
Guatemala	Comisión Nacional de Radiodifusión	Regula y supervisa los contenidos de los programas de radio y televisión.	Honduras	Comisión Nacional de Radiodifusión	Regula y supervisa los contenidos de los programas de radio y televisión.
Paraguay	Comisión Nacional de Radiodifusión	Regula y supervisa los contenidos de los programas de radio y televisión.	Panamá	Comisión Nacional de Radiodifusión	Regula y supervisa los contenidos de los programas de radio y televisión.
Puerto Rico	Comisión Nacional de Radiodifusión	Regula y supervisa los contenidos de los programas de radio y televisión.	Uruguay	Comisión Nacional de Radiodifusión	Regula y supervisa los contenidos de los programas de radio y televisión.
Venezuela	Comisión Nacional de Radiodifusión	Regula y supervisa los contenidos de los programas de radio y televisión.			

Fuente: Sitio Web de la Dirección General de Radio, Televisión y Cinematografía de México, encargada de autorizar la transmisión de programas televisivos.

Según varios estudios de economía política en América Latina, muchos de los gobiernos de esta región han adoptado, desde la década de 1980 hasta la fecha, numerosas políticas y regulaciones que promueven la liberalización, la privatización y la desregulación en la mayoría de los sectores económicos, incluyendo los medios de comunicación y las empresas de telecomunicaciones (Croví, 2000; Gómez Mont, 2000; Lotano, 2003 y Sánchez Ruiz, 2000). De esta forma, las leyes y las políticas públicas adoptadas por los gobiernos han beneficiado, principalmente, a las grandes empresas de medios y de tecnologías de la información y la comunicación, más que a los usuarios y consumidores ya que han antepuesto los intereses comerciales de dichas empresas a la prestación de servicios públicos para las audiencias.

En segundo término, estos teóricos estudian las relaciones formales e informales que se dan entre la clase política y los comunicadores profesionales. El objetivo es determinar hasta qué punto los políticos mantienen relaciones de respeto y distancia con los medios, o el grado en que utilizan mecanismos cuestionables como subsidios, convenios de propaganda oficial, favores, regalos, sobornos, etcétera, para influir el contenido de los mensajes.

En el caso de muchos países latinoamericanos, ambos niveles parecen tener una importancia mayúscula en el establecimiento y funcionamiento de los medios

de comunicación. En el caso de la prensa, no se considera que se manifieste un estricto control y censura por parte del gobierno, sino una especie de *censura ambiental* (Granados Chapa, 1981) o *autocensura* (Riva Palacio, 1992, p. 12). La conclusión, para Arredondo y Sánchez Ruiz (1987, pp. 56-57), es que "aunque no se ejerce un control directo por parte del Estado, la prensa tiende a responder, por diversas razones, a los intereses y proyectos del aparato gubernamental". Para ambos autores, el caso de la radio y la televisión es todavía peor, ya que más que predominar los intereses sociales en general, se ha dado una apropiación, control y exploración por unos cuantos: "La televisión es [...] un recurso de poder importante, altamente concentrado, que puede eventualmente dotar a los grupos privados que la controlan de la capacidad de obtener una mayor hegemonía que la del propio Estado."

FIGURA 4.9

Daniel Santoro (Clarín, Argentina), opina sobre la autocensura en América Latina

Considerando la autocensura como la decisión de un medio de suprimir informaciones de conveniencia pública o por presiones o intereses de otra índole, ¿cree usted que este fenómeno está extendido en la prensa latinoamericana?

Creo que el fenómeno de la censura interna o autocensura en los medios masivos de América Latina se ha extendido en los últimos años, fundamentalmente por tres motivos: por la crisis económica que ha debilitado a los medios frente al Estado; porque no hay parámetros en cuanto a cómo debe ser la relación entre los periodistas y los dueños de los medios (entonces hay algunos dueños de los medios que se abusan de esa situación); y un tercer fenómeno es que si la prensa es el perro guardián que tiene que controlar a los gobiernos, ¿quién controla al perro guardián. Hay una ausencia o un vacío en cuanto a Observatorios, como el que existe por ejemplo en la Universidad de Columbia (Estados Unidos), que es prestigioso y está integrado por gente independiente, donde puede haber una referencia de qué es lo que publican o no los medios o cómo publican los temas complicados los medios de comunicación de Estados Unidos.

Limitaciones del enfoque económico-político

Aunque la economía política crítica ha tendido a enfocar su atención en los condicionantes macro de la producción y distribución de mensajes, algunos autores de esta corriente, como Golding y Murdock (1993, p. 19), insisten en que se tome en cuenta las contradicciones al interior de los procesos de producción, así como la

relativa autonomía de los diferentes actores que intervienen en el proceso de producción. Aunque los factores macroeconómicos, como la propiedad y el control, y los políticos, como la relación de la clase hegemónica con el gobierno, explican mucho del contenido final de los medios, no dicen toda la historia. Así, debemos pensar en el determinismo económico de una manera más flexible, dicen Golding y Murdock:

En vez de quedarnos con la noción de Marx de la determinación leonómica en última instancia, con sus implicaciones de que todo puede relacionarse directamente con las fuerzas económicas, podemos seguir a Stuart Hall y considerar la determinación operando en una primera instancia [...] Es decir, podemos pensar que las dinámicas económicas definen los principales aspectos del ambiente general en que se desarrolla la actividad comunicacional, pero no considerarlas como una explicación completa de la naturaleza de dicha actividad.

Arredondo y Sánchez (1987, p. 17) coinciden con lo anterior y señalan que el proceso de producción y distribución de mensajes comunicacionales es un objeto de estudio múltiple y complejo, caracterizado por múltiples determinaciones históricas y sociales: "a la vez, el funcionamiento social de los medios no ocurre en un vacío social, sino que son individuos, grupos y clases sociales concretas quienes deciden, actúan, operan, controlan los medios de difusión históricamente determinados, pero con variables grados de libertad".

De esta manera, aunque la perspectiva de la economía política ha hecho contribuciones esenciales para entender los condicionantes externos y macros que influyen en el contenido de los mensajes de los medios, no puede explicarlo todo desde ese nivel. Los grandes intereses económico-políticos de Televisa, Grupo Cisneros, Globo o Grupo Clarín, por ejemplo, impactan necesariamente en las políticas generales de ese consorcio, pero no explican por qué hay diferencias sustantivas entre diferentes conductores, editorialistas y reporteros. ¿Aceptan incondicionalmente los comunicadores (reporteros, productores, guionistas, directores, jefes de sección, etcétera) las políticas y los intereses económicos, políticos e ideológicos de sus jefes y de los propietarios de los medios en los que trabajan? ¿Hasta qué punto tienen los comunicadores ciertos grados de autonomía para realizar sus actividades? ¿Ayudan las rutinas de trabajo a satisfacer esos intereses económico-políticos e ideológicos de los dueños? ¿Cómo? ¿Coinciden los valores profesionales de los comunicadores con los valores ideológicos de los dueños de los medios?

Los condicionantes económicos y políticos no explican, por sí solos, los procedimientos concretos mediante los cuales las políticas generales de los dueños se llevan a la práctica en la recopilación y producción de mensajes, y cómo se internalizan en los valores profesionales de los comunicadores que trabajan ahí. Como proponen los teóricos de este enfoque (Golding y Murdock, 1993), la economía política debe tomar en cuenta estos aspectos y la sociología de la producción de mensajes puede ser muy útil en este respecto.

ACTIVIDADES

1. Consigue información en Internet sobre una cadena nacional de prensa, radio o televisión. Investiga quiénes son los propietarios y qué otros medios o negocios tienen. ¿Qué tan amplia es su propiedad en distintos medios? ¿Qué relación tienen con otras empresas no relacionadas con la comunicación de masas? ¿Cotizan en la Bolsa de Valores?
2. Para esa misma cadena nacional, analiza quiénes son sus anunciantes principales. ¿Se reflejan en el contenido de sus mensajes alabanzas o críticas a dichos anunciantes, o a las disposiciones económicas y legales que les permiten su funcionamiento?
3. Para esa misma cadena nacional, analiza sus noticieros principales e identifica el tipo de notas que transmiten o publican sobre el gobierno. ¿Prevalecen las notas favorables?

Resumen

Muy cercano al enfoque de la sociología de la producción de mensajes, pero con énfasis en los condicionantes más amplios, es éste de la economía política. Tal perspectiva, de gran tradición en la corriente crítica, enfoca su atención en aspectos relativos a la propiedad y al control de los medios, a la influencia de los anunciantes en el contenido de los mensajes y a la relación de las organizaciones de medios con el gobierno.

En muchos países, los medios de comunicación son propiedad de grandes grupos empresariales con intereses en otras áreas de la comunicación o incluso con actividades totalmente diferentes. Según la economía política, el funcionamiento de estos medios en un esquema de accionistas y grupos comerciales que buscan la maximización de las ganancias, les hace considerar secundarios y subordinados los objetivos que deberían ser prioritarios, la transmisión de educación, cultura e información plural y diversificada.

Según este enfoque, los anunciantes ejercen una decisiva influencia en los contenidos de los mensajes comunicacionales. Los altos costos de operación de los medios, la competencia y los intereses ideológicos de las empresas que contratan espacios publicitarios se conjugan para dejar fuera de la programación todos aquellos mensajes que denuncien, critiquen o vayan en contra del sistema económico que favorece a dichas instituciones.

Por último, el enfoque económico político señala que la élite política tiene una gran variedad de recursos para mantener una relación favorable y positiva con los medios. Los medios electrónicos, por ejemplo, dependen para su funcionamiento

de concesiones periódicas otorgadas por el gobierno. Muchos medios impresos de escasa circulación sobreviven en América Latina gracias a los subsidios y la publicidad oficial. Además de los recursos anteriores, hay canales informales (corrupción, compadrazgo, regalos, puestos políticos, etcétera) que también se presentan en la relación del gobierno con los comunicadores, y que impiden el desarrollo de políticas editoriales independientes y críticas.

De esta manera, para la mayoría de los autores con este enfoque, los medios tienden a favorecer los intereses y la ideología de la élite económica y política, incumpliendo su misión democrática.

CAPÍTULO 5

El imperialismo cultural en la comunicación internacional

Objetivos específicos

- ▶ Conocer las características generales del enfoque del imperialismo cultural, relacionándolo con el de la economía política crítica.
- ▶ Analizar los procesos que han llevado a una transnacionalización de la propiedad y de los flujos de la comunicación internacional.
- ▶ Identificar las formas mediante las cuales los medios locales y sus mensajes imitan las estructuras y patrones de la comunicación transnacional.
- ▶ Discutir la relación de este enfoque con el movimiento por un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación.
- ▶ Advertir la importancia de esta corriente teórica en América Latina y su revitalización a partir de la firma de acuerdos de libre comercio con Estados Unidos.

Características generales del enfoque

Un enfoque crítico sumamente cercano al de la economía política, es el del imperialismo cultural. Con una tradición muy vasta en la literatura sobre comunicación de masas, esta perspectiva toma en cuenta básicamente los mismos aspectos que la economía política, pero los utiliza para analizar los desequilibrios y las desigualdades en los flujos internacionales de mensajes.

El imperialismo cultural, llamado también teoría de la dependencia (aunque algunos autores encuentran diferencias entre ambos términos), se aboca a estudiar los desequilibrios de los flujos internacionales de comunicación, así como los patrones de propiedad y de concentración de las empresas transnacionales relacionadas con ellos. De acuerdo a Moragas (1981, p. 85) si el objetivo de la comunicación de masas en las sociedades capitalistas contemporáneas es persuadir a los receptores de que viven en un sistema justo y adecuado a sus necesidades, la misma función debe cumplir a nivel internacional:

La dominación, en la era actual, ya es imposible con el único recurso de la dominación militar, es necesaria la dominación semántica de los mas mediaci...

El cine, la televisión o la creación de los grandes mitos mundiales de la sociedad de consumo, aparecen en la conciencia colectiva de los pueblos no tanto como imposiciones o sistemas exportados, sino como sistemas asimilados a la red cultural autóctona...

El control de la infraestructura de los medios de comunicación se encuentra en relación proporcional con los intereses internacionales de las multinacionales y de los afanes imperialistas del ejército norteamericano, último reducto de penetración y última garantía de aquellos intereses económicos.

El imperialismo cultural, según Beltrán y Fox (1981, p. 29), se da cuando "la cultura de un país central y dominante se impone unilateralmente sobre los países periféricos que éste domina a expensas de su integridad cultural". Normalmente, explican los autores, lo anterior es resultado de las influencias económicas y políticas que ejercen esos países desarrollados en los planos más generales de las relaciones entre ellos. La figura 5.1 muestra los mecanismos de influencia cultural que, según Beltrán y Fox, usa Estados Unidos en América Latina.

FIGURA 5.1

Mecanismos de influencia cultural de Estados Unidos en América Latina, según Beltrán y Fox

- Las agencias internacionales de noticias.
- Las agencias internacionales de publicidad.
- Las firmas internacionales de opinión pública, mercadeo y relaciones públicas.
- Las corporaciones comerciales transnacionales que actúan como amantistas.
- Los exportadores de materiales de programación impresos, auditivos y audiovisuales.

- Los exportadores de equipo y tecnologías de comunicación.
- Las compañías internacionales de telecomunicación.
- El organismo oficial de propaganda.
- El organismo oficial y central de seguridad.

Fuente: Luis Ramiro Beltrán y Elizabeth Fox, *Comunicación dominada*, IET—Nueva Imagen, México, 1981, p. 32.

Los teóricos del imperialismo cultural tienden a ubicar el estudio de la comunicación de masas dentro del contexto del orden económico internacional prevaiente, y de las relaciones económicas y políticas entre los países industrializados y los que se encuentran en desarrollo. "El contexto económico de la comunicación internacional es un factor esencial en la conformación de un flujo de comunicación desbalanceado, y es parte de un esquema mundial de dependencia económica" (Hamelink, 1981, p. 22).

Para Reyes Matta (en Beltrán y Fox, 1981, p. 14), la penetración económica transnacional se apoya en la acción de los sistemas de comunicación masiva: éstos crean el medio ambiente cultural presionador de un sistema de vida, de un estilo de ser y relacionarse con los demás. Impulsan el consumo como meta principal y articulan la idea de un ciudadano tipo para la civilización del consumo que se expande por encima de fronteras [sic].

Esteinou (1991, p. 75) coincide con lo anterior al señalar que los medios de comunicación en México han sido fieles aliados de los modelos neoliberales, sustituyendo la identidad nacional por valores ideológicos adecuados para el "fortalecimiento del sistema productivo y la distribución desregulada de mercancías que exige el moderno programa de crecimiento neoliberal [...]".

La transnacionalización de la comunicación internacional

Los teóricos del imperialismo cultural estudian los procesos mediante los cuales los modernos medios y tecnologías de comunicación funcionan para crear, mantener y expandir sistemas de dominación y de dependencia en el mundo entero. Estos procesos permiten a una poderosa minoría de naciones imponer sus creencias, valores, normas y modos de vida sobre países menos poderosos.

Así como dentro de cada país se dan fenómenos de concentración de poder y de control sobre los medios de comunicación, señala este enfoque, lo mismo ocurre a nivel internacional. Los países desarrollados, y en especial Estados Unidos, mantienen una hegemonía económica, tecnológica y militar sobre los demás países que les permite a su vez exportar numerosos mensajes comunicacionales (noticias, historietas, canciones, películas, videocasetes, discos compactos, programas televisivos, etc.) e incluso sus propios sistemas de comunicación (agencias de publicidad, estaciones radiofónicas y televisivas, periódicos y revistas). La asimetría es tan grande que los países dominantes logran tener la propiedad o por lo menos el control de muchos de los medios masivos de comunicación en los países en desarrollo.

Al centrar su atención en la propiedad, el control y el origen de los mensajes comunicacionales y de su tecnología, los teóricos de esta corriente van más allá de los factores nacionales y sociopsicológicos, hasta el nivel de estructura global, "donde es precisamente el sistema sociopolítico internacional el que determina en forma decisiva el curso del desarrollo dentro de la esfera de cada nación" (Nordenstreng y Schiller, citados en Fejes, 1981, p. 281). Hamelink (1981, p. 22), en este sentido, señala que más que una interdependencia global, como pregonan los defensores del sistema actual, se da una dependencia comunicacional de los países en desarrollo frente a las naciones ricas e industrializadas:

El acceso público está en verdad sólo garantizado a quienes posean los recursos económicos para permitirse la infraestructura de la comunicación. La mejor comprensión entre los pueblos consiste de hecho en la imposición de los valores socioculturales de las naciones poderosas sobre el resto del mundo. Todo esto sugiere que el contexto económico de la comunicación internacional es un elemento esencial en la configuración de un flujo desigual de la comunicación, como parte de un esquema mundial de la dependencia económica.

[...] Este flujo desigual de los bienes y servicios de la comunicación refleja exactamente el flujo desigual de los bienes y servicios económicos.

Para Bagdikian (1992), el oligopolio de los medios electrónicos globalizados es invisible al ojo del consumidor. Los puestos de periódicos exhiben todavía hileras de periódicos y revistas con una deslumbrante variedad de colores y temas. Las librerías y bibliotecas ofrecen aún miles de estantes llenos de volúmenes distintos. En todo el mundo continúan multiplicándose compañías productoras y canales de televisión por cable, así como videocasetes y grabaciones musicales en docenas de lenguajes. Pero si este brillante caleidoscopio desapareciera repentinamente y fuera reemplazado por las firmas corporativas de sus dueños, el collage se tornaría gris con los nombres de unas pocas empresas multinacionales que ahora dominan este campo (Bagdikian, 1992, p. 16).

¿Y esto qué puede tener de malo? Para Bagdikian y los demás teóricos del imperialismo cultural, la respuesta es: mucho. Las grandes corporaciones internacionales tienen su propia agenda política, rechazan sistemas económicos que no vayan a tono con sus necesidades expansionistas, reproducen y privilegian la ideología y los valores de sus países centrales imponiéndolos sobre el resto del mundo, controlan la información que utilizan diariamente millones de personas en el mundo para tomar decisiones sobre múltiples cosas, desde por quién votar hasta qué comer (cf. Bagdikian, 1992, p. 16). En este caso, el problema no reside simplemente en que la propiedad esté concentrada, sino en su resultante: que la diversidad de opciones sea cada vez menor y que el acceso a los medios, el paso de receptor a emisor, sea cada vez más difícil para la gran mayoría de los ciudadanos de un país. Como dice Bagdikian, los grandes gigantes están abiertos a todo lo que incremente sus utilidades:

... en busca de ese objetivo están tan dispuestos como cualquier dictadura a suprimir o aligerar noticias o espectáculos que pudieran cuestionar seriamente

su poder. Y lejos de abrir sus sistemas a periodistas, autores, dramaturgos, músicos y grupos de ciudadanos, las grandes corporaciones están trabajando para cerrarlos ante ideas e idiosincrasias ajenas. Su estrategia es obtener un control total [...].

Ante la clara tendencia a una mayor globalización e integración de los mercados mundiales en los años venideros, las implicaciones de estos aspectos, lejos de desaparecer, se volverán aún más importantes, como lo muestra el caso de la combinación de intereses económicos y los contenidos de los medios (véase la figura 5.2).



FIGURA 5.2

La industria juguetera japonesa y las caricaturas televisivas en México

¿Quién decide qué series animadas transmitir a la teleaudiencia infantil? ¿Los canales de televisión, de acuerdo a decisiones tomadas por sus programadores? No siempre.

El exitoso lanzamiento de los Caballeros del Zodíaco en Televisión Azteca, en 1993, no se debió a una decisión interna de ese medio por obtener los derechos de transmisión de dicha serie. Por el contrario, fue la filial mexicana de la compañía juguetera japonesa Bandai, la que compró tiempo en esa cadena televisiva para lanzar simultáneamente la línea de juguetes Caballeros del Zodíaco y las caricaturas televisivas.

Como en ese tiempo Televisión Azteca todavía no contaba con mediciones de audiencia, Bandai pidió a la televisora que organizara un concurso donde se pidiera a los niños enviar dibujos de los caballeros. De esa manera, la compañía juguetera tendría una mejor idea de la penetración y respuesta del auditorio. Por esa razón, y no por decisiones creativas del personal de Televisión Azteca, surgió la barra infantil de esta cadena.

Esto demuestra que, aunque la vinculación de los programas y películas animadas (caricaturas) televisivas o cinematográficas con la industria del juguete siempre ha existido, en los últimos años se ha vuelto más sofisticada. Así, la imaginación infantil se nutre de las estrategias mercantílicas y se deriva hacia los personajes que cuentan con un mejor aparato mercado-técnico y comercializador.

El advenimiento de programas creados por los anunciantes, según explican Shoemaker y Reete (1994, p. 201), se dio en la década de los ochenta en los Estados Unidos:

En lugar de ser pensado y vendido a las cadenas televisivas sobre la base de su valor de entretenimiento, un comercial que dura un programa se concibe originalmente como un vehículo para proporcionar la presentación del producto a la audiencia infantil, con la esperanza de estimular las ventas del producto que a su vez pueda ayudar a sostener la popularidad del programa [...].

Además, el control creativo del contenido del programa se cede (...) al fabricante del producto sobre el cual se basa el programa. Los fabricantes del juguete especifican cómo se deben ver los personajes, qué pueden o no pueden decir o hacer y en qué ambientes viven" (Kunkel, citado por Shoemaker y Reese, 1994, p. 201).

FUENTE: ACCERA, "Juguetes japoneses" año 3, núm. 12, diciembre, 1994, pp. 1 y 14.

La influencia en las estructuras, géneros y contenidos de las producciones locales

La influencia ideológica de la comunicación masiva norteamericana en lo particular, y de la occidental en lo general, no sólo se da directamente a través de la importación de películas, programas televisivos, música y demás mensajes. También se manifiesta en la adopción de sus fórmulas de producción, en la imitación de sus géneros, de sus prácticas y valores profesionales por parte de los medios de comunicación de los países importadores (qfr., Kivikuru, 1988; Schiller, 1976, p. 91). Como señala Golding (1981, p. 330), "los medios de comunicación social de África, América Latina y Asia han surgido casi invariablemente como derivados de los existentes en los países industrializados avanzados. No aparecen espontáneamente en un momento oportuno de la evolución social, sino que han sido transplantados desde centros metropolitanos".

Golding basa la afirmación anterior en dos contextos teóricos. El primero se refiere a los procesos de transferencia de tecnologías (*hardware*) de comunicación, de equipos electrónicos y técnicos de los países industrializados hacia los que están en vías de desarrollo. El segundo se refiere propiamente al fenómeno de imperialismo cultural, es decir, al impacto de los sistemas internacionales de medios de comunicación, educativos y culturales en la identidad de los pueblos del mundo.

Fernández Christlieb (1987, pp. 34-35) coincide con Golding, al señalar que al surgir la televisión en 1950 en América Latina (en especial en México, Brasil y Cuba), se adoptó el modelo comercial norteamericano para su funcionamiento, debido a los patrones de dependencia económica y tecnológica de estos países hacia los Estados Unidos. Esto a pesar de que en el mundo predominaba, en ese momento, el modelo de explotación televisiva estatal europeo y no el comercial norteamericano, explica Fernández Christlieb, Estados Unidos logró imponer su esquema en América Latina gracias a que en el ámbito económico internacional había desplazado a Europa y a que la región se había convertido en área de influencia para la expansión del capitalismo monopolístico de ese país.

Lo anterior explica el por qué la mayoría de los medios comunicacionales en el mundo han imitado las estructuras, géneros y contenidos de los norteamericanos. Como explica Schiller (1991, p. 22) nos encontramos ante el surgimiento de un mundo en el que coexisten producciones norteamericanas junto con imitaciones de éstas realizadas por competidores nacionales y transnacionales.

En el mismo sentido, se da un cambio de estrategias en las corporaciones comunicacionales norteamericanas, especialmente las relacionadas con cine y televisión. Enfrentadas a políticas proteccionistas que no dejan entrar sus películas y programas televisivos en algunos países, principalmente en los industrializados (como los europeos), han optado por propiciar alianzas y coproducciones con las compañías locales en esas naciones (qfr., Jensen, 1994, p. 27a). La fórmula para muchos medios estadounidenses ha sido comprar participaciones minoritarias en productoras de televisión extranjeras, para posteriormente ayudarlas con la comercialización, promoción y programación (ibíd.). Los teóricos del imperialismo cultural señalan que éste es otro mecanismo adicional para la homogenización y la adopción de un sólo tipo de producciones comunicacionales a nivel internacional.

En el contexto latinoamericano, donde no se presentan patrones de propiedad transnacional de los medios de comunicación locales (Portales, 1981, p. 64), esta función de modelaje, junto con una relativa dependencia en la importación de mensajes, permite hablar de la presencia de un imperialismo cultural.

En el contexto latinoamericano, donde no se presentan patrones de propiedad transnacional de los medios de comunicación locales (Portales, 1981, p. 64), esta función de modelaje, junto con una relativa...

Críticas a la comunicación para el desarrollo

Una de las posiciones más firmes del imperialismo cultural ha sido su posición escéptica y crítica hacia los esfuerzos de las naciones industrializadas por impulsar la modernización y el crecimiento de los países en desarrollo a través de los medios de comunicación.

Después de la Segunda Guerra Mundial y hasta principios de la década de los sesenta, muchos académicos y políticos occidentales consideraron que los problemas de los países subdesarrollados podían ser resueltos a través de la implantación en ellos de los sistemas políticos y económicos característicos de los países desarrollados (Servaes, 1987, p. 48). Como señala Servaes, el aspecto fundamental de esta propuesta era:

la metáfora del crecimiento y la identificación del crecimiento con progreso. El desarrollo en consecuencia era orgánico, irminente, dirigible, acumulativo, querido e irreversible.

Este paradigma consideraba el desarrollo dentro de una perspectiva unilineal y evolutiva. Definía el subdesarrollo valiéndose de diferencias cuantitativas y observables entre países ricos y pobres y entre sectores tradicionales y modernos dentro de las naciones pobres. Este puente consistía en un proceso imitativo de secuencias graduales.

En el paradigma anterior, se recomendaba utilizar el potencial de los medios de comunicación para el necesario cambio de actitudes y conductas de los habitantes de los países subdesarrollados a favor de la modernización, o por lo menos para transmitir información técnica y científica a los líderes de opinión de las comunidades, información que éstos a la vez diseminaban entre sus seguidores. Se pensaba

que la comunicación, por sí misma, contribuiría a solucionar el atraso en que se encontraban estas naciones, independientemente de qué condiciones socioeconómicas y políticas imperaran en ellos (Beltrán, 1985, p. 79). Para Schramm, uno de los teóricos más importantes en esta corriente difusionista, se requerían seis condiciones previas apoyadas en la comunicación para lograr el desarrollo nacional:

- La comunicación debe emplearse para contribuir al sentimiento de nacionalidad.
- La comunicación debe emplearse como la voz del planeamiento nacional.
- La comunicación debe emplearse para ayudar a enseñar las destrezas necesarias.
- La comunicación debe usarse para ayudar a emplear el mercado efectivo.
- Conforme el plan se desarrolla, la comunicación debe usarse en ayudar a la gente a representar sus nuevos papeles.
- La comunicación debe usarse para preparar a la gente a representar su papel como nación entre naciones (en Fuentes, 1992, p. 80).

Entre 1955 y 1976, este enfoque de la modernización y el uso de la comunicación para el desarrollo había producido en América Latina cerca de 500 investigaciones empíricas, la mayoría de ellas basadas en la vertiente de este enfoque denominado difusión de innovaciones (Fuentes, 1992, p. 90). Muchos de estos estudios fueron patrocinados y realizados por organismos e investigadores norteamericanos.

El enfoque del imperialismo cultural —en su modalidad de teoría de la dependencia— reaccionó a estas estrategias principalmente a partir de la década de 1960, acusándolas de no respetar los valores ni las culturas autóctonas de los países en desarrollo, así como de tratar de imponerles modelos ideológicos procapitalistas que sólo redundarían en una mayor dependencia económica hacia las grandes metrópolis. De acuerdo a Díaz Bordenave (en Fuentes, 1992, p. 98), el paradigma de la modernización y el desarrollo había fracasado debido a que se formuló en "condiciones socioeconómicas significativamente diferentes y de acuerdo con una posición ideológica incompatible con la realidad latinoamericana". Las preguntas de investigación, según el mismo autor, no tocaban los puntos básicos que afectan el desarrollo rural.

Para Beltrán (1985, pp. 85-89), sin cambios generales en las estructuras sociales de los países en desarrollo, poco podía hacer la comunicación para propiciar un desarrollo auténticamente humano y democrático; "la comunicación, tal como existe en la región latinoamericana, no sólo es incapaz por naturaleza de generar desarrollo nacional, sino que a menudo actúa en su contra, de nuevo, en favor de las minorías gobernantes".

El movimiento por un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC)

Este enfoque propone, como una solución parcial a todos los problemas ya mencionados, el establecimiento de un flujo comunicacional balanceado y horizontal, tanto en el plano internacional como dentro de cada país. Las naciones en desarro-

llo deben ser autosuficientes, aclaran, y deben ser capaces de desarrollar políticas nacionales de comunicación encaminadas a solucionar problemas específicos y a reforzar la identidad nacional (cf. Reyes Matta, 1977, p. 13).

El movimiento por un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC) surgió en la década de 1970 como iniciativa de los Países No Alineados, es decir, por los países en desarrollo que buscaban ser independientes, tanto del bloque occidental industrializado (Estados Unidos y sus aliados), como del bloque socialista (Unión Soviética, Europa del Este y China). Para estos países, el prevaleciente orden mundial de la información, basado en la doctrina del libre flujo de la comunicación (adoptada desde la formación de la ONU a instancias de Estados Unidos), se caracterizaba por grandes disparidades cuantitativas y cualitativas en los flujos:

- Los países industrializados, en especial Estados Unidos, controlaban el flujo de la comunicación internacional, a través de sus agencias de noticias (AP, UPI, AFP, Reuter), de las agencias transnacionales de publicidad, de la hegemonía de Hollywood en el mercado cinematográfico mundial, del predominio de las exportaciones televisivas y discográficas estadounidenses, del control de los satélites y de los nuevos adelantos tecnológicos, etcétera.
- Se presentaba un flujo radicalmente desequilibrado de mensajes entre los países anteriores y los subdesarrollados.
- Cuantitativamente, eran mucho más numerosos los mensajes desde y sobre los países industrializados hacia las naciones en desarrollo, que los de éstas hacia los primeros.
- Cualitativamente, los mensajes sobre los países en desarrollo tendían a presentar imágenes negativas y conflictivas, mientras que los mensajes sobre Estados Unidos y demás países occidentales desarrollados eran más balanceados en su contenido.

En 1973, en una reunión sostenida en Argelia, el Movimiento de Países No Alineados (MPNA) exigió la reorganización de los canales de comunicación existentes, "legado del pasado colonial que ha obstaculizado la comunicación libre, directa y rápida" entre los países en desarrollo.

En 1974, el MPNA logró que la ONU pasara la Declaración para el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, es decir, un orden que se requería para rediseñar posteriormente el orden comunicacional.

En la Conferencia General de la UNESCO, reunida en Nairobi en 1976, se decidió que se realizara un diagnóstico general de los problemas relativos a la comunicación en la sociedad contemporánea. La dirección de ese organismo creó un grupo de trabajo presidido por Sean MacBride, con un grupo plural de personalidades representantes de los distintos países y bloques. Después de grandes controversias y complicados obstáculos por los enfrentamientos entre los países miembros de UNESCO en torno al NOMIC, la comisión MacBride presentó su informe final, titulado *Un solo mundo, voces múltiples* (MacBride, 1980). Para ella, los objetivos a alcanzar eran: "mayor justicia, mayor igualdad, mayor reciprocidad en el intercambio de información, menor dependencia en relación con las corrientes de comunicación,

menor difusión de mensajes en sentido descendente, mayor autosuficiencia e identidad cultural y mayor número de ventajas para toda la humanidad" (en Marques de Melo, 1991, p. 13). Los principios básicos derivados de ese informe se observan en la siguiente figura.



FIGURA 5.3

Principios para el establecimiento de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC)

1. Eliminación de los desequilibrios y desigualdades que caracterizan la situación vigente.
2. Eliminación de los efectos negativos de determinados monopolios, públicos o privados, y de las excesivas concentraciones.
3. Remoción de los obstáculos internos y externos para un libre flujo y una más amplia y equilibrada diseminación de informaciones e ideas.
4. Pluralidad de fuentes y canales de información.
5. Libertad de prensa y de información.
6. Libertad para los periodistas y para todos los profesionales de los medios de comunicación; una libertad inseparable de la responsabilidad.
7. Habilitación de los países en desarrollo para mejorar sus propias situaciones, sobre todo en lo que respecta a la adquisición de equipo propio, entrenamiento de personal, recuperación de infraestructura, además de capacitación de sus medios informativos y de comunicación, para sintonizarse con sus propias necesidades y aspiraciones.
8. Compromiso sincero de los países desarrollados para ayudarlos a lograr tales objetivos.
9. Respeto a la identidad cultural de cada pueblo y al derecho de cada nación para informar al público internacional sobre sus intereses, aspiraciones y respectivos valores sociales y culturales.
10. Respeto al derecho de todos los pueblos para participar en el intercambio internacional de información, con base en la igualdad, la justicia y el beneficio mutuo.
11. Respeto al "derecho de la colectividad, de los grupos étnicos y sociales, así como de los individuos para tener acceso a las fuentes de información y participar activamente en los flujos de comunicación".

Fuente: José Marques de Melo, "Un solo mundo, voces múltiples y América Latina. De la Guerra Fría al espíritu de buena voluntad de MacBride", en *Comunicación y Sociedad*, núm. 12, mayo-agosto, 1991.

A pesar del consenso de un gran número de países y del apoyo vigoroso de los académicos pertenecientes a las corrientes de la dependencia y del imperialismo cultural, las propuestas del NOMIC quedan sin concretarse debido al rechazo de los países desarrollados, los cuales acusaban a la UNESCO y a los partidarios del NOMIC de impedir el libre flujo de la comunicación a nivel mundial y de buscar un control antidemocrático de los medios y los mensajes. De hecho, Estados Unidos (con el apoyo de Japón e Inglaterra) rompió con la UNESCO, eliminando así la posibilidad de que ese organismo adoptara medidas concretas para implementar el NOMIC. (Marques de Melo, 1991, p. 14.)

En la actualidad, los teóricos del imperialismo cultural —artífices de muchas de las propuestas del NOMIC— y otros académicos críticos insisten en la pertinencia del NOMIC para contrarrestar tanto los patrones de concentración de la comunicación internacional en gigantescos consorcios transnacionales con sede en los países industrializados, como los flujos de comunicación entre los países que siguen tan desequilibrados o más que en la década de 1970.

El enfoque del imperialismo cultural en América Latina

En América Latina, este enfoque fue adoptado y desarrollado fuertemente por un gran número de investigadores a partir de la mitad de la década de 1960, pero en especial durante la siguiente década (Fuentes, 1992, pp. 103-110). Son clásicos en esta línea los trabajos de Beltrán (1978), Beltrán y Fox (1981), Bernal Sahagún (1982), Dorfman (1980), Mattelart (1976 y 1977), Portales (1981) y Reyes Matta (1977). Más recientemente, autores como Esteinou (1990) y Fox (1989) continúan con el estudio del imperialismo cultural en América Latina.

En México, la firma de un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos y Canadá, que entró en vigor en enero de 1994, renovó los análisis compatibles con la tradición del imperialismo cultural. Los ensayos e investigaciones de Alva de la Selva (1993), Barrera (1993), Casas (1994) y Sánchez Ruiz (1992c), entre muchos otros, reflejaron la vitalidad del enfoque del imperialismo cultural en los tiempos de la integración económica y la apertura de fronteras, aunque en algunos de esos autores se observaban matices y distancias respecto de los postulados clásicos de esta perspectiva.

Para Alva de la Selva (1993, pp. 160-162), por ejemplo, el acuerdo comercial propiciaría seis transformaciones en el sector radiofónico mexicano: 1. una mayor competitividad internacional que ocasionaría fuertes luchas de control y predominio, en las cuales sobrevivirían sólo los grupos más fuertes; 2. una intensificación del carácter oligopólico que caracteriza a esta industria gracias a la inversión estadounidense y canadiense en ella; 3. un reforzamiento de los objetivos comerciales y lucrativos de la radio, en perjuicio de las funciones sociales, educativas y culturales que debería tener; 4. la modernización tecnológica de la industria radiofónica nacional, a consecuencia de la inversión y la simplificada transferencia de tecnología; 5. una mayor diversificación programática resultante de la segmentación más acelerada de la audiencia, aunque sin que lo anterior signifique una atención a las necesidades del público, debido a la finalidad lucrativa de estos cambios; y 6. la modificación de la estructura jurídica para facilitar la liberalización del sector.

FIGURA 5.3

Firma del Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá



El acuerdo de libre comercio entre los tres países de América del Norte ha propiciado según algunos investigadores una intensificación del carácter oligopólico de los medios de comunicación, un reforzamiento de los objetivos comerciales y lucrativos, la modernización tecnológica de la industria y la modificación de la estructura jurídica para facilitar la liberalización del sector.

Fotoset: North American Forum on Integration.
<http://www.fina-rieli.org/index.html>

Barrera (1993, pp. 10-17), por su parte, advertía que la mercantilización de las telecomunicaciones en México traería como consecuencia "la privatización y transnacionalización de la infraestructura, lo cual afectaría negativamente a los pequeños usuarios y a los demandantes de servicios básicos". Para este autor, el caso de México constituía un ejemplo de cómo las telecomunicaciones, en la actualidad, forman parte esencial del "nuevo paradigma tecnológico de producción flexible, que dota al capital transnacional de una flexibilidad geográfica que le permite manipular los distintos mercados laborales nacionales".

Muchas de las afirmaciones de Alva de la Selva y Barrera se han cumplido a más de diez años del inicio del TLC.

Del imperialismo cultural a la interdependencia asimétrica

A finales de la década de 1980 y durante la siguiente, distintos investigadores en el mundo empezaron a matizar las afirmaciones anteriores y a acumular evidencias empíricas sobre la conformación de mercados locales y regionales, y sobre las preferencias de las audiencias por las producciones locales y regionales sobre las norteamericanas. Antola y Rogers, en 1984, reportaron como conclusión principal que el 52% de importaciones televisivas mayormente estadounidenses en los sistemas televisivos de América Latina, detectados por Nordenstrem y Varis (1974) en su estudio de 1973, habían disminuido un 29% diez años después en los seis países latinoamericanos incluidos en su estudio. Los autores argumentaban que las importaciones norteamericanas disminuyeron en esos países (México, Brasil, Venezuela, Perú, Chile y Argentina)¹ y que en horas-audiencia, las producciones lo-

¹ Antola y Rogers reconocen en ese mismo artículo que se concentraron en los países latinoamericanos con mayor capacidad de producción televisiva, afirmando que el resto de los países eran todavía importadores netos de programación televisiva, proveniente principalmente de Estados Unidos y en menor medida de México y Brasil.

cales o regionales eran favorecidas por mucho sobre las estadounidenses. También señalaban que la dependencia previa de los sistemas televisivos de dichos países en las corporaciones audiovisuales norteamericanas, lejos de evitar su desarrollo interno y regional, les había permitido consolidarse y crecer hasta romper sus vínculos iniciales, así como su dependencia económica y tecnológica. En la mayoría de los casos, producciones estadounidenses como *Dallas* eran derrotadas ampliamente en los ratings por producciones locales o de otros países latinoamericanos. Una actualización de Varis (1984) a su estudio original de 1973, diez años después, tomando en cuenta una mayor cantidad de países latinoamericanos que Antola y Rogers, encontró, sin embargo, que no se detectaron cambios significativos en la proporción de programas importados, pues se mantuvieron en el 77%.

En 1989, un artículo de Hoskins, Mirus y Rozeboom, proporcionaría mayores elementos para matizar las afirmaciones originales realizadas desde el imperialismo cultural. De acuerdo con dichos autores, la popularidad de las exportaciones estadounidenses en América Latina (como en el resto del mundo) se debe principalmente a su bajo precio, al resolver su costo y obtener sus ganancias iniciales en su mercado doméstico, el más grande y próspero del mundo. Pero si de por sí el costo de exportación al resto del mundo es muy bajo (en promedio 100 veces menor que su costo original), resulta todavía inferior para los países no anglosajones por una circunstancia que parecería irónica: el fenómeno de "descuento cultural", que significa que los exportadores norteamericanos deben bajar aún más sus precios en mercados con escasa afinidad lingüística y cultural con Estados Unidos; ya que ahí sus productos audiovisuales resultan menos atractivos.² Así, mientras que a mediados de la década de 1980 en Canadá los importadores pagaban entre 15,000 y 20,000 dólares por cada media hora de programas estadounidenses importados, en México erogaban solamente entre 1,400 y 2,000 dólares (p. 56). También era importante el tamaño de las audiencias, si había o no varios compradores interesados dentro del propio país y el producto per cápita de cada nación, para explicar los precios; sin embargo, una vez controladas estadísticamente estas últimas variables, la "proximidad" cultural explicaba por sí misma buena parte del precio final de las importaciones, demostrando que era precisamente la menor aceptación de los productos audiovisuales estadounidenses en culturas distintas lo que propiciaba el "descuento" que terminaba impactando en los costos.

Por la misma época, Straubhaar et al. (1994) utilizaron el término "proximidad cultural" para referirse al proceso mediante el cual, en igualdad de circunstancias, los auditorios preferirán la programación más cercana o más próxima a su propia cultura: la programación regional en los géneros que los países pequeños puedan financiar. Estados Unidos continúa con ventaja en los géneros que ni los países grandes del Tercer Mundo producen por falta de recursos económicos, como películas, dibujos animados, y series de acción y aventura (p. 120).

² Para Hoskins y Mirus (en Straubhaar et al., 1994), el concepto de descuento cultural se refiere a que "un programa específico arraigado en una cultura y, por lo tanto, atractivo para ese ambiente será menos interesante y atractivo en otros países, ya que los televidentes encontrarán difícil identificarse con el estilo, valores, creencias, instituciones y patrones de conducta del material en cuestión. Dicho descuento es menor para los géneros de entretenimiento (en especial el drama), y mayor para géneros más específicos a la cultura local, como los informativos y de sucesos públicos".

En el trabajo también se mencionaba el término de "interdependencia asimétrica" para matizar adecuadamente el término "dependencia", que anteriormente utilizaban los teóricos en la línea del imperialismo cultural. En ese mismo artículo, los autores reportaron los resultados de un análisis de contenido longitudinal sobre la procedencia de los programas televisivos transmitidos en 1962, 1972, 1982 y 1991 en varios países de Asia, América Latina, Norteamérica y el Caribe. Las conclusiones brindaron un apoyo limitado a la propuesta de proximidad cultural, ya que si bien en la mayoría de los países detectaron un aumento de la producción local y la ubicación de ésta en los horarios estelares, en las naciones pequeñas en desarrollo las importaciones estadounidenses continuaban predominando sobre las locales y las regionales. Asimismo, la preferencia por producciones de la región cultural a la que pertenecía el país en cuestión era también apoyada parcialmente, y con mayor claridad en América Latina, donde países pequeños como República Dominicana importaban más programas de países latinoamericanos como México y Brasil que de Estados Unidos (p. 143).

En un trabajo posterior, Straubhaar et al. (2003) actualizaron el estudio a 2001, incluyendo a México, Colombia y Venezuela, así como a Canadá. En esta ocasión las conclusiones fueron un tanto más contundentes:

FIGURA 5.5

Incremento en la producción de programas nacionales



De acuerdo con la hipótesis de la interdependencia asimétrica, los países en desarrollo han ido produciendo cada vez más programación propia, desplazando las importaciones estadounidenses.

Fuente: Página Web de Venevisión (Grupo Cisneros, Venezuela), <http://www.venevision.net/>

Teóricamente parece darse una clara evidencia a favor del concepto de proximidad cultural [...] la producción nacional se ha incrementado a lo largo del tiempo y se ha reflejado particularmente en el horario estelar [...] Tanto la capacidad de producción nacional como la demanda por programación nacional se incrementó [...] La colocación de programación nacional en horario estelar es una evidencia incluso más clara de la tendencia hacia la proximidad cultural... (p. 23)

Asimismo, los autores destacaban la utilidad del marco general relativo a la "interdependencia asimétrica", al identificar un amplio espectro de posibilidades y desarrollos en cuanto a la producción nacional y regional en los distintos países en desarrollo: "Los países más afluentes de Asia oriental, así como el más pobre pero más grande Brasil parecen ser capaces de producir mucho más que las naciones latinoamericanas más pequeñas" (p. 24).

No cabe duda de que el principio de proximidad cultural funciona en gran medida en América Latina, y que la situación actual de producción y consumo dista mucho de mostrar un predominio de las importaciones estadounidenses. Sin embargo, hay diversas cuestiones que deben plantearse:

1. Los sistemas televisivos latinoamericanos quizá sean propiedad de grupos locales, aunque históricamente surgieron con asesoría de Estados Unidos, han seguido el modelo de televisión comercial de ese país y se mueven en funciones de intereses estrictamente económicos y de rentabilidad. En ese sentido, buena parte de las visiones del mundo y de la vida transmitidas en sus contenidos tal vez no sea muy diferente de la de sus contrapartes estadounidenses.
2. Los grupos regionales de medios tienen como socios, cada vez en mayor medida, a conglomerados mediáticos norteamericanos o españoles, los cuales en algún grado imponen ciertas estructuras y procesos similares y compatibles con los de sus países de origen (Biltreyt y Meers, 2000, p. 396).

FIGURA 5.6

El modelaje de las producciones locales



Muchas de las producciones propias de los canales televisivos latinoamericanos son adaptaciones de programas extranjeros.

Fuente: Páginas Web de cada programa

- Muchos países pequeños en América Latina siguen contando con altos porcentajes de importaciones estadounidenses. Ecuador, por ejemplo, cuenta con un 38% de importaciones de Estados Unidos en el horario estelar de sus canales nacionales (Davis, 2003). Incluso México, con todo y el poderío de producciones locales representado por Televisa y TV Azteca, contaba con un porcentaje de entre el 34 y el 42% de importaciones norteamericanas en el horario estelar de sus canales nacionales, durante los años de 1990 a 1996 (Lozano, 2000).
- En ciertos géneros televisivos (películas, series, comedias de situación y dibujos animados), el dominio norteamericano sigue siendo claro, pese a no cumplir con el requisito de proximidad cultural y de sufrir un determinado descuento cultural. Aunque las razones son claramente económicas (el alto costo de producción de estos géneros), la realidad es que las audiencias latinoamericanas están consumiendo altos volúmenes de este tipo de contenidos, sin contar con alternativas amplias y consistentes a nivel local o regional.

FIGURA 5.7

Las series norteamericanas continúan transmitiéndose en América Latina



Los teóricos de la economía política insisten en que todavía existe un predominio de las importaciones estadounidenses en las series de ficción.

Fuente: Páginas Web de cada programa.

Lo anterior plantea la necesidad de tomar una postura más crítica frente a los desarrollos del mercado audiovisual geolinguístico latinoamericano, y a evaluar con atención y rigor los planteamientos que desde la economía política realizan algunos académicos europeos y latinoamericanos. No se trata de regresar al pesimismo y la simplificación del debate que caracterizaba al imperialismo cultural de la década de 1970. No obstante, es indudable que, así como en el campo general de los estudios culturales en la última década se ha generado un debate sobre la necesidad de revalorar las posturas críticas frente al excesivo optimismo de los

nuevos culturalistas (cf. Curran, 1990; Morley, 1993), sería saludable que ocurriera lo mismo en un campo donde visiones celebratorias y poco críticas empiezan a cundir. De hecho Biltereyst y Meers (2000), ya han empezado a calificar estas últimas posturas con el mismo término usado por Curran para los estudios culturales, llamando "revisionistas" a los autores que tienden a destacar aspectos como la proximidad cultural, el desarrollo de grupos locales o regionales mediáticos y la aparente disminución de importaciones estadounidenses en los horarios estelares de las televisoras de los países en desarrollo. Ambos autores presentan argumentos y datos muy convincentes sobre el caso concreto de la transmisión de telenovelas latinoamericanas en Europa, concluyendo que su aparente éxito (lo que algunos académicos llamaron "imperialismo cultural en reversa") fue más bien coyuntural, limitado y en franca disminución, debido a la creciente competencia que mueve a los concesionarios a recurrir a importaciones norteamericanas. Éste no es el caso, sin embargo, de los flujos regionales de televisión en América Latina, que muestran, como ya se vio antes, vitalidad e importancia decisiva en las parrillas programáticas de muchos países de la región. Lo que se requiere para nuestro espacio audiovisual latinoamericano, por lo tanto, es una visión más reflexiva y crítica que, sin descartar lo que la corriente de la proximidad cultural puso en evidencia en cuanto a crecimiento de grupos y flujos regionales, incorpore las preocupaciones de los economistas políticos de la comunicación y matice sus conclusiones, al evaluar la persistencia de intereses económicos transnacionales y de importaciones estadounidenses significativas. El debate debe ser abierto y permanente entre estas dos corrientes y tiene que recurrir a trabajo empírico confiable y válido, que posibilite el avance seguro del conocimiento en esta línea de investigación.

A medida de que la globalización económica y los desarrollos de las tecnologías comunicacionales integren de manera más plena a los demás países latinoamericanos en los grandes bloques comerciales, las reflexiones críticas del imperialismo cultural y sus nuevas versiones sin duda seguirán advirtiéndose en esta región del planeta sobre las desigualdades en la propiedad y los flujos de la comunicación de masas que se da a nivel internacional.

ACTIVIDADES

- Consulta revistas de mercadotecnia y publicidad como *ADCEBRA*, *Origina*, *Expansión*, etcétera, e investiga cuáles son las principales agencias publicitarias que funcionan en el país. ¿Cuántas de ellas pertenecen a firmas transnacionales? ¿Cuáles son sus ingresos anuales? ¿Qué tipo de anunciantes utilizan sus servicios, nacionales o extranjeros, de bienes básicos o superfluos?
- En las mismas revistas, investiga qué tipo de alianzas estratégicas han establecido las cadenas televisivas nacionales con consorcios extranjeros. ¿Cuáles son los términos de las alianzas? ¿Qué posibilidades tienen estos consorcios de imponer sus fórmulas, estructuras, géneros y contenidos a través de dichos acuerdos?

3. Analiza las coproducciones cinematográficas realizadas por México con Estados Unidos, Canadá u otros países. ¿Cuáles han sido los términos en que se han realizado? ¿Qué tipo de lineamientos han impuesto los socios extranjeros en términos de actores, escenarios, temas y estrategias de producción?
4. Investiga cuáles son las compañías disqueras más importantes en el país. Determina si son nacionales o extranjeras, y los montos de producciones y de ingresos con los que funcionan.

Resumen

El enfoque del imperialismo cultural se preocupa por la existencia de desequilibrios y desigualdades en los flujos de medios y mensajes entre los países altamente industrializados y los que se encuentran en vías de desarrollo.

Para los teóricos de este enfoque, la transnacionalización de las organizaciones comunicacionales y las tendencias hacia la concentración de la propiedad y al control de los mensajes internacionales, construyen riesgos muy severos para la soberanía nacional y la identidad cultural.

Para ellos, la asimetría económica y tecnológica que se da entre las naciones del mundo propicia una asimetría similar en el plano de los intercambios culturales. Las naciones más poderosas controlan las estructuras y las tecnologías comunicacionales a nivel mundial, y bombardean al resto del planeta con sus programas televisivos, películas, canciones, noticias, videocasetes y discos compactos.

Por si la recepción de esos mensajes extranjeros fuera poco, la dependencia tecnológica y económica de los medios locales los hace, muy frecuentemente, imitar los géneros y contenidos de los mensajes foráneos, reforzando la influencia ideológica y cultural de los países centrales.

Los autores que defienden este enfoque critican el estado actual de los flujos de comunicación a nivel mundial, por considerar que favorecen plenamente a los países más poderosos, especialmente a Estados Unidos. Como una de las posibles soluciones, proponen el establecimiento de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOVIC) que establezca regulaciones y acuerdos para que los países en desarrollo tengan más posibilidades de convertirse en emisores de comunicación internacional, y de contar con representaciones menos negativas de sus culturas y sus sistemas.

CAPÍTULO 6

Influencia de los condicionantes productivos en el contenido de los mensajes

Objetivos específicos

- ▶ Conocer los antecedentes de la investigación sobre los mensajes de los medios.
- ▶ Identificar la utilidad del análisis de contenido para el enfoque de la sociología de la producción de mensajes.
- ▶ Revisar las afirmaciones teóricas y los hallazgos de investigación del enfoque del imperialismo cultural sobre el contenido de los mensajes extranjeros.
- ▶ Discutir los estudios sobre las imágenes de los países latinoamericanos en las noticias internacionales.

LECTURA

UNIDAD DE COMPETENCIA II: ENFOQUES CRÍTICOS APLICADOS EN LA COMUNICACIÓN	
BIBLIOGRAFÍA	CAPÍTULO SELECCIONADO
6. MILLER, Katherine (2005): <i>Communication theories. Perspectives, processes and contexts</i> , Estados Unidos, McGraw – Hill.	Capítulo 5: “Critical perspectives on theory development” pp. 66-82.

Critical Perspectives on Theory Development

In Chapters 3 and 4 we discussed perspectives on theory building that are distinct from each other in many fundamental respects. Post-positivist and interpretive theorists differ in their ontological and epistemological foundations. That is, these approaches to theory see the social world in vitally different ways and look to gain knowledge about that social world in ways that differ in both fundamental assumptions and methodological practices. Indeed, after reading Chapters 3 and 4, you might conclude that post-positivist theorists and interpretive theorists of communication have little or nothing in common. However, as we will see in this chapter, which introduces a third perspective on theory development, post-positivists and interpretivists do share some basic ideas about the role of theory in scholarly endeavors.

Interpretivists and post-positivists see the social world in different lights, and they seek different kinds of knowledge about that social world. They agree, however, that the goal of theory is to gain understanding (from the interpretive perspective) or explanation (from the post-positivist perspective) of communication and society. That is, the goal of theory is a representational one, though the representations developed in these two schools of thought have different ontological and epistemological foundations. The representations in post-positivist theory are constructed as generalizable and causal explanations of communication phenom-

ena. The representations in interpretive theory are local understandings of meaning developed through the interactions of social actors and the interpretations of the researcher regarding these interactive contexts. For both groups, the mirror metaphor is an apt one because the theorist strives to represent the nature of communication in the social world.

Many people question this scholarly goal of representation. Some of these questioners are current thinkers, postmodern scholars (e.g., Rorty, 1979) who see social reality as ultimately fragmented. In such a world, all representations are ultimately illusory ones. For these theorists, "postmodern connotes a world in which there is nothing—no things at all in the traditional sense of a universe of objects separate and distinct from their representation" (Holstein & Cubrini, 2000). But questions about the representational function of theory did not begin recently. Indeed, since the late 1800s, some scholars have advocated theory as an activist force in society. Theorists in the critical theory tradition feel a responsibility not to simply represent the social world (though they would see representation as an important first step in the theoretical process) but to work as active agents of reform and radical change. It is this perspective on theory that we consider in this chapter.

We begin by looking at the work of Karl Marx, who many see as the starting point for most critical perspectives on theory. We then

outline a strand of critical theory that has had a substantial impact on social research, and the field of communication in particular, the Frankfurt School. After this historical

overview, we consider aspects of

critical theory as it has developed in communication studies and related fields of social research.

In explicating this critical perspective, our discussion of the ontological, epistemological, and axiological commitments

of critical theorists is illustrated

with particular attention to the work of Jürgen Habermas and Anthony Giddens. Finally, we discuss two contemporary strands of scholarship in communication that fall under the general umbrella of critical theory—cultural studies and feminist studies.

■ HISTORICAL ROOTS OF CRITICAL THEORY

In Chapter 4, we discussed German idealism and the influence it has had on social research. This tradition, founded by Immanuel Kant, argues that humans engage in interpretive processes that are central to our understanding of the social world. Kantian philosophy was developed by theorists such as Husserl, Dilthey, Weber, and others and has served as the philosophical framework for the interpretive perspectives on theory development that we discussed in Chapter 4.

Another of Kant's followers, Georg Wilhelm Hegel (1770–1831), developed these idealist philosophies in another direction. Hegel emphasized both the dialectical relationship between individual subjective experience and the outside world and the tension inherent in that relationship. According to Burrell and Morgan (1979), "Hegel presents human beings as living in a world characterized by a constant interplay between individual consciousness and its objectification in the external world" (p. 280). For Hegel,

this relationship between the individual and the external world was historically situated and depended on the epoch in which an individual

lived. Moroz (1994) explains, "For all his wisdom Aristotle could not criticize Athenian slavery because he was a prisoner of the 'spirit' of his time (his Zengast, as Hegel would say); only later, with the development of the universal 'right of man,' did this criticism become possible" (p. 94). Hegel's

line of thinking influenced many students of the day. Many of these, known as Right Hegelians, used Hegel's philosophy to a very conservative political position. Other followers, known as Left Hegelians or Young Hegelians, went in a more idealistic direction—sometimes known as radical humanism—and led to currents of thought still prominent in critical approaches to theory. The most noteworthy of these Young Hegelians was Karl Marx.

The Influence of Marxism

Karl Marx (1818–1883) had a wide-ranging intellectual life and has been, of course, extremely influential in a variety of political and academic arenas. Writings in both his early and his later careers have had a strong influence on critical theory, and we deal briefly with both of these periods. In our discussion, we consider a vast simplification of Marx's ideas and highlight only the concepts that have particular relevance for the development of critical theory in communication.

The "early" Marx was influenced by Hegel's ideas about the tension between internal subjective experience and the external world and by the historical nature of that tension. Marx believed that the external world was one that was humanly created and then refined and made to seem objective and external to the subjective individual. This process of objectification and reification, according to Marx, sometimes served as a fundamental source of alienation. As Burrell

and Morgan (1979) argue, "Marx, in particular, started from the premise of the alienation of man. He saw the society of his day as dominating human experience; objectified social creations reflected back upon man as an alienating force, dominating his essential being and nature" (pp. 281-282). This general notion of alienation suggests that individuals become alienated when "the institutional order is assumed to have taken on a life of its own independently of human intentions and needs; society is perceived as controlling human behavior" (Seidman, 1994, p. 130).

The "later" Marx specified further the nature of alienation in the historical epoch in which he lived—during the growing prevalence of capitalism and industrialization. Specifically, in later years, Marx moved away from an idealist position that emphasized the role of humans in the creation and reification of their social world and the dialectic tension and alienation that emerged from this process. Instead, after his epistemological break, Marx expounded on a more realist or materialist interpretation of the social world. The heart of this work was the distinction between the substructure of society and the superstructure of society. The substructure consisted of the economic and production base of society and included both the modes of production (i.e., the economic conditions that undergird the production process, such as capitalism or communism) and the means of production (i.e., the processes through which products are made and services rendered, including technology and labor). Marx posited that the economic conditions of capitalist society were marked by the class distinctions between the bourgeoisie (i.e., those who controlled the modes and means of production) and the proletariat (i.e., those who were engaged in production for wages). These basic economic and class distinctions are the substructure of society in Marxist theory. In contrast, the superstructure of society was seen as noneconomic factors such as religion, politics, art, and literature.

Two factors regarding the substructure and superstructure are important to consider. First, in

conceptualizing these social structure factors, Marx was moving to a realist position regarding ontology and epistemology. That is, the "late" Marx saw the substructure and superstructure of society as material factors that could exist in agreement or contradiction with each other and could be causally connected. Further, in this realist framework, these structures and the relations between them could be studied in scientific ways. Second, Marx believed there to be a specific relationship between substructure and superstructure, such that factors in the substructure (i.e., modes and means of production) were seen as creating an "unnatural condition whereby all humans are prevented from realizing their fullest nature" (Huspek, 1997, p. 267). As Deetz and Mumby (1990) summarize, "In Marx's view, industrialization brought with it dehumanization and alienation from work and work products. . . . [T]he division of labor, the treatment of labor as a commodity, and the separation of the individual from his or her product produced a fragmented, lost person, estranged from his or her own production activities" (p. 20). Marx saw industrialization and technology as alienating because they were part of a capitalist system in which the surplus labor of the proletariat serves as profit for the bourgeoisie. As Surber (1998) explains, "Anyone who has worked for an hourly wage at some repetitive and mechanical task will realize not only how one's own physical activity can come to appear alien but also how easily she or he can be replaced by another person willing to do the same work" (p. 77).

Thus, both the early and the late Marx developed views of the relationship between the individual and society. For the early Marx, this relationship was a socially constructed one fraught with dialectic tension. For the late Marx, the relationship was a real and material one in which economic conditions of the substructure influenced superstructure factors, and both substructure and superstructure elements caused alienation and estrangement. For both the early and the late Marx, however, this imbalance between the individual and the external world was untenable and required critique in order to

reveal fundamental truths about the human condition. As Marx (1967) noted, "What we have to accomplish at this time is all the more clear: relentless criticism of all existing conditions, relentless in the sense that the criticism is not afraid of its findings, and just as little afraid of the conflict with the powers that be" (p. 212). The necessity of critique, and the nature of critique, was further developed by a group of intellectuals that have come to be known as the Frankfurt School. The work of these scholars is considered next.

The Frankfurt School

In 1933, the Institute for Social Research was founded in Frankfurt, Germany. A number of scholars were associated with the Institute, including Max Horkheimer (who became director of the Institute in 1930), Herbert Marcuse, Theodor W. Adorno, Erich Fromm, and Walter Benjamin. This collection of scholars soon became known as the Frankfurt School and their intellectual commitments known as Critical Theory (in its capitalized form). In summarizing the focus of the Frankfurt School, Huspek (1997) notes, "The school itself is best thought of as a loose collection of scholars, often in disagreement with one another, but all committed nevertheless to the critical analysis of society's current state as well as to the development of normative alternatives which might enable humans to transcend their unhappy situation through critical thought and action" (p. 266).

The Frankfurt School clearly grew out of Marxist ideology in its emphasis on critique. However, the Critical Theory of the Frankfurt School departed in several ways from orthodox Marxism of that time period. Most important, Frankfurt School scholars did not embrace the materialist theorizing characteristic of Marx in his later years. Thus, the Frankfurt School did not follow the school of scientific Marxism, which attempted to use positivistic research methods to determine the laws through which the economic substructure was related to the cultural and psychological superstructure (Morrow,

1994). Neither did Frankfurt School scholars advocate political revolution as the primary means for achieving emancipation. At this time, "Marxism had become a closed system in which adherents, rather than reflecting upon the historical origins and application of discourse within the social world, signaled and tested their affiliation through the recitation of dogma" (Farrell & Aune, 1979, p. 95). Scholars in the Frankfurt School eschewed these dogmatic tendencies and instead returned to the early Hegelian Marx in advocating a "revolution of consciousness" (Burrell & Morgan, 1979, p. 291).

Critical theorists, then, were embarking on a journey of "revolutionary praxis," which would first involve "the critical self-consciousness of historical subjects in a struggle . . . fought in the realm of culture and consciousness" (Pollock & Cox, 1991, p. 174). From the base of this critique, it was then hoped that scholars could work toward liberation through discourse by creating "a linguistic space free and protected from the contaminations of commercial culture" (Pollock & Cox, 1991, p. 174). That is, the Frankfurt School sought to make political theory itself a moral force working toward human emancipation (Seidman, 1994). Some of the central concepts that guided the critical project of the Frankfurt School—including **totality**, **consciousness**, **alienation**, and **critique**—are summarized in Table 5.1.

History intervened on the critical project of the Frankfurt School, however, with Hitler's rise to power in Germany and the rise of Stalinism in the Soviet Union. Many Frankfurt School intellectuals, including Horkheimer, Adorno, and Marcuse, left Germany for the United States. During this period, the work of these Critical Theory scholars "was marked by an attitude of pessimism and the apparent need for practical retrenchment" (Farrell & Aune, 1979, p. 100). Indeed, Morrow argues that the disillusionment of this period led many intellectuals away from Critical Theory and eclipsed its influence as a research program.

In more recent decades, however, the work of Frankfurt School scholars has been rediscovered

Table 5.1 Key Concepts from Critical Theory**Critical Theory of the Frankfurt School: Central Concepts and Orientations**

<i>Totality</i>
The notion that any understanding of society must embrace in entirety the objective and subjective worlds which characterize a given epoch. Totality embraces everything; it has no boundary. An understanding of this totality must precede an understanding of its elements, since the whole dominates the parts in an all-embracing sense.
<i>Consciousness</i>
The force which ultimately creates and sustains the social world. Consciousness is internally generated but influenced by the forms which it assumes through the process of objectification and the dialectic between subjective and objective worlds.
<i>Alienation</i>
The state in which, in certain totalities, a cognitive wedge is driven between man's consciousness and the objectified social world, so that man sees what are essentially the creations of his own consciousness in the form of a hard, dominating, external reality. This wedge is the wedge of alienation, which divorces man from his true self and hinders the fulfillment of his potentialities as a human being.
<i>Critique</i>
In their critique of contemporary society, critical theorists focus upon the form and sources of alienation, which they see as inhibiting the possibilities of true human fulfillment. The various exponents of this perspective approach it in somewhat different ways, at varying levels of generality.

Source: From Burrell, G., & Morgan, G. (1979). *Sociological paradigms and organizational analysis*, pp. 295-99. London: Heinemann.

and sometimes reinvented. The enduring tenets of the Frankfurt School—that a wide range of social structures and practices can be subject to critique—have served as the base for critical theorists operating in many social disciplines, including communication. In the next section, we consider the ontological, epistemological, and axiological frameworks for the critical approach to communication theorizing today.

■ CONTEMPORARY CRITICAL THEORY

In Chapters 3 and 4, we argued that understanding a particular approach to social theorizing requires an understanding of the metatheoretical commitments that guide theorists working from that perspective. In this chapter, we again consider the role of metatheory—the theorist's underlying beliefs about reality, knowledge, and

values that structure and guide scholarship. As with the post-positivist and interpretive approaches, commitments to these metatheoretical positions are not unanimous among theorists working in the critical tradition. However, we will try to sketch the broad strokes of the framework in which most critical communication theorists work.

In discussing the metatheoretical positions of critical theorists, this section draws especially on two key contemporary scholars, Jürgen Habermas and Anthony Giddens. Habermas is the most forceful and influential spokesperson today for the Frankfurt School tradition. Some of his most important works include *Knowledge and Human Interests* (1971), *Communication and the Evolution of Society* (1979), and *The Theory of Communicative Action* (1984). Giddens and his structuration theory have emerged since the mid-1970s as a central ontological position informing theorists from a variety of perspectives

but especially critical theory. Giddens's key works include *New Rules of Sociological Method* (1976), *Critical Problems in Social Theory* (1979), and *The Constitution of Society* (1984). The specific ideas of both Habermas and Giddens are used here to explain the more general metatheoretical commitments of contemporary critical theorists.

Ontological Commitments

Issues of ontology refer to questions of reality. For social researchers and theorists, ontological commitments involve discussions of the nature of the social world or, as Outhwaite and Bottomore (1993) put it, "the entities posited or presupposed by some particular substantive scientific theory" (p. 429). As we discussed in previous chapters, ontological views can range from the realist to the nominalist, with post-positivists generally taking a tempered realist stance and interpretivists taking a more subjective stance informed by nominalism and work on the social construction of reality.

As our historical discussion of Marx and the Frankfurt School suggests, critical approaches can, and have, taken a variety of ontological positions. For example, the late Marx and his followers who take a scientific Marxist position clearly favor more objective views of reality in which the world is seen in material terms that distinguish between substructure and superstructure factors. This ontological view is realist, in that it sees these societal structures as relatively fixed and with clear causal force on other societal processes. That is, the economic conditions of the modes and means of production have force on superstructure conditions such as culture and politics. In contrast, scholars following the early Marx would take a much more subjective view informed by the German idealist emphasis on the centrality of the individual spirit. Most critical theorists today would probably place themselves on this more subjective side of the ontological scale, but their position is usually a complex one informed by ideas about the importance of reification and objectification in the

social world. The work of Anthony Giddens exemplifies many of these ideas.

It has been argued that Giddens's structuration theory should be viewed as a system of ontology (Banks & Riley, 1993), and we explore the ontological implications of this complex theory here. (We return to other aspects and implications of structuration theory in Chapters 12 and 13.) Giddens first distinguishes between the ontological status of the natural world and of the social world, arguing for the double hermeneutic of social life. This concept "refers to the way the structures of the social world were constructed originally by human agents, whereas those of nature were not" (Morrow, 1994, p. 156). Thus, theorists and researchers must recognize the ontological distinction between nature and society. Structuration theory, then, describes the ontological complexities of social life.

According to Giddens, social life must be considered in terms of both structure and agency. Structures are the rules, norms, and beliefs that characterize the social world. Agency is the behavior and interaction of humans within that world. A central tenet of structuration theory is that the relationship between structure and agency should be defined in terms of a duality of structure. This concept argues that structures are produced by human agents but that these structures at the same time are the medium in which agency operates. According to Giddens (1976), "It is this dual aspect of structure, as both inferred from observation of human doings, yet as also operating as a medium whereby those doings are made possible, that has to be grasped through the notions of structuration and reproduction" (p. 122).

An example can serve to illustrate (though rather simplistically) this notion of duality of structure. As you sit in a college classroom, certain structures guide your interaction. You know you should not talk while the professor is lecturing. You know you should raise your hand to secure an opportunity to talk in class. You know that once you have the floor, certain topics of talk are encouraged (e.g., questions about the lecture, comments on its applicability to specific

life issues) and certain topics are discouraged (e.g., irrelevant comments on the weather, or the query "Will this be on the test?"). These rules and structures serve as the medium in which your interaction occurs.

However, the concept of the duality of structure reminds us that these rules were created by interaction. Over the years, rules were developed through repetitive interaction in college classrooms. This notion that our interaction has socially constructed the structures within which we interact has several implications. First, the duality of structure suggests that a variety of structures can be produced—and reproduced—in human interaction. That is, we can create different sets of rules for interacting in a large freshman lecture hall and in a small graduate seminar. Second, the duality of structure suggests that these structures can be changed by human interaction. Professors and students can use their agency, with perhaps varying levels of consciousness, to produce new structures in which classroom interaction takes place. For example, a professor could purposefully change the rules by calling on students who are not raising their hands. Students could change the culture of the classroom by continually delving into topics not explicitly considered on the course syllabus. Thus, though structures guide our interaction and are often reproduced by that interaction, we can also produce new structures that will have varying levels of influence on subsequent interaction.

The ontological position outlined by Giddens's structuration theory is representative of the position taken by many critical theorists, in that it emphasizes the complex and dialectical relationship between structure and action. In some ways, it recalls the early roots of critical theorizing: Marx's interpretation of Hegel's "historicized" individual who is conditioned by the era in which he or she lives, in unavoidable—and often unnoticed—ways. Indeed, Giddens (1984) emphasizes this point in his comment that structuration theory is "an extended reflection upon a celebrated and oft-quoted phrase to be found in Marx. . . . 'Men make history, but not in circumstances of their own choosing'" (p. xxi).

It has been argued, though, that Giddens's ontology privileges agency over structure. Huspek (1993) makes this point in two respects. First, Giddens emphasizes that structures do not just constrain action but also enable it. As Giddens (1979) states, "Structure . . . is not to be conceptualized as a barrier to action, but as essentially involved in its production" (p. 70). Second, as noted earlier, Giddens emphasizes the ability of agents to purposefully and knowledgeably influence the structures in which they interact. As we will see, his ontological privileging of the agent over the structure has important implications for the axiological commitments of critical theorists.

Epistemological Commitments

Epistemology refers to the nature of knowledge and how knowledge is to be gathered and used in the social world. Jurgen Habermas has delved most specifically into the epistemological commitments of critical theory in his continuing development of the line of thought instituted by Frankfurt School theorists. Habermas was interested in showing the links between power and knowledge by laying out a "politics of epistemology" (see Mumby, 2000, p. 71). Habermas's most direct contribution to this epistemological position is his distinction among three "knowledge constitutive" interests in society: the empirical-analytical interest, the hermeneutic-historical interest, and the critical-emancipatory interest (Habermas, 1971). In defining these knowledge constitutive interests, Habermas wants to "make us wary of the claim that knowledge is identified by a single interest" (Morrow, 1994, p. 146). That is, he emphasizes that scientific knowledge is not the only kind of knowledge that should count in the world.

The empirical-analytical cognitive interest is rooted in the technical desire to exert control over the physical and social world. This cognitive interest is associated with the post-positivist approach to research and theory discussed in Chapter 3. It argues that knowledge should consist of deterministic and general laws of nature

and society that can be used to gain technical control over both physical and social processes. The hermeneutic-historical cognitive interest is rooted in the desire to understand the uniqueness of human activities. This interest, associated with interpretive approaches to theory discussed in Chapter 4, sees positivist approaches as reductionistic and believes that knowledge should be based on emergent and local texts that are historically situated. The interest here is a practical one in that it is rooted in the daily practices necessary for human survival.

Finally, the critical-emancipatory cognitive interest sees knowledge as a process of self-reflection through which historical constraints and exigencies can be revealed. As Mumby (2000) states, this interest reflects "the human proclivity for self-reflection leading to autonomy and empowerment" (p. 71). Morrow (1994) argues that, in an epistemological sense, the critical-emancipatory interest is related to the hermeneutic-historical interest in that both see knowledge and meaning as socially and historically situated. However, critical theorists introduce a political dynamic into this historical-hermeneutic representation through the concepts of ideology and power.

Ideology refers to "the taken-for-granted assumptions about reality that influence perceptions of situations and events" (Deetz & Kersten, 1983, p. 162). This definition has several important facets. First, ideology refers to more than a set of attitudes and beliefs. Rather, ideology shapes out understanding of what exists, what is good, and what is possible (Therborn, 1980, p. 18). Second, ideology involves assumptions that are rarely questioned or scrutinized. For example, we rarely question the hierarchical structuring of the teacher-student relationship. Third, by shaping our view of the world, ideologies can also influence our behavior.

For critical theorists, though, ideology is not a neutral concept but is intimately tied to systems of power and domination (Mumby, 1989). This leads us to the concept of hegemony, developed by Gramsci (1971). Hegemony refers to a process in which a dominant group leads another

group to accept subordination as the norm (Hall, 1985). It is "manufactured consent" (Habermas, 1971) in which individuals in society willingly adopt and reinforce the dominant power structure. This notion of hegemonic control is central to the stance of scholars within critical social research today. As Mumby (2000) points out, Marx described relationships between the social classes "primarily in coercive terms with the emphasis on capitalism as an intrinsically exploitative political and economic system," while "subsequent generations of critical scholars have attempted to explain the exercise of power as a dynamic process of consent" (p. 70).

Thus, scholars working within the critical-emancipatory interest see the emergent historical subject as one shaped by the power of ideology and hegemony. By introducing these concepts, the critical theorist transforms the role of knowledge into one that requires realization and change of these ideological and hegemonic structures. Morrow (1994) argues that the difference between the critical-emancipatory interest and the hermeneutic-historical interest "involves a different attitude toward meanings: Rather than merely describe and understand them, the objective is to criticize and transform them" (p. 148). Thus, the epistemological position of critical theory, as explained by Habermas (1971), sees knowledge as serving the interests of change and emancipation: "In self-reflection, knowledge for the sake of knowledge comes to coincide with the interest in autonomy and responsibility" (p. 197). This epistemological position is related directly to axiology, the metatheoretical area we examine next.

Axiological Commitments

In its axiological commitments, critical theory most clearly breaks from post-positivist and interpretive theorists. As discussed at the beginning of this chapter, these approaches to scholarship see theory as taking a representational role, though the representations provided by post-positivist and interpretive theories differ in many respects. In representational models,

of scholarship, values in the research process should be excised or controlled (i.e., the post-positivist position) or acknowledged and explored (i.e., the interpretive position), but never really acted upon. Critical theorists turn sharply from these axiological positions: "Critical theory springs from an assumption that we live amid a world of pain, that much can be done to alleviate that pain, and that theory has a crucial role to play in that process" (Poster, 1989, p. 3). Thus, for critical theorists, values are not to be excised and controlled or even acknowledged and explored. Rather, values should guide scholarship, and theorists should work as change agents in supporting those values.

Once again, the works of Giddens and Habermas are instructive in understanding the axiological position of critical theorists. In our discussion of ontology, we considered Giddens's duality of structure and the privilege he gives to agency within this dialectic (Huspek, 1993). In this dialectic, agents can exercise the power to change social structure, instantiating the transformative value that is so central to the axiology of critical theorists. Power is seen as "the capability of the actor to intervene in a series of events so as to alter their course; as such it is the 'can' that mediates between intentions or wants and the actual realization of the outcome sought after" (Giddens, 1976, p. 111). Thus, the ontology of critical theory (i.e., the duality of structure) serves as the basis for the axiology of critical theory (i.e., the transformative and emancipatory potential of social actors and, more specifically, theorists).

Habermas is even more expansive on the emancipatory role of critical theory. It is instructive to consider a metaphor that Habermas uses to represent the relationship between the critical theorist and society. Following Frankfurt-School scholars who have incorporated ideas from Freud into their theorizing (see Farrell & Aune, 1979), Habermas compares the emancipation process to the process of psychotherapy. In this analogy, the critical theorist is the analyst and society is the patient. A psychoanalyst's job is to help a patient break down resistance and gain a deep level

of self-understanding. Bernstein (1976) notes, "The success of therapy ultimately depends not on the analyst's understanding of the patient, but on the extent to which the patient by his own self-reflection can appropriate this analytic understanding and dissolve his own resistances" (p. 201). Similarly, according to Habermas, the role of the critical theorist is to reveal the social structures and processes that have led to ideological hegemony. When alienated people are able to consider their condition critically, emancipation will be possible. The process of psychoanalysis also has implications for the analyst (i.e., the critical theorist). As Surber (1998) argues, "In the process [of this kind of change], the would-be social analyst should also gain self-reflexive knowledge of her or his own propensities for being trapped in . . . distorted discourse, hence initiating the process of her or his own emancipation from them" (p. 151).

Habermas goes beyond this psychoanalytic metaphor, however, in considering how emancipation is possible within the critical project (see Habermas, 1979, for this development in his work). Habermas has proposed the concept of universal pragmatics in which emancipation will be achieved when interaction occurs within an ideal speech situation. Habermas, relying to some extent on speech act theory (see Chapter 9), proposes that the communicative competence of interactants will determine the extent to which an ideal speech situation is realized. The concept of an ideal speech situation argues that the human interest in emancipation is not mere fancy or whimsy. Rather, Habermas believes that the emancipatory interest is apprehended a priori through a process of logical reflection. In Habermas's theory of communicative competence, he argues that every act of symbolic communication prefigures and presupposes the values of truth, freedom, and justice. Thus, because these values are not arbitrary, they can serve as a foundation for critique.

This critique is not always put into play in everyday action, of course. As Huspek (1991) argues, "Competence is an ideal which is rarely if ever fully realized in practice, but which is in-

herently present among all speakers, in all speech communities" (p. 227). Thus, in order to fully realize the values of critique, speakers must communicate in competent ways that draw on those values of truth, freedom, and justice. Communicative competence consists of claims regarding the comprehensibility of the utterance, the truth of the utterance's content, the legitimacy of the content, and the veracity of the speaker. When these claims are realized, it is possible to approach an ideal speech situation in which emancipation is possible. As Bernstein (1976) summarizes,

Ideal speech is that form of discourse in which there is no other compulsion but the compulsion of argumentation itself; where there is a genuine symmetry among the participants involved, allowing a universal interchangeability of dialogue roles; where no form of domination exists. (p. 212)

Summary

Critical theorists work from a metatheoretical framework that is not always unitary but that is very different from the foundational commitments of post-positivist and interpretive theorists. Though ontological commitments vary, most critical theorists today subscribe to a social constructionist ontology. The ontology of Giddens's structuration theory with its duality of structure is a prime example of this position. Epistemologically, critical theorists are involved in the critical-emancipatory cognitive interest described by Habermas. This epistemology emphasizes that knowledge structures are ideologically formed and may involve hegemonic processes of power, control, and alienation. Finally, axiologically, critical theorists emphasize their role in uncovering alienating power structures and emancipating individuals from those forces.

■ CRITICAL PERSPECTIVES IN COMMUNICATION

In 1983, a leading journal in the field of communication, *Journal of Communication*, (Vol. 33,

No. 3, 1983), published a special issue entitled "Ferment in the Field." In this issue, six U.S. researchers wrote essays that served as a focal point of the discussion. In the first 52 pages of the issue, only two comments considered critical theory (Real, 1984). What was incredible, though, were the commentaries that followed these "keynote articles." As Real (1984) notes, "The most striking characteristic of the remaining 310 pages—more than 86 percent of the issue—is the dominance of the debate about critical communication research and theory" (p. 73). Thus, in the early 1980s, post-positivist research still reigned as the establishment paradigm in communication. However, there was a strong insurgent movement for critical theory, and that insurgency has continued unabated since then.

Today, as we will see in the rest of this book, a variety of specific theories of communication have been informed by the critical approach to theorizing. For example, coordinated management of meaning theory (Chapter 9), dialectical theory (Chapter 11), concertive control theory (Chapter 12), adaptive structuration theory (Chapter 13), standpoint theory and muted group theory (both in Chapter 16) have been influenced—to a greater or lesser extent—by the metatheoretical framework developed in critical theory. In the remainder of this chapter, however, we consider two more general areas of scholarship that have emerged as important influences in communication studies and that are squarely situated within the critical traditions described in this chapter. These two areas of scholarship are cultural studies and feminist studies. We present these two areas to highlight major areas of scholarship within communication studies that have clear critical commitments. However, we are considering orienting books, not detailed presentations, of these complex and multifaceted scholarly perspectives.

Cultural Studies

Cultural studies is a multifaceted intellectual area that explores the ideological interconnections among media, politics, economy, and

 REAL LIFE INSIGHT

Critical theorists can focus their scholarship on a wide variety of cultural concerns. Oppressive organizational practices, demeaning depictions of women in the media, the increasing influence of fewer and fewer multinational corporations—all of these are important areas for critical research. However, in thinking of the very “life and death” of our planet and of humankind, there is perhaps no more important area of critical research than that which considers nuclear weapons in the Cold War and post-Cold War eras. Taylor and Hartnett (2000), for example, list some of the legacies of the Cold War: “radioactive waste, rogue nations with nukes, and predatory transnational corporations that exist solely to manipulate the political-economy of nukes (as both weapons and waste) for their own profit.” Important issues, indeed, for the critical theorist.

One communication theorist who has been active in confronting these issues is Bryan Taylor of the University of Colorado. Taylor sees his work as part of the larger critical-cultural project in which various aspects of the nuclear economy and nuclear culture are con-

fronted and questioned. As we move through various “eras” of the nuclear age (the “Cold War,” the “post-Cold War”), there are conventional discourses for talking about nuclear weaponry and nuclear proliferation. Taylor’s work serves as an effort to call into question some of these ways of talking in the nuclear age and to provide activists with rhetorical resources for alternative courses of action.

What is perhaps most interesting about Taylor’s work is his implicit argument for the many and broad ways in which nuclear communication is constituted within American culture. For example, Taylor’s work considers professional and official nuclear discourse (Taylor, 1997), the icons of nuclear imagery (Taylor, 2003), and the biographies of Los Alamos spies (Taylor, 2002). In all of this work, Taylor lays out the ways in which particular “readings” of nuclear weaponry and the Cold War are privileged (e.g., readings of patriotic mission and national security), and he critiques these privileged readings in order to create space for alternative interpretations that had been previously marginalized.

practices of individuals in a cultural system. A variety of work has served as a foundation for current cultural studies scholars. For example, Hardt (1989) and Corcoran (1989) point to the influence of American pragmatist philosophers such as William James (1842–1910), Charles Peirce (1839–1914), and John Dewey (1859–1952). A pragmatist philosophy emphasizes the connection of philosophy and research to humane and practical problems of society (Tice & Slayers, 1983) and is certainly in line with the action-oriented axiology of critical theorists. The major influence on cultural studies, however, has been work in the British cultural studies tradition, associated with the Centre for Contemporary Cultural Studies at the University of Birmingham. The origins of this work are typically traced to the writings of Richard Hoggart, Raymond Williams, and E. P. Thompson in the 1950s. The leader of this movement since the 1970s has been Stuart Hall (see Morley &

Chen, 1996, for critical essays by Hall and other cultural studies theorists).

Scholars in the cultural studies tradition emphasize the complex ways in which a variety of cultural factors are interwoven. As Carey (1983) states,

Cultural studies attempts to think about the mass media not in relation to this or that isolated problem (violence, pornography, children) or institution (politics, economy, family) or practice (film production, conversation, advertising), but as elements in Raymond Williams’s phrase, “in a whole way of life.” Societies, in this view, are complex, differentiated, contradictory, interacting wholes. They are threaded throughout, held in this complex unity, by culture: by the production and reproduction of systems of symbols and messages. (p. 313)

Within this tradition, culture is not a simple or unitary thing. Culture is the weaving of values and beliefs that undergird a particular society or

group. Culture is also the practices or ways of life of the group. Most important, culture is the ways in which these values, beliefs, and practices are linked together and interwoven. Following theorists such as Giddens, culture is seen as the ways in which ideology and values are produced and reproduced through cultural practices. That is, cultural studies is grounded both in experience and in ongoing activities of daily life (Warren & Vavrus, 2002).

Following the principles of critical theory outlined earlier in this chapter, this interconnection between cultural structures (e.g., the media, political parties) and cultural practices is not a neutral one. Rather, cultural studies theorists argue that a dominant minority can shape cultural practices through economic and political control of the media and that this shaping of cultural practices is largely hidden from the public. As Corcoran (1989) explains, “A certain social order is maintained through the ability of a dominant minority to fashion public meanings that are then ‘naturalized’ throughout the whole of mass consciousness” (p. 604). That is, an ideology exists that is produced and reproduced through cultural structures and practices. That ideology is largely one that serves dominant political forces. However, this ideological control is typically hegemonic and consensual. That is, people who are being controlled by the ideology are active participants in the control process. Indeed, cultural theorists argue that the influence of ideological structures involves a “saturation of the whole process of living—to such a depth that the pressures and limits of what can ultimately be seen as a specific economic, political, and cultural system seem to most of us the pressures of simple experience and common sense” (R. Williams, 1977, p. 110).

Consider, for example, the culture of fast food. We are confronted repeatedly with fast-food images—through the plethora of restaurants on our streets and highways, through advertising on television, and through sponsorships of sporting and other cultural events. This fast-food culture is interpenetrated with other cultural experiences, as restaurants offer icons

from each new motion picture or current collecting craze as bonuses with meals for children. Fast food is so much a part of modern American culture that we don’t think about it much. Indeed, when we do think about it we might appreciate the convenience of the food and the entertainment value for the kids. A cultural studies approach to this phenomenon, however, would consider the ideology of fast-food culture and the ways in which this ideology has been naturalized in American life. This ideology is one of efficiency, of “busy-ness,” and of disposability. This ideology supports dominant capitalist interests (e.g., profits for fast-food restaurants, promotion of the movie and television industries), but it has become so engrained in American practices that we don’t see the ideological overtones as we appreciate the convenience and perhaps curse the quality of the food.

Recent work in cultural studies, however, has emphasized the need to move beyond “ivory tower” theorizing and take on an active role in social change processes. For example, Warren and Vavrus (2002, p. 2) argue that “one of the central purposes of understanding culture is to fully engage in it” by addressing the question of “What is to be done?” Some cultural studies scholars take a very public role as intellectual change agents in public dialogue, but others advocate a more local role in the community. Rakow (2002, p. 150) argues that “cultural studies scholars need to return to their communities, to bring their intellectual work to the table in the nonacademic localities in which they live.” For example, a scholar interested in the “fast food culture” discussed above might become a local advocate for neighborhood potluck dinners, community social events, and healthy school lunches—all avenues for addressing the “McDonaldization” of a local community.

Postcolonial Studies One specific area of scholarship positioned within the broader area of cultural studies has been given increasing attention in communication in the last few years. This area is postcolonialism, broadly described as “an interdisciplinary field of inquiry” (p. 107)

theorizing the problematics of colonization and decolonization" (Shome & Hegde, 2002, p. 250). In looking at such issues, postcolonial scholars take on important issues of both geography and history, situating issues of interest to cultural and critical scholars (e.g., race, gender, class, media) within a context of geopolitics and national and international history. Further, postcolonial scholars are clearly critical in their impulse toward intervening in problematic world structures and processes. As Shome and Hegde (2002, p. 250) explain, "[m]erely describing or chronicling the facts of colonialism, without taking an emancipatory political stance . . . does not make a study postcolonial in its critical impulse."

A recent essay by Drzewiecka and Halualani (2002) provides a good example of postcolonial theorizing in communication. These scholars were interested in how cultural groups—particularly those who have experienced a diaspora or large-scale migration from a homeland—define "who they are" in light of constantly shifting geopolitical conditions. They look, in particular, at the Polish diaspora and the Hawaiian diaspora to gain insight into how individuals communicate about who they are as people and as members of cultures and nations. Drzewiecka and Halualani also demonstrate the important critical impulse of postcolonialism in considering the ways individuals can take action to "prove ethnic or national loyalty to a home government, claim ethnic or cultural belonging in a heterogeneous environment, and reimagine their community in a new space among new groups and opportunities" (Drzewiecka & Halualani, 2002, p. 342).

Feminist Studies

In their recent essay on the current state of feminism in communication scholarship, Aldoory and Toth (2001) note the wide array of approaches to feminism by quoting Rebecca West, who in 1913 said: "I myself have never been able to find out precisely what feminism is: I only know that people call me a feminist whenever I

express sentiments that differentiate me from a doormat" (West, 1913/1982, quoted in Aldoory & Toth, 2001, pp. 345–46). Aldoory and Toth argue that even in the 21st century, there is still difficulty in agreeing on a definition of feminism, for like cultural studies, feminist studies encompasses a wide range of viewpoints. However, scholars working within the tradition of feminist studies typically share a general approach to theory and scholarship in terms of ontology, epistemology and axiology. Further, many of these metatheoretical commitments are in line with those of the critical approaches discussed in this chapter—a social constructionist view of the social world, a belief in the connection between the knower and the known in epistemological systems, and a commitment to social change and emancipation. Given these metatheoretical commitments, feminist studies is included here as an example of critical theorizing in contemporary communication studies.

Feminist scholars begin with the claim that gender is among the most important defining features of social life. Gender influences the way we behave, the way we think, and the way we feel in a manner that is often invisible to us. Further, feminists claim that society has been socially constructed in patriarchal (i.e., male-dominated) ways. This patriarchal nature of society can be seen in all areas of life. Men dominate in the political sphere, they hold most major business posts, they are paid more than women for the same work, they dominate the sporting world, and so on. These are some of the obvious ways in which society is patriarchal. For feminist scholars in communication, however, some of the less obvious ways are important. For example, feminist scholars argue that the very structure of language is patriarchal and oppressive (Penelope, 1990), that the discourse of science on which we base most of our contemporary knowledge claims is patriarchal (Harding, 1987), and that media representations of women are often restrictive, oppressive, or sexist (e.g., Danner and Walsh, 1999). These more nuanced examples of the patriarchal structure of society

can appear in surprising places. For example, Shuler (2003) recently examined *Fortune* magazine's issues on the most important women in U.S. business and found that female CEOs are often presented in sexualized ways or ways that emphasize the "soft" and "motherly" side of women's lives.

Foss, Foss, and Trapp (2001) argue that most feminist theorizing includes two interrelated stages. In the inclusion stage, scholars work to increase awareness of the inequality between men and women and the reasons that might undergird these inequalities. In the revisionist stage, scholars work toward change through political and social action. Thus, feminist theorizing is clearly critical in its emphasis on understanding the ways in which ideology structures reality and on taking an active stance toward social change. However, there is a great deal of variety in the ways specific feminist schools of thought conceptualize the details regarding the roots of female subordination, society's policy toward women, and the corrective action that the feminist theory would require for emancipation (see Table 5.2). Several general trends with regard to feminist theorizing can be inferred from this table and from other work. Specifically, four distinct and important strands of feminism are discussed here. These four strands of thought agree with the general tenets of feminism outlined earlier. However, they differ substantially in terms of what action should be taken by feminists once sources of alienation have been identified and analyzed.

Liberal feminists (sometimes called reform feminists) believe that remedies for gender-based inequities should come from within the current social structure and that women should work to gain their fair share of control in institutions currently run by men. This is a "work within the system" approach to emancipation that many other feminists balk at, arguing that it serves only to support the patriarchal nature of society. Radical feminists, in contrast, believe that emancipation for women can occur only through the destruction of male-dominated in-

stitutions or through the total separation of women from those institutions. This separatist strategy argues that the current system is clearly broken and cannot be fixed using the rules now in place. Both liberal and radical feminists urge political and action-based responses, though very different ones. For example, after noting that a glass ceiling often exists in organizations, keeping women from promotions to the upper echelons of corporations, radical and liberal feminists might have very different reactions. A liberal feminist would work to change legal opportunities, workplace support, and corporate culture to enhance opportunities for women in today's organizations. In contrast, a radical feminist might advocate the creation of organizations run for and by women, in which the glass ceilings of patriarchal corporations would not exist.

Two other strands of feminism argue for more symbolic courses of action. Standpoint feminists emphasize the position that not all women speak with a single voice. We deal much more extensively with standpoint theory in Chapter 16. This theory highlights the fact that, by virtue of very distinct material and experiential existences, women view the world from a different standpoint than men. Further, not all women will have identical standpoints. For example, a middle-class homemaker with a husband and four children, a female executive of a Fortune 500 company, and a young single immigrant mother struggling to get by on government assistance are all women and thus share some common experiences. However, standpoint feminists emphasize that, because of their different social situations, these women all have very different concerns, and all these voices—especially the marginalized ones—need to be heard in academic, social, and political discourse. That is, we should not "essentialize" or "universalize" the experiences of women in claiming that a single and all-encompassing woman's point of view exists. Rather, the experiential and material factors that create specific standpoints should be understood. Postmodern feminists also concentrate on symbolic societal themes. However, rather than

Table 5.2 Major Feminist Approaches

Perspective	Root of Female Subordination	Society's Policy Toward Women	Feminist Demands
Liberal Feminism	Exclusion from legal constraints; society's belief in women's inferiority; structural inequalities	Make rules in public sphere; reify oppressive social roles for women	Legal remedies to ensure that women and minorities are not systematically disadvantaged
Marxist Feminism	Class structure; ownership of production systems; relationships are dominated by power, exchange systems	Devalue women's work; coerce through argument of economic necessity	A world in which women experience themselves as whole; re-education in common goals and interests
Radical Feminism	Patriarchy as the root of oppression; importance of female biology; exploitation	Promote sexual aggression and violence through pornography; encourage submissive roles	The affirmation of values men have devalued
Psychoanalytic Feminism	Female psyche; socialization	Socialize into beliefs of biological inferiority; project social problems on women's unconscious desires	The understanding that sexuality is socially constructed and that feminist experience begins with women, not fathers
Contemporary Socialist Feminism	Systemic power relations; domestic labor; need to be wage earners; class, ideology	Devalue women's work	An appreciation for how women's experiences fit within systems of class and economy
Existential Feminism	Society which classifies women as the "Other"	Treat women as outsiders; the "Other"	The encouragement of women to take the risk to develop self
Postmodern Feminism	Unified Truth promoted by patriarchy	Treat women as the "Other"; unify explanations in dominant ideology	Enhanced diversity through deconstruction and philosophical debate
Cultural Feminism	Oppression by male and female values and stereotypes	Maintain stereotypes which constrain human growth	A society in which women's values and forms are revalued

Source: Adapted from Buzanell, P. (1994). Gaining a voice: Feminist organizational communication theorizing. *Management Communication Quarterly*, 7, 339-83.

emphasizing the need to hear women's voices, feminists in this school look at the current discourse in society and attempt to deconstruct those male-dominated meaning systems in order to highlight women's perspectives that are currently hidden.

SUMMARY

Critical perspectives on theorizing within communication represent a diverse set of viewpoints. Some perspectives look for sources of alienation and oppression within specific societal struc-

tures. For example, theorists from the Frankfurt School look consistently to economic and class explanations, and feminists look consistently to the patriarchal nature of society. These theorists take largely structuralist approaches in their theorizing. Other theorists in the critical school (deriving more from the poststructuralist school) look for more complex and interwoven systems of meaning that can alienate individuals in society. Cultural theorists are examples of this scholarly direction.

Similarly, critical theorists are not united in their preferred response to power differentials and alienation in society. Some theorists advocate direct political action of either a progressive (e.g., liberal feminist) or a radical (e.g., radical feminist) nature. Others prefer a symbolic course of action in which the surfacing of oppressed voices (e.g., standpoint feminists) or the development of communicative competence and civil discourse (e.g., the work of Habermas) will open avenues for change. Still others prefer a more intellectual approach, in which emancipation and change can come when academic dialogue sets the stage for societal action.

Critical theorists are largely united, however, in the metatheoretical bedrock that supports their scholarship. Today, at least, critical theorists see the world largely as socially constructed and consistently reified. Critical theorists see these reified structures as ideological constructions fraught with power for the dominant and alienation for the oppressed. Critical theorists acknowledge the hegemonic nature of these structures in that the oppressed often play active roles in their own alienation. And critical theorists argue that social scholars and researchers cannot stand by and take a representational role by merely observing, understanding, and explaining the social world. Rather, critical theorists are united in the need for theories that are normative in their statement of preferred values and that are activist in their commitment to so-

cial change. These foundational values—social construction and reification, the power of ideology and hegemony, and the normative role of theory in the process of social change—unite the wide range of academics who take a critical approach to theory.


"Critical theorists argue that social scholars and researchers cannot stand by and take a representational role by merely observing, understanding, and explaining the social world."

Key Terms

critical theory
alienation
substructure
modes of production
means of production
superstructure
Frankfurt School
totality
consciousness
critique
double hermeneutic
duality of structure
empirical-analytical cognitive interest
hermeneutic-historical cognitive interest
critical-emancipatory cognitive interest
ideology
hegemony
ideal speech situation
communicative competence
cultural studies
postcolonialism
feminism
inclusion stage
revisionist stage
liberal feminists
radical feminists
standpoint feminists
postmodern feminists

Discussion Questions

1. How has Marxism influenced the metatheoretical tenets of the critical perspective on theory in communication? What aspects of

 INTO YOUR WORLD

Perhaps the most central principle that guides critical theorists is the importance of scholarship as a conduit through which social change can occur. This sometimes occurs on the "grand" level of nations and cultures. However, as Rakow (2002) argues, it can also occur on the more intimate scale of "community." Think about the community you live in now, or perhaps the one you grew up in. What are some of the problems facing that community? Are there problems of access to educational opportunities or adequate health care? Are there problems of ensuring a living wage for all who are able and willing to work? Are there problems of inadequate housing and homelessness? Are some members of the community—perhaps by virtue of their ethnic or cultural background, age, sexual preference, gender, or physical or mental ability—kept from participating fully in the life of the community? Big questions, of course. But choose one of them, and then consider ways in which learning more about the issue, reframing the issue, and allowing alternative voices to be heard, might make a difference in your community. If you do this, you have taken the first step toward the critical goal of social change.

Marxism are most relevant (and least relevant) for critical theorists today?

2. Which metatheoretical assumptions separate critical theorists most clearly from post-positivist and interpretivist theorists? In what ways does convergence exist among the three perspectives on metatheoretical assumptions?
3. How are the concepts of ideology, hegemony, alienation, and emancipation linked in a critical perspective on theory? What is

the role of the critical theorist with regard to these concepts?

4. In what ways are cultural studies and feminist studies representative of the critical movement in communication scholarship? What aspects of critical theory are most important in these two areas of scholarship?
5. How should one judge a critical theory? Are the standards from post-positivist or interpretivist theory appropriate? If not, what standards should be applied?

PART TWO

2

Theories of Communication Processes

Some things are easy to sort. Animals and plants can be sorted by their genus and species. Foods can be sorted by their ingredients or the meal at which they are typically eaten. Cars can be sorted by their manufacturer, their size, or even their number of doors. Of course, even these straightforward classification systems can break down. A stew might include a multitude of ingredients, and some people revel in eating waffles for dinner.

The sorting process is especially difficult when it comes to communication theories. As we have seen in the first section of this book, communication is an incredibly complex process, and the communication discipline is a many-faceted enterprise. Thus, sorting communication theories into neat little piles is a task fraught with challenges. However, it is also important to look for connections among various theories, for they are clearly not an undifferentiated mass.

In Part Two we look at the first major category of theories, those that consider various processes of communication. Six processes will be considered: processes of symbolic organization (Chapter 6), processes of message production (Chapter 7), processes of message reception (Chapter 8), processes of discourse and interaction (Chapter 9), processes of relational development (Chapter 10), and processes of communication in ongoing relationships (Chapter 11). Though these processes of communication cut across various contexts (that is, message production can be seen as important in interpersonal communication, as well as in group, organizational, and mass communication), they all deal with the basic ways in which communication works in our everyday lives.

LECTURA

UNIDAD DE COMPETENCIA II: ENFOQUES CRÍTICOS APLICADOS EN LA COMUNICACIÓN	
BIBLIOGRAFÍA	CAPÍTULO SELECCIONADO
7. CURRAN James y David Morley, editores (2006): <i>Media and cultural theory</i> , Estados Unidos, Routledge.	MORLEY, David: "Globalisation and cultural imperialism reconsidered: old questions in new guises" pp. 30-43

Globalisation and cultural imperialism reconsidered

Old questions in new guises

David Morley

We are often told that nowadays, under the impact of the new technologies of our postmodern age, we live in an increasingly globalised world, characterised by the experience of time-space compression brought about by an increase in the speed and reach of communications. However, these questions about postmodernity and globalisation are often presented in a rather abstract and ahistorical manner. In this essay I want to look back at some of the roots of these concerns in earlier debates within media and cultural studies, concerning the question of what used to be called media (or cultural) imperialism.¹ In these debates, we find some important questions still lurking, and still unanswered, which may provide us with the historical perspective we need if we are able to properly grasp the issues facing us today, as we discuss globalisation. To that extent, as my title implies, I think we today confront 'old questions in new guises'.

Globalisation and Americanisation – the history of a problem

Nowadays, it has come to seem natural, in many parts of the world, that television should be not only in colour and in stereo, but also in English. However, while English may have become the dominant international language in many areas of the world, we also see many flourishing forms of its indigenisation – such as its local transformation into hybrid languages, such as 'Hinglish' and 'Singlish'. This dispersal of English into a variety of regional forms may perhaps be best understood as the inevitable price it pays for its global hegemony. As Stuart Hall puts it, today, if much of the world speaks English, it speaks it as an 'international' language, in a variety of 'broken forms' – 'English as it has been invaded, and as it has hegemonised a variety of other languages, without being able to exclude them' (Hall 1991: 28).

However, some scholars claim that, nowadays, the percentage of the world population speaking English is actually in decline – and has been for some considerable time.² In this connection we might also point to the increasing number of websites on the Internet in languages other than English. Certainly, English is far

from being the only language in play in the world of international communications. A few years ago a Brazilian friend reported to me that she had noticed, when visiting Portugal, that people there now understood her Brazilian-inflected version of that language far better than when she had visited the country in the previous decade. She (probably rightly) attributed this to their greater familiarity with Brazilian Portuguese, as a result of the increasing popularity of exported Brazilian *telenovelas* in Portugal.

In this essay I aim to trace some of the roots of contemporary debates about globalisation in an older discourse, which spoke of the problems of media imperialism, the free flow of information, the possibilities for a 'New World Information Order' and the dangers of what used to be described as Americanisation. We have been told for some time now (cf. Fukuyama 1992) that in the new era of globalisation 'we' (whoever that is) stand at the 'End of History'. The key question here is who is at the end of which history, and how they (or 'we') got there (cf. Clarke 1991: 39). In this endeavour I will trace out some of the themes of the classical debate about cultural imperialism. I will then consider the various critiques of this approach, and identify some problems with it, in order to end by posing some more questions about where all this leaves us now, in relation to the current state of taken-for-granted wisdom on these issues, within media and cultural studies.

Centrally, I wish to offer a reassessment of the continuing significance of the work of the late North American political economist, Herb Schiller, following on from the comments made in this book's introduction about the recent neglect of his work. If the 'optimistic' school of cultural studies audience theory seems to claim that, in the postmodern world of active audiences, living in a 'semiotic democracy' (Fiske 1986), we need not worry about the question of media power, still, the fact that many political economists have an inadequate model of audience consumption means just that: it does not mean that they are wrong about everything else as well (cf. Morley 1992).

It is undoubtedly true that we need to add serious questions about the audience to the questions that political economy poses; but that does not mean that we should simply substitute the one set of questions for the other. Rather, we need to develop a perspective that can deal with both sorts of issues, and how they can be understood in their complex relations to each other. While there are strengths to both sides of this argument, for too long this debate has oscillated unproductively between a political economy of the global media that sees everything else as a foregone conclusion, and an over-optimistic cultural studies critique of this model ('don't worry, they've indigenised it') that sidelines the question of media power. The issue is how to understand the contradictions at the heart of this process (cf. Harindrah 2003 and Sreberny-Mohammadi 1991).

To clarify my point, let me offer an analogy to a comparable argument in another field. When Derrida says that we must recognise that philosophy, as a

form of writing, involves figures of rhetoric, to which we must pay attention in ways that philosophers have not always done before, he does not conclude that philosophy is therefore reducible to rhetoric, or that it is only rhetoric. Rather, he argues, we must adopt a 'bi-focal' perspective, in which we have to look both at and through the rhetoric of philosophy, in assessing the truth claims it makes. In a similar sense, to suggest that political economy has an inadequate analysis of the media audience is not to conclude that we should necessarily thus abandon all the truths of political economy in favour of those of audience scholars but, rather, following Derrida, to argue that we should adopt a similarly bi-focal perspective, which will allow us to understand these different registers of truth in their articulation with each other.

Mass communication and American empire

Having previously discussed Schiller's work at some length, I will only rehearse the bare outlines of his position here (see Morley 1994 and Morley and Robins 1996: ch. 10). To quickly 'recap', the basic proposition of his classic *Mass Communication and American Empire* (1969) was that, in effect, the 'media are American' (by which he meant, of course, North American). In the book, he traces the long history of American dominance of a series of different media. He also traces the role of the US government in supporting this dominance, right from the moment when Herbert Hoover, as President of the Board of Trade in the 1920s, spotted the potential of Hollywood as a form of export-led advertising for US consumer products (and the 'American way of life') abroad. From that point on, Schiller traces the thread that takes us from Hoover, to Henry Luce who, when head of the *Time Life* magazine conglomerate in the 1940s, wrote his book *The American Century* (Luce 1941) in which he argued that the USA's potential to influence, if not control, imagery and opinion overseas was, in fact, the new quintessence of power. President Truman was quick to pick up Luce's point, and to dress it up as a crusade for 'Free Trade' – in goods and information. Schiller traces the trajectory of all this through to the point, in the later period, when the US government also came to recognise that communications should no longer be seen as a mere 'support' to foreign policy, but as a direct instrument of it. In Schiller's vision, this is still a world of principally one-way media flow; where America still dominates international trade in film and television; where key areas of the media – such as news – are still controlled by a small number of Anglo-American agencies; and where, through the export of formats as much as contents, America has, in effect, written the grammar of TV production world-wide.³

If it be objected that this is an old story and that 1969 is now a long time ago, the fact remains that when Schiller revised his text for republication, in the 1990s, he painted an even darker picture than before – of a world where not only the

poorer countries of the world, but also now the industrialised areas of Europe, were increasingly dominated by US media imports. This, of course, was also the period when President Mitterand famously defined a 'European' as someone who watches American soap opera on a Japanese television. In his essay 'Not yet the post-imperial era' Schiller argues that the key change is that today 'national (largely American) media-cultural power has been largely (though not fully) subordinated to transnational corporate authority' so that if 'American national power no longer is an exclusive determinant of cultural domination' and if it is 'transnational corporate cultural domination' that is now the key issue, nonetheless, that domination still bears a 'marked American input' (Schiller 1991: 13, 15). To that extent, he writes, today's world market economy 'has evolved from, but retains the central characteristics of, the original American pattern' (Schiller 1992: 39).

Unfashionable as it has become in some circles, it may still be that we should take Schiller's argument for the continuing existence of North American cultural imperialism very seriously. Just in case his concerns should seem nowadays outmoded, we might, for instance, consider the speed with which, after the invasion of Iraq in 2003, the US government set up the prototype channel 'Iraq and the World'. This channel was initially beamed into Iraq from a US Air Force plane, and later instituted as the *Al-Hurra* satellite channel broadcasting throughout the Middle East, in order to counter the influence of *Al-Jazeera* in the region.

Here we might also think back to the North American 'modernisation theory' of the 1960s (cf. Rostow 1960 and Lerner 1964) which was premised on the belief that all that was holding back successful modernisation in the Middle East was the remaining prevalence of backward-looking 'traditional attitudes'. The proposed solution was to get transistor radios, broadcasting US radio stations, into the fields where the peasants worked. Somewhat simplistically, it was presumed (on the basis of a hypodermic-effects model of communications) that this 'input' would automatically transform the problematic attitudes in the desired way. In the Middle East today, Samer Shehata argues that the US government has been obsessed with the idea that *Al-Jazeera* was 'indoctrinating' a whole new generation of viewers with anti-Americanism. As Shehata puts it: just 'think about the assumption involved in that – that the Arabs just sit in front of television sets and *Al-Jazeera* just pumps this information into them'. As he points out, the operation was premised on the belief that the 'primary (solution) to the hackneyed question "why do people hate (America)?" is that "they" just don't understand us' – so the solution must be better propaganda (Burkeman 2003).

As for the 'American Century', it now seems, if anything, to be reborn with new vigour. Not so long ago, when the neo-conservatives who now dominate US foreign policy were still a marginal force operating through a variety of think tanks, the US Army War College quarterly journal *Parameters* published an article by (Retired) Major Ralph Peters (Summer 1997) in which he argued that anyone who has not yet

learnt to do so, must now adapt to the 'New American Century'. Peters describes with pride and admiration the two-pronged US assault (by the military and mass-produced popular culture) on those who have not learned how to properly navigate this new geopolitical landscape – among whom he lists 'the Taliban militiaman', 'the American blue collar worker' and the 'traditional intellectual elites'. He is quite explicit about the role of US popular culture in softening up 'regressive' populations world-wide, for economic and military assault, in an alliance, as he puts it, of 'culture with killing power'. In this context he proudly claims that

Contemporary American culture is the most powerful in history. ... The 'genius', the secret weapon of American culture, is the essence that the (liberal) elites despise: ours is the first 'genuine people's culture'. It stresses comfort and convenience – and ease – and it generates pleasure for the masses. ... We are Karl Marx's dream, and his nightmare. ... There will be no peace ... the 'de facto' role of the US armed forces will be to keep the world safe for our economy and open to our cultural assault.⁴

Of course, we need not take Major Peters's bumptious declarations at face value. As Immanuel Wallerstein reminds us, this kind of assertion can also be read symptomatically, as an index of anxiety about US claims on power. As he puts it 'We [Americans – DM] have spent the last 30 years insisting very loudly that we are still hegemonic and that everyone needs to continue to acknowledge it. But if one is truly hegemonic, one does not need to make such a request' (Wallerstein 2003: 213). However, Major Peters's chilling statements aside, we must now turn to the main critiques made in recent years of the work on cultural imperialism, which point to its limitations, its over-simplification and blind spots. We shall, however, also need to attend to the blind spots of these critiques themselves.

The cultural imperialism thesis and its limits

There are four main issues to consider here:

- 1 The way the original model oversimplifies the complex nature of flows in international communications.
- 2 Its failure to address the more recent strategies of 'glocalisation' adopted by many of the key media producers.
- 3 The problems that follow from the policies of 'cultural protectionism' to which this model of media imperialism seems to lead.
- 4 The inadequacies of the simple 'hypodermic' model of the media's supposed effects on their audiences, which underlies the original theory of media imperialism.

Let me say a little about each of these, in turn. I will deal with the first two points in brief and the others at more length.

The complexities of flow (and counter-flow) in international communication

The original model of cultural imperialism can certainly be criticised for concentrating as exclusively as it does on instances of one-way flow from the USA to the rest of the world. It also ignores the importance of the counter-flows generated by burgeoning regional television exporters in various other parts of the world, e.g. the Brazilian TV Globo, along with Mexico, as exporters of *telenovelas* throughout Latin America, Southern (Catholic) Europe and elsewhere; India, in film; and now Japan (especially in the world of TV cartoons) and South Korea in different parts of Southeast Asia. These forms of regional counter-flow (cf. Mattelart *et al.* 1984) certainly complicate the picture painted by Schiller and we need to address the complexities they introduce. However, it remains to be demonstrated that these new developments totally change the overall picture (cf. Sreberny-Mohammadi *op. cit.*). In fact, world trade in TV and film is still largely dominated by Anglo-American producers. Hollywood continues to dominate the import markets of Europe, Asia and Latin America, and now has a significant presence in Africa – and besides the USA, only India and China are net exporters of film. While the USA controls 80 per cent of the European film market, Europe only gets 2 per cent of the US market. In fact, world trade in TV and film is still largely dominated by producers only one of whom – Sony – is neither Anglo-American nor European.

Glocalisation

One of the limitations of the original model of cultural imperialism is that it takes no account of the strategies of 'glocalisation' of their products now frequently adopted by cultural exporters. Here we might recall the moment, some time back now, when Coca Cola announced that it was no longer a 'multi-national' but rather a 'multi-local' company. Or we might consider the graphic description in the opening scene of Quentin Tarantino's film *Pulp Fiction* of how different a 'Big Mac' is, in Amsterdam, from its North American cousin. We might also recall the speed with which MTV realised it had to regionalise and diversify its programming into a series of 'localised' variants, in order to find success in the global market, adapting its products to local tastes, rather than attempting to sell a standardised product in the same way, world-wide (cf. Hujic 1999).

Anyone who has travelled through Heathrow Airport in recent years cannot help having been struck by the extensive advertising campaign orchestrated by

HSBC, which now describes itself as 'the world's local bank', under the campaign slogan 'never underestimate the importance of local knowledge'. The point of the campaign is to establish the bank's credentials as a business that is thoroughly sensitive to matters of cultural difference – just as do its local adverts, in areas of the UK with large Muslim populations, which now declare that its bank loans are 'offered in accordance with *Shariah* [Law]'. This is, indeed, an issue of real complexity that we need to address and which the basic model of media imperialism ignores. However, the problem with this critique is that all these variegated products can still be argued to be versions of a template originally designed in North America. In relation to the issues of the export of formats, rather than contents, there may now be regional versions of *Blind Date* or *Who Wants to Be a Millionaire?* all over the world – but they are all modelled, in the first instance, on Anglo-American formats.

Cultural protectionism and cultural identities

The basic cultural imperialism thesis also seems to lead fairly directly to policies of cultural protectionism – designed to defend indigenous cultures against their corruption, 'pollution' or destruction by foreign elements. Evidently, the problem here is how one is to define what constitutes the original, indigenous, culturally pure forms that are to be defended, without falling into an essentialist position. How far back in history do you have to go to find the pure elements to be defended? To take the British case – how would you ever define the 'pure' British culture that is to be defended? Could it possibly exclude the cultures of post-war immigrant groups? And if so, should it also exclude all Norman, or Scandinavian or Roman elements, as themselves originally foreign to the Anglo-Saxons who lived in the primeval forests?

The further question, of course, is that of who would define that culture? In Britain, as in most cultures, the national culture has in fact largely been defined by a very particular class-based metropolitan elite – whose own culture is, in fact, quite foreign to other groups within the society. As I have argued elsewhere (Morley 1994) the question of what is foreign to who may not necessarily be, primarily, a matter of nationality – it can be a matter of ethnicity, class, region, gender or generation. It is only by grasping that issue that we can understand why imported forms of North American culture have, at various points, seemed less foreign (and thus more appealing) to British working-class media audiences than the class-based forms of their own national culture. In this connection, besides the well-known work of Dick Hebdige (1988) and Ken Worpole (1983) on the popularity of US cultural products among British working class consumers, we should also consider this commentary on his cultural preferences, by a Welshman, quoted by Gill Branston in her recent essay on cinema and 'Welsh Heritage':

America was what I admired ... because really for Britain ... you had the damn class system, All you could look up to was Kenneth More, patches on his jacket, like, cap and all that. ... Bloody brogue shoes, give me a break! So it was America that was classless, America [that] was cool. I remember thinking it would be great to drink Coca-Cola, and ... going to Cardiff market and ... drinking it from the bottle and thinking, this is fabulous, this is like being at some drive-in or somewhere.

(Branston, forthcoming)

The problem with the politics of cultural protectionism is that it is, of course, premised on a notion that there are pure, authentic, cultural spaces, unaltered by cultural imperialism, which must be defended. As a number of anthropologists and cultural studies scholars have pointed out (cf. Clifford 1997: ch. 1) this prelapsarian fantasy depends on the inaccurate presumption that cultural mixing is a new and recent phenomenon – whereas, in fact, all cultures (if to different degrees) have routinely absorbed and indigenised elements from other sources, throughout history, so that it is, rather, a question of 'hybridity all the way down' – and, indeed, all the way round. As Piot's work (1999) shows us, notionally traditional or primitive cultures are routinely replete with modern elements – and vice versa – as Bausinger (1990) demonstrates in his analysis of the prevalence of traditional elements in modern cultures.

To this extent, it is clear that we must acknowledge the complexity of inter-cultural flows and the ambivalence of their signification, when imported into new contexts. Thus, as Hebdige has rightly argued

American popular culture [among other sources – DM] ... offers a rich iconography ... which can be assembled and re-assembled by different groups in a literally limitless number of combinations. And the meaning of each selection is transformed as individual objects ... are taken out of their original historical and cultural contexts and juxtaposed against signs from other sources.

(Hebdige, op. cit.)

This important insight is also one of the motors of James Lull's argument in the following chapter about the 'push and pull' of cultural influence. However, there are complexities here. Within any one society, different consumers have variable amounts of cultural capital with which to create their own identities, through the sort of 'bricolage' that Hebdige describes. The same point applies in terms of inter-cultural communications, at a transnational level. Some countries, to put it simply, are more powerful than others, and better placed to make their own identity, rather than to have to live through imagery supplied to them by others. To

this extent, these issues cannot be resolved at an abstract level, but, rather, must be analysed conjuncturally.

The story of the current international popularity of West African music is instructive in this respect. The international success of musicians like Youssou N'Dour and Orchestra Baobab from Senegal, within the category of what is now understood as 'world music', is often used as an example of the dispersed and decentred nature of contemporary cultural flows. Certainly, this music represents an extremely rich mix of hybridised cultural influences, combining as it does an adapted form of Western electric guitar playing, Cuban-derived brass sounds and traditional African rhythms. From a positive perspective, all of this can be understood as an index of the productivity of complex cultural flows. In this case, if these transatlantic flows originated in slavery (cf. Gilroy 1993) they now operate in both directions, from the Caribbean to West Africa and back, and in the music of the region they are also mixed with North African (and Islamic) cultural influences.

However it is well attested that, in the 1950s and 1960s, the indigenous music of West Africa was all but defunct, at least in many urban areas – where US popular music and Cuban dance bands almost totally dominated the local cultural scene. As Orchestra Baobab's guitarist, Bartholemy Atisso, put it 'When I arrived in Senegal in 1968, there was only Cuban music' (Hudson 2003). It was only the intervention, in that period, of politicians such as Sekou Toure in Guinea, Leopold Senghor in Senegal and the now disgraced President Mobutu of the (then) Congo, with their campaigns of 'cultural protectionism' (through state subsidies to 'authentic cultural producers') and for the 'indigenisation' (cf. *Négritude*) of West African music and culture, which laid the groundwork for the contemporary flowering of the hybridised musical forms that now characterise the region. Without the state subsidies that allowed these artists to practise and develop their music for a long period, before it found an audience, all the subsequently influential musicians, such as Mory Kante and Salif Keita, who began their careers in the Super Rail Band of Bamako, would have had no 'academy' in which to learn their skills – and the subsequent forms of world music would have had no local cultural basis from which to develop.

These matters must, then, be assessed conjuncturally. If policies of cultural protectionism and cultural subsidy are always problematic, nonetheless, there are circumstances in which they may be both necessary and wise. However, to return to my central argument, if the foreign can undermine traditional industries and hierarchies, and is thus not necessarily a Bad Thing, to be kept out, that is still only an abstract concept of the foreign. The problem is that in fact, in many places in the world, the forms of foreignness primarily available for importation are still mainly, if no longer exclusively, Anglo-American.

Let me turn, lastly, to the question of the audience for imported media products.

The problem of the audience

There is a very serious problem with the basic cultural imperialism thesis, as developed by Schiller and others, in so far as it tends to assume that the media necessarily have straightforward, predictable and automatic ('hypodermic') effects on their audiences. This is a model of the audience that has largely been discredited in recent years, as it has come to be recognised that audiences are active in various ways, as they select from and reinterpret, for their own purposes, the media materials that they consume. There is an array of (now canonical) work in our field (cf. Ang 1985; Silj 1988; Liebes and Katz 1991; Gelpsrud 1995) offering studies of cross-cultural differences in the decoding of North American television programmes like *Dallas* and *Dynasty*, which demonstrates how globally distributed media forms are often reinterpreted by audiences through their own local and particular cultural frameworks. The work of Eric Michaels (1994) is perhaps the most striking, in demonstrating just how radically audiences can reinterpret the texts they consume. In his case, he shows how Australian Aboriginal communities reinterpret narrative patterns in *Dallas* through their own, very different, understanding of kinship relations and obligations. However, to take the particular example of Michaels's work, the problem is that of its subsequent extrapolation by others in the field. The fact that particular Australian Aboriginal communities reinterpret *Dallas* in ways radically different from those intended by the programme's producers provides no intellectual warrant for the unseemly generalisation of this one, detailed ethnographic example, to provide a general theory of some supposed tendency for audiences world-wide to always make 'oppositional' readings of the media materials they consume.

I have argued elsewhere (Morley 1992) against the regrettable tendency, in much recent audience studies work, towards what can only be called the 'romanticisation' of the power (and supposed freedom) of media consumers to reinterpret texts at will, as if they were all relentlessly engaged in some form of 'semiotic guerrilla warfare' with the media (cf. Eco 1972). To follow that route is to risk falling into the trap, acerbically identified by the editors of the critical North American magazine, *The Baffler*, of believing that the 'noble consumer' always and necessarily 'uses the dress with which he or she is bombarded to fashion little talismans of rebellion and subversion'.⁵ This is also to be potentially complicit, as Thomas Frank has rightly argued, with the key tenets of the discourses of consumer sovereignty, which lie at the heart of what he calls 'market populism' (Frank 2003). Of course, there is another way of looking at all this, which takes a perspective of what we might call 'globalization from below'. This view is well-represented by Ulf Hannerz, among others, who argues that, in many places, 'local cultural entrepreneurs have ... (now) ... mastered the alien cultural forms

which reach them through the transnational commodity flow' and are busy 'taking them apart, [and] tampering with them ... [so] ... that the resulting new forms are more responsive to, and ... in part outgrowths of, local everyday life' (Hannerz 1991: 124). The question is how we balance these two perspectives and how we discriminate between empirical situations where one or the other is more applicable, without presuming that either tells the whole truth, for all places and all times.

Conclusion

Where does all that leave us? We live, we are told, in a new era of complex globalisation, in which old models of imperialism will not serve us well and it is certainly the case that those old models have real limitations. However, among all the excited talk of cultural hybridity, bricolage, creolisation and 'transculturation', Hannerz (1996) rightly argues the need for what he calls 'some unexciting caution'. He recognises, of course, that the world of international communications and media flows is now more complex than it was – that there is more than one 'centre', in relation to which a whole variety of different cultural peripheries are constituted. Furthermore, he recognises that not all cultural flows run, automatically, in the same uniform direction, from Hollywood (or from the World Bank) to the rest of the world. However, for Hannerz, this does not mean that we are now somehow 'beyond' centre-periphery models of cultural flow – even if those models must now take account of a variety of different regional centres – and their varying peripheries. This is, not least, because those peripheries 'out there in distant territory' are still, as he notes, predominantly the 'takers, rather than the givers of meaning' (Hannerz 1991: 107). It is for exactly these reasons that we must insist on the continuing importance of questions of what Doreen Massey (1994) has called the 'power-geometry' of culture, and of cultural imperialisms of various sorts.

Thus, when Arjun Appadurai claims that 'the United States is no longer the "puppeteer" of a world system of images, but is only one node of a complex transnational construction of imaginary landscapes' (Appadurai 1996: 31) we should remember that it is still the most powerful single 'node' in that complex. Similarly, when Hardt and Negri claim that 'Empire presents a superficial world, the virtual centre of which can be accessed immediately from any point across the surface' (Hardt and Negri 2000: 53) we might bear in mind how difficult it still is to get from Dakar to Brazzaville without passing through Paris. As Goran Therborn acerbically notes, however 'globalised' the world may now be, some parts of it are still much closer ... than ... others' (Therborn 2002: 295). Despite the popularity of Deleuze and Guattari's metaphor of the 'rhizome' in many academic circles, the fact remains that globalisation has simply not produced a planet in which all points are connected in a reticular network. And it

is for this reason that the development of transversal forms of communication and travel, across the poor 'South' of the world, remains such a political priority.⁶

In this context it is, of course, crucial to relativise the story of globalisation, as told (as it usually is) from the perspective of the West. 'History' itself is often equated with the history of the West, and the story of modernisation is hard to disentangle from the story of Westernisation, and, in the twentieth century, from the story of Americanisation (cf. Wolf 1982). Rather than try to answer Frances Fukuyama's presumptuous question about whether or not 'we' (whoever that is) stand, as he claimed, at the 'End of History', we might perhaps better ask, with John Clarke (op. cit.), who is at the 'end' of which history, and how they got there – and what the continuing role is of the Anglo-American media in the constitution of the story of that history. We may live in a globalised world, but in most places global time still ticks to the clock of CNN, and we may do well to recognise the extent to which the Anglo-American media continue to provide, for many people, the constitutive horizons of what has been called the 'Global Familiar' of our times.⁷

Notes

- 1 Here I develop a set of arguments first outlined in Morley (1994), which will be further explored in one of the chapters in a forthcoming book of essays – see Morley, forthcoming. To avoid duplication, in the rest of this essay I shall use the broader term 'cultural imperialism' to include processes of media imperialism.
- 2 Cf. Huntington (1996).
- 3 Cf. Therborn, 2002 for some recent statistics on international media flows.
- 4 Major Peters's comments were quoted in a post to the Cultstuds email list on 28 April 2003 by Beth Ogden; Media/Cultural Studies, Hampshire College, Amherst, MA 01002; bjoCC@helios.hampshire.edu.
- 5 Cf. *The Baffler* website, www.thebaffler.com/onemarket.html. *The Baffler*, PO Box 378293, Chicago Ill 60637; see also Paul McEwan posting on 25 July 2002 to the CultStuds email list at www.cultstud-1@lists.acomp.usf.edu.
- 6 To give but one important example, one might cite here the work of projects like the *Inter-Asia Cultural Studies Journal*, in developing such transversal links throughout and across East and South Asia.
- 7 My thanks are due to Paul Giles of Lincoln College, Oxford, for alerting me to the quotes by Appadurai, Hardt and Negri, and Wallerstein used earlier.

References

- Ang, I. (1985) *Watching Dallas*, London: Methuen.
- Appadurai, A. (1996) *Modernity at Large*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Bausinger, H. (1990) *Folk Culture in a World of Technology*, Bloomington: Indiana University Press.
- Braxton, G. (forthcoming) 'What a difference a Bay makes: cinema and Welsh heritage', in J. Litler and R. Naidoo (eds) *The Politics of Heritage*, London: Routledge.

- Burkeman, O. (2003) 'Arab world now faces invasion by American TV', *The Guardian*, 24 April 2003.
- Clarke, J. (1991) *New Times and Old Enemies*, London: Harper Collins.
- Clifford, J. (1997) *Routledge*, Harvard: Harvard University Press.
- Denselow, R. (2003) 'Sound politics', *The Guardian*, 3 July 2003.
- Eco, U. (1972) 'Towards a semiotic enquiry into the TV message', *Working Papers in Cultural Studies* 3.
- Fiske, J. (1986) 'Polysemy and popularity', *Critical Studies in Mass Communications* 3.
- Frank, T. (2003) *One Market under God*, New York: Doubleday.
- Fukuyama, F. (1992) *The End of History and the Last Man*, Harmondsworth: Penguin.
- Gilroy, P. (1993) *The Black Atlantic*, London: Verso.
- Gripsrud, J. (1995) *The Dynasty Years: Hollywood, Television and Critical Media Studies*, London: Routledge.
- Hall, S. (1991) 'The local and the global', in A. King (ed.) *Culture, Globalisation and the World System*, London: Macmillan.
- Hansner, U. (1991) 'Scenarios for peripheral cultures', in A. King (ed.) *Culture, Globalisation and the World System*, London: Macmillan.
- (1996) 'Flows, borders and hybrids', unpublished paper to Department of Anthropology, University of Stockholm Workshop, Lund, October 1996.
- Hardt, M. and Negri, A. (2000) *Empire*, Harvard: Harvard University Press.
- Harindrath, R. (2003) 'Reviving cultural imperialism', in S. Kumar and L. Parks (eds) *Planet TV*, New York: New York University Press.
- Hebdige, D. (1988) 'Towards a cartography of taste', in *Hiding in the Light*, London: Routledge.
- Hudson, M. (2003) 'Their roots are growing', *The Observer*, October 2003.
- Hujic, A. (1999) *MTV Europe: A Study of Programming and Marketing Strategies*, unpublished Ph.D. thesis, Goldsmiths College, University of London.
- Huntington, S. (1996) *The Clash of Civilisations*, New York: Simon & Schuster.
- Lerner, D. (1964) *The Passing of Traditional Society*, Glencoe, IL: Free Press.
- Liebes, T. and Katz, E. (1991) *The Export of Meaning*, Oxford: Oxford University Press.
- Luce, H. (1941) *The American Century*, New York: Farrar & Reinhart.
- Massey, D. (1994) *Space, Place and Gender*, Cambridge: Polity Press.
- Mattelart, A., Delacourt, X. and Mattelart, M. (1986) *International Image Markets*, London: Comedia.
- Michaels, E. (1994) *Bad Aboriginal Art and Other Essays*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Morley, D. (1992) *Television Audiences and Cultural Studies*, London: Routledge.
- (1994) 'Postmodernism: the highest stage of cultural imperialism?' in M. Perryman (ed.) *Altered States*, London: Lawrence & Wishart.
- (forthcoming) *Questions of Culture, Media and Technology*, London: Routledge.
- Morley, D. and Robins, K. (1996) *Spaces of Identity*, London: Routledge.
- Piot, C. (1999) *Romantically Global*, Chicago: University of Chicago Press.
- Rostow, W.W. (1960) *The Stages of Economic Growth*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Schiller, H. (1969) (2nd edn 1992) *Mass Communications and American Empire*, New York: Beacon Press.
- (1991) 'Not yet the post-imperial era', in *Critical Studies in Mass Communications* 8.
- Silj, A. (1988) *East of Dallas: The European Challenge to American Television*, London: British Film Institute.
- Sreberny-Mohammadi, A. (1991) 'The global and the local in international communications', in J. Curran and M. Gurevitch (eds) *Mass Media and Society*, London: Edward Arnold.
- Therborn, G. (2002) 'Asia and Europe in the world – locations in the global dynamics', *Inter-Asia Cultural Studies* 3(2).
- Wallerstein, I. (2003) *The Decline of American Power*, New York: New Press.
- Wolf, E. (1982) *Europe and the People without History*, Berkeley: University of California Press.
- Worpole, K. (1983) *Dockers and Detectives*, London: Verso.

GUÍA PARA EL ESTUDIO DE LA UNIDAD II

RESUMEN

Revisión de los enfoques teóricos – metodológicos de la economía política crítica, el imperialismo cultural y el análisis ideológico de los medios de comunicación para comprender la articulación del carácter tanto comercial como político e ideológico de las industrias culturales y proyectar de modo reflexivo y crítico la intervención en los campos profesionales de la comunicación.

RECOMENDACIÓN

Se recomienda analizar las condiciones actuales de las empresas comerciales de medios de comunicación en aspectos como sus regímenes de propiedad, estructura corporativa y alcance ideológico y económico para evaluar la pertinencia y vigencia de los modelos de análisis de vertiente crítica desarrollados en las lecturas.

Se sugiere proyectar el funcionamiento de los medios de comunicación en escalas globales económicamente, pero ubicuas en la vida cotidiana y su influencia cultural en los ecosistemas comunicativos y los agentes que producen y consumen los relatos mediáticos, así como los que emergen y circulan por plataformas de internet como Facebook, Twitter, YouTube o Instagram.

UNIDAD III. ORIGENES Y DESARROLLO DEL ESTRUCTURALISMO EN COMUNICACION

Comprender el origen y el desarrollo teórico y metodológico del estructuralismo, con bases lingüísticas y antropológicas, para abordar el análisis de la realidad como una estructura social basada en sistemas significantes y proponer productos comunicativos adecuados a los códigos y referentes simbólicos del entorno cultural de intervención.

CONCEPTOS:

- Nociones de lingüística estructural y antropología estructural.
- Estructuras sociales y comunicativas.
- Sistemas de signos: elementos y funciones.
- Procesos de significación.

MECANISMOS DE EVALUACIÓN:

- Elaborar mapas conceptuales que den cuenta del paradigma estructuralista y sus aplicaciones en la Ciencia de la Comunicación, considerando sus orígenes históricos, y su desarrollo teórico y metodológico.
- Analizar los lenguajes específicos, así como los aspectos simbólicos de situaciones comunicativas que se pueden observar en obras artísticas, productos audiovisuales o intercambios verbales y no verbales en la cotidianidad.

PRODUCE:

A partir de ver una película de arte (la que el profesor tenga a su alcance), los alumnos discutirán sobre los elementos estructurales de la película: ¿Qué elementos permiten entender la película?, ¿Cómo se presenta el modelo de Greimas?, ¿Qué efectos produce la estructura narrativa de la película en el espectador?



FUENTE: Sitio web: http://pendulo.com/images/big/trilogia_tres_colores_azul_blanco_y_rojo_.jpg Cartel de la trilogía de películas “Tres colores”, Dir. Krzysztof Kieslowski

ACTIVIDAD REFLEXIVA:

- ¿Cuáles son los orígenes epistemológicos, teóricos y metodológicos del estructuralismo en Comunicación, y cuáles fueron sus obras referentes?
- ¿Cómo se puede comprender a la Comunicación desde los aspectos estructurales y simbólicos de los lenguajes, los textos y discursos?

LECTURA

UNIDAD DE COMPETENCIA III: ORÍGENES Y DESARROLLO DEL ESTRUCTURALISMO EN COMUNICACIÓN	
BIBLIOGRAFÍA	CAPÍTULO SELECCIONADO
8. PAOLI, Antonio (1989): <i>Comunicación e información. Perspectivas teóricas</i> , México, Trillas.	Capítulo 2: “Hacia una definición del estructuralismo en comunicación”; pp. 33-46. BARTHES, Roland: “La actividad estructuralista”; “La imaginación del signo” pp. 81-93.

8. PAOLI, Antonio (1989): *Comunicación e información. Perspectivas teóricas*, México, Trillas.

Capítulo 2: "Hacia una definición del estructuralismo en comunicación"; pp. 33-46.

BARTHES, Roland: "La actividad estructuralista"; "La imaginación del signo" pp. 81-93.

3

HACIA UNA DEFINICIÓN DEL ESTRUCTURALISMO EN COMUNICACIÓN

Para entender qué es el estructuralismo y poder contrastarlo con otras corrientes teóricas, hay que ubicarnos en una perspectiva distinta al funcionalismo.

Un elemento que nos ayudará a entender la diferencia será el separar realidad de modelo estructural. El modelo estructural será en el estructuralismo la elaboración teórica con la cual el científico social analiza la realidad como una estructura social.

a) El modelo estructural. Veamos un modelo estructural para comprender mejor la idea y posteriormente profundizar en los conceptos.

Tomaremos el *modelo actancial* que Greimas desarrolla en su libro *Semántica estructural*.³⁸ El modelo pretende ser una identificación de principios de organización relacional que produce significación. Se ha usado para analizar diversos tipos de relatos en base a algunos de sus elementos que le permiten significar y, en general, detectar el significado del actuar social. Obyviamenté presentaremos aquí el modelo de modo muy esquemático.

Un primer concepto dentro del modelo es la categoría de *actante*. El actante es un tipo o un estereotipo de personas u objetos que cumplen determinados roles dentro de un género de relatos, por ejemplo, villanos, príncipes, hadas buenas, princesas, que en el tipo de relato considerado siempre actúan de manera similar.

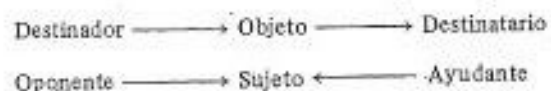
En un conjunto de relatos en los que encontramos siempre a los mismos actores tipo (al príncipe, al villano, al hada buena, etc.), que cumplen siempre las mismas funciones (el villano se roba un bien

³⁸ Editado en español por Editorial Gredos, Madrid, 1971.

preciado, el príncipe lucha con el villano, etc.), aunque difieran las acciones concretas podemos decir que estas funciones y estos actantes constituyen una estructura tipo, la cual es propia de un género. Podríamos decir que todos los relatos de ese género van a tener esos actantes que tenderán a relacionarse de esa manera y no de otra. No es casual que siempre haya una distribución similar de papeles; esta distribución se debe a la estructura y podemos decir que se trata de la estructura de ese género. Hablamos de ella explícitamente cuando hemos mostrado formalmente cómo se da en la realidad y a qué reglas obedece.

Hasta aquí podemos decir que nos movemos en la dimensión teórica del formalista ruso Vladimir Propp en su libro *Morfología del cuento ruso*. Pero para Greimas, hay que preguntarnos por las relaciones posibles de los actantes entre sí y formular una categorización, a fin de representar una sintaxis de actantes, suficientemente abstracta y formal como para poder aplicarla a muchos tipos de relatos.

Veamos el siguiente esquema:



Greimas considera tres ejes, en la relación de este modelo:

1. Entre el sujeto que busca un fin o un objeto, se forma una tendencia guiada por el deseo del sujeto hacia el objeto, ya sea para él mismo, en cuyo caso se convierte también en destinatario, o para otro. Entre el sujeto y el objeto hay una relación teleológica. El sentido de la acción del sujeto, o la relación semántica, estará dada por el deseo. Entonces tendremos una primera categoría actancial ligada por el deseo y podremos definir un género por esta primera categoría.

2. Un segundo eje, lo forman el destinador y el destinatario; aquí el objeto es el intermediario de la comunicación entre ambos. La comunicación nos da una segunda categoría actancial. Podríamos caracterizar a un género también por el modo en que se realiza o no la comunicación entre los actantes.

En una relación de conquista matrimonial, en la que no aparecen padres, podría darse que el mismo actor tuviera en sí dos actantes:

él = sujeto + destinatario

ella = objeto + destinador

Las dos categorías actanciales que hemos visto parecen construir un modelo simple, centrado en el objeto que es al mismo tiempo objeto de deseo y de comunicación.

3. Existen también dos fuerzas opuestas. Unas consisten en aportar ayuda operando en el sentido del deseo o facilitando la comunicación; otras, por el contrario, consisten en crear obstáculos, oponiéndose a la realización del deseo o a la comunicación del objeto.

De aquí, podemos distinguir dos actantes diferentes y opuestos: ayudantes y oponentes, que serán actantes circunstanciales y no los verdaderos actantes del espectáculo.

El modelo actancial supone, desde luego, una descripción del universo en el cual se realiza la acción. Puede ser utilizado para aclararnos las fuerzas que operan en un relato o en una teoría, con lo cual podemos tener una visión sintética del conjunto.

Las particularizaciones eventuales del modelo deberían referirse, sobre todo, a la relación entre sujeto y objeto y manifestarse como una clase de variables constituidas por relaciones de significado, propias del conjunto.

Greimas, para ejemplificar la operabilidad de su modelo, dice que "... la ideología marxista, al nivel del militante, podría ser distribuida, gracias al deseo de ayudar al hombre..." y utiliza así los elementos de su modelo en relación a esta teoría:

Sujeto	—	Hombre
Objeto	—	Sociedad sin clases
Destinador	—	Historia
Destinatario	—	Humanidad
Oponente	—	Clase burguesa
Ayudante	—	Clase obrera*

Cada uno de estos actantes tendría funciones específicas que cumplir y por lo mismo se darían relaciones entre sí. Describiendo estas relaciones de significado, describiríamos sincrónicamente una estructura.

Este método ha sido utilizado por algunos antropólogos y sociólogos para estudios de religiosidad popular.³⁹ Nos puede ser muy útil para estructurar las relaciones de significación entre los elementos de un relato, teoría o relación social, al ofrecernos un modelo sintáctico como instrumento para observar e interpretar la realidad.⁴⁰

³⁹ Siguiendo este modelo estructural en México se han realizado algunos estudios: Ignacio Castillo escribió uno, llamado "San Pueblo" sobre un poblado del estado de Sn. Luis. El mismo modelo, junto con otros instrumentos teóricos, se han utilizado por un grupo de sociólogos de la Universidad Iberoamericana, dirigidos por Gilberto Giménez, para estudiar la religiosidad popular en el Santuario de Chálima, en el estado de México.

⁴⁰ Cfr. Nicole Belmont. "Las creencias populares como relato mitológico". En el libro *El proceso ideológico*, de Eliezer Verón (Ed.), Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973.

Este modelo no nos explica el porqué de las cosas, simplemente nos muestra una estructura abstracta a la que se adaptan los relatos para significar.

El modelo actancial de Greimas ha tenido la finalidad de introducirnos al concepto de *modelo estructural*. Aquí entenderemos el concepto como un conjunto de categorías abstractas, interrelacionadas unas con otras de cierta manera más o menos constante, que se especifica y nos ayuda a entender cómo es que las relaciones humanas significan, y, por tanto, cómo es que mueven a la acción dentro de esas estructuras de significación.

Veamos más detenidamente algunos conceptos básicos:

En el estructuralismo se utilizan modelos para estudiar la significación de la acción humana en su contexto. Las unidades interrelacionadas no se consideran como un conjunto de órganos, sino como formas significantes. De aquí que tenga una diferencia de enfoque totalmente distinta a la del estructural-funcionalismo.

El estructuralismo ha derivado sus modelos de la lingüística estructural, a partir de Ferdinand de Saussure, y ha aportado muchos elementos a la teoría elaborada por este autor, en su libro *Curso de lingüística general*.

En esta perspectiva, los estructuralistas, interesados en desarrollar modelos para el análisis lógico de los relatos que nos ayudan a explicarnos sus relaciones significantes, pretenden elaborar una lingüística que vaya más allá de la frase y, con ello, mostrarnos las estructuras a través de las cuales, el relato se convierte en un medio de comunicación y sin las cuales no nos sería posible entenderlo. Estos modelos constituyen conjuntos de reglas combinatorias de los significantes que nos permiten evocar significados comunes, es decir, informarnos y comunicarnos.⁴¹

Trabajando en estos intentos, que constituyen ya un considerable acervo científico para el análisis de la comunicación humana, encon-

⁴¹ Algunas obras accesibles sobre el tema:

- *El análisis estructural del relato*. Barthes, Greimas y otros. Editado por Tiempo Contemporáneo, "Colecc. Comunicaciones", Buenos Aires, 1970.
- *Introducción a la literatura fantástica*, de T. Todorov. En Tiempo Contemporáneo, "Colecc. Comunicaciones", Buenos Aires, 1974.
- *Figuras retóricas y estructuralismo*. G. Genette. En Córdova, Ecuador, 1970.
- *Análisis estructural de la novela*. N. Pizarro, Siglo XXI, Madrid, 1970.
- *Investigaciones retóricas II*. Jean Colson, Brémond y otros. Ed. Tiempo Contemporáneo, "Colecc. Comunicaciones", Buenos Aires.
- *Lo verosímil*. Roland Barthes, J. Grillo, C. Metz y otros. Ed. Tiempo Contemporáneo, "Colecc. Comunicaciones", Buenos Aires.
- *Estudio estructural y tipológico del cuento*. Meletinsky. Ed. Rodolfo Alonso, Editor, Buenos Aires, 1972.

tramos a personalidades tan creativas como Lévi-Strauss, R. Barthes, Greimas, C. Brémond, T. Todorov, G. Genette y otros, que han elaborado diversos modelos para el análisis estructural.

El análisis estructural se ha aplicado también a otros medios de comunicación. Umberto Eco ha elaborado un modelo acerca de las posibles articulaciones del código cinematográfico.⁴² El señala códigos o subcódigos del cine, discute los modos de la acción cinematográfica como un lenguaje y trata de definir sus articulaciones como una estructura que combina imágenes de distintos tipos correspondientes a los diversos códigos y que cuentan con varios modos de articulación. Eco toma como paradigma a la lingüística, y con ella infiere dos modos de articulaciones de los códigos del cine. Una, la relación vertical entre significante y significado: la figura que se ve (significante) nos remite a otra que podemos recordar y que está marcada por nuestra experiencia anterior (significado). Otra segunda articulación, derivada también de la lingüística estructural, es la que relaciona a los signos entre sí, en el contexto de una frase o de una foto; es aquello que nos hace ver en el fotograma que este señor con diez niños es su maestro y no su papá. Pero Umberto Eco considera una tercera forma de articulación propia del cine, que está en la secuencia de los fotogramas; nos hace ver nuevas relaciones que no estaban en las articulaciones anteriores. Esto le da una dimensión más al cine sobre la lengua: "Los diferentes significados no se subsiguen a lo largo del eje sintagmático, sino que aparecen copresentes y reaccionan uno en relación con el otro haciendo aparecer varias connotaciones".⁴³

En esta posición analítica se nos muestran diversos elementos, no como una suma sino como una totalidad, articulada en una estructura propia del cine. Este modelo estructural nos da razón de un conjunto sistemático de diferencias que nos permiten comprender mejor las partes de una película y la razón profunda de su unidad, a partir de la cual pueden desarrollarse otros análisis.

b) Estructuralismo y lingüística. Decir *estructura* dentro del estructuralismo, es hablar de un conjunto organizado de elementos

⁴² Umberto Eco. "Acerca de las articulaciones del código cinematográfico". En *Ideología y lenguaje cinematográfico*. Editado por Comunicación-I, Madrid, 1969, pág. 137.

En materia de cine, se han desarrollado diversos modelos estructurales. El artículo de Eco viene acompañado de 14 artículos que pretenden aportar elementos para modelos y cuestionar los ya existentes. Los autores son: Pasolini, Saltini, Metz, Barthes, Baldelli, Syltre, Kosak, Struska, della Volpe, Teti.

Pueden consultarse otras obras sobre el tema: de Metz, *Ensayos sobre la significación en el cine*, Ed. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1972; *Análisis de las imágenes*, Metz, Eco y otros, en Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973.

⁴³ Umberto Eco. *Op. cit.*, pág. 168.

que dan una unidad que como tal se subordina a ciertas leyes o, si se prefiere, a ciertos criterios de relación.

Para Jean Piaget, "una estructura está formada, en verdad, por elementos, pero éstos se encuentran subordinados a leyes que caracterizan al sistema como tal; y dichas leyes llamadas de composición no se reducen a asociaciones acumulativas, sino que confieren al todo, propiedades de conjunto distintas de las de los elementos".⁴⁴

La totalidad, teóricamente estructurada, deberá plantearse con algún criterio de relación. Así lo más importante del planteamiento científico no será la totalidad en cuestión, ni sus elementos aislados, sino sus relaciones, sus procedimientos de composición.

Aquí todos nos formulamos una pregunta obvia: ¿Qué criterios de estructuración de sus modelos tiene el llamado "estructuralismo"? o ¿Qué relaciones estructurantes toman las teorías estructuralistas para interrelacionar sus elementos en un todo? Lévi-Strauss en el capítulo 2 de su *Antropología estructural*, dice:

Como hace ya veinte años decía Marcel Mauss: "La sociología habría avanzado mucho más por cierto de haber procedido en todos los casos imitando a los lingüistas". La estrecha analogía del método que existe en ambas disciplinas les impone un particular deber de colaboración.⁴⁵

La lingüística se convierte entonces en el paradigma, en la brújula que orienta las construcciones teóricas, aunque los diferentes científicos estructuralistas, se acerquen o se alejen de los modelos clásicos de la lingüística planteados por Saussure. Para Eliceo Verón, "un modelo estructural de procesos de comunicación...", enuncia las relaciones sintáctico-semánticas del sistema".⁴⁶

Siguiendo a Morris⁴⁷ y Carnap,⁴⁸ Verón dice que *el campo de la sintáctica está constituido por el estudio del código y las reglas de combinación para la composición de los mensajes; si el estudio incluye consideraciones acerca del referente, se trata de la semántica*. Si el análisis también considera los restantes componentes del sistema de comunicación, como el receptor, los canales, los mensajes, el emisor, etc., forma entonces parte de la pragmática.⁴⁹

Lévi-Strauss en su *Antropología estructural* dice que para que un modelo pueda ser considerado como estructura, debe satisfacer cuatro exigencias principales: una, consiste en que sus elementos están interrelacionados de tal manera, que la transformación de uno de ellos

implica la modificación de los demás; esto le da un carácter de sistema. En segundo lugar, todo modelo está formado de otros modelos pertenecientes al sistema, que implican un conjunto de transformaciones; así el modelo más complejo depende de modelos más simples, que de alterarse, cambian en mayor o menor medida la totalidad. En tercer lugar, el modelo más complejo, permitirá predecir de qué manera reaccionará el sistema total, en caso de que uno de sus elementos se modifique; en esta perspectiva, el estructuralismo prevé o debería de prever, las posibles transformaciones estructurales y explicarlas de tal modo, que cuando el modelo se aplique a la realidad social pueda darnos cuenta de los hechos observados. En cuarto lugar, el modelo responderá a la doble condición de utilizar sólo los hechos considerados por él y, con ello, dar cuenta de todos.

Estas exigencias se orientan a construir modelos que, inspirados en la lingüística, formen un conjunto de diferencias para comprender a los hechos sociales como formas de significación y; por tanto, de comunicación. Eliceo Verón considera que "el análisis estructural se presenta... como el instrumento para comprender aquellos hechos que la existencia social ha 'impregnado de significación', según la expresión de Lévi-Strauss. Esta frase un tanto vaga puede ser traducida en una fórmula más precisa: el fenómeno del sentido es la expresión misma del carácter social de la conducta".⁵⁰

El análisis estructural no se orienta a relaciones de causalidad primordialmente, sino a relaciones lógicas que estructuran modelos de comunicación. Los hechos sociales pueden estudiarse como elementos de una estructura de significación, como elementos explicables por una lógica que estructura el sentido.

c) *Semiología*. El estructuralismo, en tanto que desarrolla una teoría sociológica que pretende estudiar los hechos que la existencia social "ha impregnado de significación", se apoya en la ciencia semiológica, y ha colaborado grandemente a su desarrollo. Sin embargo, no podemos decir que estructuralismo y semiología sean la misma cosa, ni que toda semiología sea estructuralista.⁵¹

⁴⁴ Eliceo Verón. *Op. cit.*, pág. 56.

⁵¹ Para Pierre Guiraud, Saussure destaca la función social del signo y Peirce (norteamericano, contemporáneo de Saussure) su función lógica (a esta ciencia Peirce la llama semiótica). Peirce desarrolla sus ideas sobre esta nueva ciencia en su libro *Philosophical writings*.

"En realidad no hay coincidencias en lo que respecta al dominio de nuestra ciencia - dice Guiraud -: Algunos de los más prudentes sólo la consideran como un estudio de los sistemas de comunicación por medio de señales no lingüísticas. Otros, con Saussure, extienden la noción de signo y de código a formas de comunicaciones sociales tales como ritos, ceremonias, fórmulas de cortesía, etc. Finalmente, hay quienes consideran que las artes y las literaturas son modos de comunicación basados en el empleo de los sistemas de signos derivados también de una teoría general del signo."

Cfr. *La semiología*, de Pierre Guiraud. Siglo XXI, Buenos Aires, 1974, pág. 10.

⁴⁴ Jean Piaget. *Estructuralismo*, Ed. Profe, Buenos Aires, 1971, pág. 12.

⁴⁵ Lévi-Strauss. *Antropología estructural*, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1968, pág. 29.

⁴⁶ Eliceo Verón. *Conducta, estructura y comunicación*, pág. 48.

⁴⁷ Morris. *Signs, language and behavior*, Prentice Hall, New York, 1946.

⁴⁸ Carnap. *Introduction to semantics*, Harvard, University Press, Cambridge, 1946.

⁴⁹ Eliceo Verón. *Op. cit.*

En el siguiente texto de Saussure, citado por muchos autores, podemos entender mejor a partir de qué ideas arranca la semiología estructuralista:

Se puede, pues, concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social... Nosotros la llamaremos semiología (del griego *semeion* "signo"). Ella nos enseñará en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe acabadamente, no se puede decir qué es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia y su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general. Las leyes que la semiología descubra serán aplicadas a la lingüística y así es como la lingüística se encontrará ligada a un dominio bien definido en el conjunto de los hechos humanos.⁵²

La semiología, que ya ha empezado a desarrollarse, interpreta al matrimonio, las modas del vestir, del comer, del decorar, como conjuntos estructurados que significan y que se combinan con cierta regularidad para significar. Esta nueva ciencia pretende mostrarnos modelos para comprender esas estructuras de significación que podemos llamar lenguajes. Utilizamos estos lenguajes en nuestra actividad cotidiana y en nuestras relaciones sociales. Así lo que interesa al estructuralista es la relación que guarda entre sí todo el sistema y que implica una memoria organizada que posibilita la estructuración.

Sin embargo, los hechos sociales no deben tomarse solamente como lenguajes significantes, ya que en ese momento entraríamos al formalismo, a la ciencia que estudia sólo las formas. El matrimonio, la economía, además de poderse estudiar como formas de significación, también cumplen funciones sociales que no se agotan en la estructuración del sentido, sino que posibilitan la existencia social y la perpetuación de la especie; y si hemos de considerar la totalidad, no podemos quedarnos en la pura significación. De aquí que el estructuralismo no se agote en el análisis semiológico, pero sí es un elemento de gran importancia; que pretende construir sus modelos a partir de la lingüística Saussuriana.

Aún no hemos aclarado suficientemente cómo es que la lingüística funge como un modelo que guía a otros modos de significación y nos ayudan a explicar los diversos lenguajes de la vida social.

Roland Barthes, en su libro *Elementos de semiología*, pretende tomar de la lingüística "los conceptos analíticos que *a priori* consideramos idóneos, por su generalidad, para comenzar la investigación semiológica".⁵³

Barthes considera que, aunque el semiólogo trabaje muchas veces con elementos no lingüísticos, encontrará la lengua hablada como

⁵² Saussure, *Curso de lingüística general*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1975, pág. 60.

⁵³ *Elementos de semiología*, Ed. Comunicación, "Serie B", Madrid, 1971, pág. 15.

elemento mediador de significado. Y "para percibir lo que una sustancia significa, necesariamente hay que recurrir al trabajo de articulación llevado a cabo por la lengua: no hay sentido que no esté nombrado y el mundo de los significados no es más que el mundo del lenguaje".⁵⁴

A partir de estas consideraciones, Barthes agrupa los elementos de la semiología en cuatro grandes apartados que tienen su origen en la lingüística estructural y en las teorías de la comunicación: lengua y habla, significado y significante, sintagma y sintema, denotación y connotación.

Explicar estos términos en el sentido de la lingüística estructural, sería salirnos del objetivo de este trabajo. Lo que pretendemos mostrar en términos generales es cómo construye teóricamente e investiga un estructuralista al hacer la ciencia de la comunicación. Para ello, vale la pena citar una vez más el libro de Barthes que nos ocupa:

La investigación semiológica se propone reconstruir el funcionamiento de los sistemas de significación diferentes de la lengua, de acuerdo con el proyecto propio de toda actividad estructuralista: el proyecto de construir un *simulacro* de los objetos observados.⁵⁵

Lo que nos interesa subrayar aquí es precisamente que el estructuralismo construye estos *simulacros* o modelos estructurales. Ver que el estructuralismo pretende descubrir leyes de composición que confieren al todo propiedades de conjunto significante, distintas a las de sus elementos.

El estructuralismo busca sistemas de diferencias que nos ayuden a explicar estructuras que llevan a formas de comunicación social.

d) Estructuralismo e historia. El estructuralismo, y en especial el de Lévi-Strauss, tiende a dejar de lado la historia: resulta "tan fastidioso como inútil amontonar argumentos para demostrar que toda sociedad está en la historia, y que la sociedad cambia es evidente de suyo".⁵⁶

Está de acuerdo con el hecho de que hay cadenas de acontecimientos, cuyos efectos se acumulan para producir cambios económicos y sociales. La concepción de los sujetos se forjan de las relaciones entre naturaleza y cultura.⁵⁷

Pero en la conclusión de *La miel y las cenizas*, en relación con la transformación histórica, dice:

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 14.

⁵⁵ Roland Barthes, *Elementos de semiología*, pág. 99.

⁵⁶ Lévi-Strauss, en "El pensamiento salvaje", citado por Maurice Goddell en su obra *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1974, pág. 152.

⁵⁷ Goddell, *Op. cit.*, pág. 152.

En la sociedad griega antigua "la mitología abdica en favor de la filosofía que emerge como la condición previa de la reflexión científica" escribe (Lévi-Strauss) que ve en ello "una circunstancia histórica que nada significa, sino que se produjo en tal lugar y en tal momento". La historia, pese a estar sometida a esta ley de orden que organiza toda sociedad, queda, pues, privada de toda necesidad y el nacimiento de la filosofía y de la ciencia occidentales se reducen a simples accidentes.⁵⁸

Según Godelier, nos encontramos ante una posición parecida al empirismo funcionalista con respecto a la historia. La cuestión para el científico estructuralista será diseñar modelos estructurales de significación, y ver qué tan aplicables y generalizables son, para aplicarnos el carácter social de la conducta en una o varias sociedades. Lévi-Strauss llega a decir:

Al historiador los cambios; el etnólogo las estructuras, y esto porque los cambios, los procesos, no son objetos analíticos, sino la forma particular en que la temporalidad es vivida por un sujeto.⁵⁹

No es que Lévi-Strauss niegue la historia, sino que separa el análisis de las formas del análisis de las funciones y se dedica a presentarnos esas formas, sin negar las funciones articuladas en una sociedad concreta.

Quedarnos en esta afirmación aclararía poco las cosas. Al parecer, al entrar al análisis de una estructura, no necesariamente nos estamos moviendo en una dimensión temporal. Para Greimas, "la estructura de un lenguaje cualquiera no conlleva para ella referencia temporal alguna y el término de sincronía sólo se conserva en ellas por tradición".⁶⁰

Así, una estructura podemos considerarla "anacrónica"; su descripción es la construcción de un modelo percibido en su lógica interna. Una estructura lingüística nos sirve para construir mensajes, lo cual ocurre en un espacio histórico.

Decimos, pues, que una lengua estructurada puede estar en cualquier momento histórico, y desde luego modificarse hasta cierto punto por ello. Si separamos la estructura o el esquema de su uso, podemos decir que una estructura despliega ciertos usos, según el momento histórico. Así, entre los múltiples usos de una estructura, la historia condiciona algunos de ellos y limita otros.

Pongamos un ejemplo: la lengua francesa tiene una estructura básica que puede tener diversos usos; escrituras diversas en momentos históricos distintos. Barthes muestra algunos de ellos:

⁵⁸ Godelier. *Op. cit.*, pág. 153. Citas del libro de Lévi-Strauss: *La miel y las cenizas*.

⁵⁹ Godelier. *Op. cit.*, pág. 154. Cita de: *Los límites de la noción de estructura en etnología*, Lévi-Strauss.

⁶⁰ Cfr. Greimas, el artículo: "Estructura e historia". En el libro *Problemas del estructuralismo*, varios autores. Ed. Siglo XXI, México, 1973, pág. 125.

La diversidad de los géneros y el movimiento de estilos dentro del dogma clásico son datos estéticos, no de estructura;... se trata de una escritura única, a la vez instrumental y ornamental, de la que dispuso la sociedad francesa durante el tiempo en que la ideología burguesa se hizo conquistadora y triunfante. Escritura instrumental, ya que la forma se suponía al servicio del fondo,... ornamental, ya que este instrumento se hallaba decorado por accidentes exteriores a su función,....⁶¹

En cambio, la escritura de la revolución francesa toma un tinte de exageración a cada momento. "Lo que hoy parece exageración era entonces la medida de la realidad". "La escritura revolucionaria fue como la entelequia de la leyenda revolucionaria: intimidaba e imponía una consagración cívica de la sangre".⁶²

Barthes continúa poniendo ejemplos de usos diversos de la escritura respondiendo a circunstancias distintas, pero podemos decir que una lengua tiene su estructura básica, su "paradigma", su almacén de recursos, que se actualizan y se combinan de un modo peculiar en cada momento histórico. Así una misma estructura tiene diversos usos y da lugar, en otras palabras, a la realización de diversas estructuras históricas diferentes.⁶³

El estructuralismo, en esta perspectiva, no podemos decir que sea diacrónico o sincrónico, sino "acrónico" y puede ayudar a explicarnos un momento histórico. Lo que el estructuralismo no ha hecho y, al decir de Greimas, en el momento actual parece no estar en condiciones de hacer, es una metodología del pasaje entre una estructura y otra.

Quizá con esta breve exposición se entienda mejor la afirmación de Lévi-Strauss, de que "al historiador los cambios; al etnólogo las estructuras".

Para Greimas, Lévi-Strauss "sin renegar de la historia, como algunos pretenden, y sobre todo sin abandonar el compromiso histórico, su investigación se propone, en definitiva, integrarlos en una tipología general de las estructuras de significación. Al poner en evidencia 'lógicas concretas', dio una idea precisa de la forma en que podrían concebirse los repertorios de elementos constitutivos de estas estructuras históricas de contenido, condición previa... de toda descripción de sus transformaciones".⁶⁴

Entonces, entenderemos el estructuralismo como un conjunto de modelos "acrónicos", que nos brindan elementos para interpretar los procesos de significación, en algunos momentos históricos y que qui-

⁶¹ Cfr. Roland Barthes. *El grado cero en la escritura*; Siglo XXI, Buenos Aires, 1973, pág. 60.

⁶² R. Barthes. *Op. cit.*, pág. 27.

⁶³ Greimas. *Op. cit.*, pág. 130.

⁶⁴ Greimas. *Op. cit.*, pág. 132.

zà, con el tiempo, nos llegue a brindar modelos de transformación entre una estructura y otra.

EL PROCESO DE LA COMUNICACIÓN

Lévi-Strauss ha planteado tres tipos de estructuras para estudiar la sociedad en su libro "*Antropología estructural*": *estructuras de grupo, estructuras de comunicación y estructuras de subordinación*.

Las primeras están constituidas en un ambiente que posibilita las relaciones sociales. Hay un espacio y un tiempo estructurados, que sirven como marco de referencia y en ese marco se piensan las relaciones sociales.

Las estructuras de subordinación se constituyen por relaciones de dominio.

Las estructuras de comunicación, que es lo que aquí nos interesa fundamentalmente, operan en 3 niveles: comunicación de mujeres, comunicación de bienes y servicios y comunicación de mensajes.

El matrimonio es susceptible de un análisis semiológico: podemos decir que al casarnos significamos algo para la sociedad. Las reglas del matrimonio pueden entenderse como reglas sintácticas que nos limitan ciertas relaciones (las incestuosas, por ejemplo) y nos permiten otras, al mismo tiempo que significan algo. Así podemos hablar de relaciones semánticas y sintácticas. Se trata, entonces, de un modo de comunicación. El hombre y la mujer se consideran como un valor y como un signo, pero el matrimonio no se reduce, como el habla, a significar, sino que forma parte de los modos concretos de la vida social; al mismo tiempo, aparece ligada indisolublemente a la comunicación.

De esta manera pueden tratarse también los sistemas de intercambio de bienes económicos: como elementos concretos para la vida social y al mismo tiempo como sistemas de comunicación.

La acción humana no puede reducirse a su dimensión significativa, sino que tiene también que considerarse como un proceso de significación, estrechamente vinculado a las otras estructuras que forman su realidad.

El análisis semiológico frecuentemente se hace difícil por esta duplicidad: un coche sirve para transportarse y al mismo tiempo significa algo: estatus, eficiencia, riqueza, etc. Jean Baudrillard en su libro *El sistema de los objetos* nos da una larga interpretación de la significación de los objetos en la vida consumista del capitalismo contemporáneo. Para él, este sistema social nos presenta deseos que no realizamos, sino que simbolizamos realizar: "... hoy en día, todos los deseos, los proyectos, las exigencias, todas las pasiones y todas

las relaciones se abstraen (o se materializan) en signos y en objetos para ser comprados y consumidos".⁶⁵

Así los diversos modos de significación de las relaciones sociales y de los objetos se estructuran en lenguajes diferentes según cada contexto social. Pero no se reducen solamente a significar, sino que tienen para sus usuarios una función práctica. Quienes tienen determinadas relaciones sociales y determinados objetos, la mayor parte de las veces, no son conscientes de sus significados y mucho menos de las estructuras significantes.

La semiología, entonces, nos puede ser de gran utilidad para entender los procesos sociales como procesos de comunicación.

Los lingüistas trabajan por presentarnos las reglas de nuestro lenguaje que nos permiten estructurar nuestras palabras y frases, dicho de otra manera, construir nuestros significantes y con ello evocar significados. Los significados para poder ser comunes, y con ello lograr la comunicación, tienen que estar referidos a estructuras de la realidad, que en algún grado sean comunes a emisor y receptor. ¿Pero en qué nos ayuda el saber las reglas de la lengua que hablamos? Nos ayuda a comprender cómo es que podemos entendernos. Todo mensaje, incluido el codificado por la lengua, no tiene un significado intrínseco, sino que está basado en reglas. La lingüística ha iniciado desde Saussure, un intento de manifestar esas reglas y el estructuralismo ha retomado ese intento de manifestar esas reglas, para construir sus modelos.

El estructuralismo pretende reconstruir las reglas que dan significado a las acciones, a los objetos, a las palabras, en un proceso de comunicación social. Y el proceso es entendible gracias a la reconstrucción de los diversos códigos que se interrelacionan en un sistema.

Aquí surge otra oposición con muchos exponentes del funcionalismo que pretenden explicar las relaciones sociales a través de las normas explícitas de los sujetos de la comunicación. Los estructuralistas prefieren distinguir entre normas y reglas. Las reglas son inconscientes, son el fundamento de las normas. El proceso de la comunicación está basado en las reglas y son las que, en último término, estructuran el sentido de las normas.

Para los estructuralistas, la vida social es un complejo sistema de comunicación. En el matrimonio las personas significan algo, como hemos dicho, y en el habla los signos también significan algo, aunque el primero tiene otras funciones y lleva un ritmo más lento de comunicación y el otro tiene una función puramente significativa y es de

⁶⁵ *El sistema de los objetos*, Siglo XXI, México, 1975, pág. 225.

Véase también: *Crítica de la economía política del signo*, J. Baudrillard, Siglo XXI, México, 1974. *Los objetos*, De A. Moles, P. Boudon, J. Baudrillard y otros. En *Tiempo Contemporáneo*, Buenos Aires, 1973.

rítmo más rápido. En las relaciones económicas los bienes y los servicios no son personas, ni son solamente signos, pero sí son valores y además de su función de significar son algo más. Así, podemos hablar de este conjunto de elementos como de un proceso estructurado de comunicación social, donde las tres estructuras mencionadas se unifican en una estructura mayor, que forma un sistema de comunicación y en una estructura mayor que forma un sistema social.

Dentro de este proceso, el estructuralismo se ha preocupado de las estructuras significantes (llamados también "modelos mecánicos") y muy poco de las probabilidades estadísticas, con lo cual se vuelve a oponer al análisis funcionalista de la comunicación, que construye sus análisis mediante el método probabilístico. Sin embargo, algunos autores prefieren hacer combinaciones entre los dos métodos. Elicéu Veron considera que el comportamiento lingüístico verbal encierra varios niveles de determinación señalables por los modelos. A nivel fonológico, la determinación es muy grande y decrece al nivel de las estructuras sintácticas, en las cuales el sujeto puede darse mayores libertades. Ante esto, Veron considera esencial observar que el "coeficiente de indeterminación" de la conducta comunicacional enunciada por los modelos es un valor relativo y no absoluto.

"El fundamento de este coeficiente relativo de indeterminación de la conducta, con respecto a un cierto modelo del sistema de comunicación, es el hecho de que cualquier comportamiento comunicacional en una situación social concreta integra una multitud de sistemas semiológicos que operan simultáneamente. Toda conducta social resulta de la convergencia de una multitud de campos semánticos. De esto resulta que, para cualquier nivel de análisis en el que nos coloquemos, se tratará siempre de combinar modelos mecánicos y estadísticos".⁶⁶

⁶⁶ Veron. *Op. cit.*, pág. 61.

4

HACIA UNA DEFINICIÓN DEL MARXISMO EN COMUNICACIÓN

TEORÍA Y PRÁCTICA.

El marxismo no puede entenderse como teoría pura, supone una praxis, ligada a una teoría construida con un método rigurosamente científico que se opone al estructural funcionalismo y al estructuralismo. La teoría y la praxis se implican mutuamente, como partes de un solo movimiento, y una no puede comprenderse sin la otra. La teoría se entiende como praxis, y la praxis como el modo de confrontar la teoría con la realidad, a fin de transformarla. Por eso resulta inútil hablar de la teoría sin hablar, aunque sea a grandes rasgos, de las líneas generales de la praxis y sus objetivos.

El marxismo se entiende como teoría de una clase social: la clase proletaria, en busca de la transformación de la realidad social, para suprimir la alienación y convertir las relaciones sociales en relaciones de comunidad y no de explotación. Se entiende alienación como la incapacidad del sujeto para reconocer sus aportes a una realidad que se le impone. Pongamos un ejemplo: los obreros que trabajan, producen al entrar en relación con medios de producción (maquinaria, materias primas, capital en general). Su trabajo lo capitalizan otros grupos de la sociedad y le devuelven en pago un salario que no equivale a todo lo producido. La capitalización de su trabajo se utiliza para imponerle un orden social que reproduzca y amplíe esas condiciones. Los medios de comunicación, la escuela, el ejército, son elementos que se orientan a reproducir ese estado de cosas. El obrero se siente ajeno a ese proceso aunque participa en él. En ese sentido está alienado, ajeno a la realidad. Las riquezas que él produce se convierten en fuerza social que le impone una posición de desventaja con respecto a otros grupos sociales. Pero no se le explica de ese modo, él mismo no lo ve así. La realidad se interpreta de otras maneras, los

ficado: "La música es una forma de significación... que, gracias a su estructura dramática, puede expresar formas de la experiencia vital para las cuales la lengua es particularmente inapropiada. Su índole (*import*) está constituida por los sentimientos, la vida, el movimiento y la emoción..."

Después de la Segunda Guerra Mundial se hicieron esfuerzos para reunir y coordinar esas tradiciones diferentes, sobre todo en los Estados Unidos, la Unión Soviética y Francia. En Norteamérica, la descripción de los sistemas simbólicos no lingüísticos (los gestos, la "zoosemiótica") sigue habitualmente los procedimientos de la lingüística descriptiva.⁵ En la URSS, a partir de la década del sesenta, se desarrolla una intensa actividad semiótica bajo el influjo de la cibernética y de la teoría de la información; los trabajos sobre los "sistemas secundarios" (basados en el lenguaje pero no idénticos a él) son especialmente originales.

En Francia, por impulso de Claude Lévi-Strauss, R. Barthes y A. J. Greimas, la semiología se orientó sobre todo hacia el desarrollo de las formas sociales que funcionan "a la manera de un lenguaje" (sistema de parentesco, mitos, moda, etc.) y hacia el estudio del lenguaje literario. Por otra parte se desarrolló cierta crítica de las nociones más fundamentales de la semiótica, crítica del signo y de los presupuestos implicados por esta noción, como ha de verse más adelante.

A partir de 1969 se publica la revista *Semiótica*, órgano de la Asociación Internacional de Semiótica.

BIBLIOGRAFÍA CITADA EN ESTE ARTÍCULO

Orígenes de la semiótica moderna: Peirce, Ch. S. *Collected Papers*, Cambridge, 1932 y ss.; *idem*, "Deux lettres a Lady Welby sur la phanéroscopie et la semiologie", *Revue de métaphysique et de morale*, 1961, 4 págs. 398-423; Weiss, P., Burks, A. "Peirce's Sixty-Six Signs", *The Journal of Philosophy*, 1945, págs. 383-388; Burks, A. W. "Icon, Index, Symbol", *Philosophy and Phenomenological Research*, 1949, págs. 673-689; Dewey, J. "Peirce's Theory of Linguistic Signs: Thought and Meaning", *The Journal of Philosophy*, 1946, 4, págs. 85-95; de Saussure, F. *Cours de linguistique générale*, Buenos Aires, Losada, 1945; Godel, R. *Les Sources manuscrites du Cours de linguistique générale*, Ginebra, 1957; Cassirer, E., *La filosofía de las formas simbólicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971; *idem*, *An Essay on Man*, New Haven, 1944; *idem*, "Le langage et la construction de Mondé des

⁵ La lingüística descriptiva, tiene su punto de partida en el behaviorismo o conductismo, el cual acepta, al igual que la lingüística descriptiva que los fenómenos deben estudiarse según aparecen, en vez de estudiarlos por las estructuras conceptuales. Para el descriptivista, lo importante es la frecuencia de los usos lingüísticos. Esta escuela la inició Bloomfield. En México, una de las instituciones más importantes que sigue sus métodos, es el Instituto Lingüístico de Verano. (N. del A.)

objets", en *Essais sur le langage*, París, 1969; Ogden, Ch. y Richards, J. A. *El significado del significado*, Buenos Aires, Paidós, 1964; Carnap, R. *The Logical Syntax of Language*, London New York, 1937; Morris, Ch. W. *Foundations of the Theory of Signs*, Chicago, 1939; *idem*, *Signos, lenguaje y conducta*, Buenos Aires, Losada, 1963; Buyssens, E. *Les Langages et les discours*, Bruselas, 1943.

Semiótica y arte: Mukarovsky, J. "Sémiologie et littérature", *Poétique*, 1970, 3; Morris, Ch. W. "Esthetics and Theory of Signs", *The Journal of Unified Science*, 1939, 1-3; Langer S. *Feeling and Form*, London, 1953.

La semiótica en la URSS: *Symposium po strukturnomu izuchenju znakovykh sistem*, Moscú, 1962; *Trydy po znakovym sistemam (Semiotike)*, Tartu: 2 (1965), 3 (1967), 4 (1969).

La semiótica en los Estados Unidos: Sebeok T. A. y otros (ed.) *Approaches to semiotics*, La Haya, 1964; Sebeok, T. A. "Animal Communication", *Science*, 147, 1965, 1006-1014; Birdwhistle, R. L. *Introducción to Kinesics*, Washington, 1962.

La semiótica en Francia: Barthes, R. *Mythologies*, París, 1957; *idem*, *El grado cero de la escritura/nuevos ensayos críticos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973; *idem*, *Système de la mode*, París, 1967; Greimas, A. J. (ed.), *Pratiques et langages gestuels (Langages, 10)*, París, 1968; Greimas, A. J. *Du Sens*, París, 1970; Prieto L. *Mensajes y Señales*, Barcelona, Seix Barral, 1967; Kristeva J. *Semiotiké*, París, 1969; una crítica filosófica de este trabajo lo encontramos en Wahl, F. "La filosofía antes y después del estructuralismo", en Ducrot O. y otros, *¿Qué es el estructuralismo?*, Buenos Aires, Losada, 1971.

LA ACTIVIDAD ESTRUCTURALISTA *

Roland Barthes

¿Qué es el estructuralismo? No es una escuela ni siquiera un movimiento (al menos todavía no), pues la mayoría de los autores que suelen asociarse a ese término distan mucho de sentirse ligados entre sí por una solidaridad de doctrina o de combate. Apenas es un léxico: *estructura* es un término ya antiguo (de origen anatómico o gramático),¹ hoy muy usado: todas las ciencias sociales recurren abundantemente a él, y el uso de la palabra no puede distinguir a nadie, a no ser que se polemice sobre el contenido que se le da; *funciones*, *formas*, *signos* y *significaciones* no son mucho más pertinentes; hoy en día son palabras de uso común a las que se solicita y de las que se obtiene todo lo que se quiere, en especial camuflar el viejo esquema determinista de la causa y del producto. Sin duda, hay que remontarse a emparejamientos como los de *significante-significado* y *sincronía-diacronía* para aproximarse a lo que distingue al estructuralismo de otros mo-

* Tomado del libro de R. Barthes: *Ensayos críticos*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1971.

¹ *Sens et usages du terme structure*, Mouton & Co., La Haya, 1962.

dos de pensamiento; el primero porque remite al modelo lingüístico, de origen saussuriano, y que al lado de la economía, la lingüística es, en el estado actual de las cosas, la ciencia misma de la estructura; el segundo, de un modo más decisivo, porque parece implicar una cierta revisión de la noción de historia, en la medida en que la idea de sincronía (a pesar de que en Saussure éste sea un concepto sobre todo operatorio) acredita una cierta inmovilización del tiempo, y en que la de diacronía tiende a representar el proceso histórico como una pura sucesión de formas. Este último emparejamiento es tanto más distintivo cuanto parece que la principal resistencia al estructuralismo sea hoy de origen marxista y que se centre en torno a la noción de historia (y no de estructura); de todos modos es probablemente el recurso serio del léxico de la significación (y no a la palabra misma, que, paradójicamente, no es nada distintiva), en el que hay que ver en definitiva el signo hablado del estructuralismo: si vigilamos a quien emplee *significante y significado, sincronía y diacronía*, sabremos si la visión estructuralista está constituida.

Ello es válido para el metalenguaje intelectual, que usa explícitamente conceptos metodológicos. Pero como el estructuralismo no es ni una escuela ni un movimiento, no hay motivos para reducirlo *a priori*, ni siquiera de un modo problemático, el pensamiento científico, y es preferible tratar de buscar su descripción más amplia (si no la definición) en un nivel distinto al del lenguaje reflexivo. En efecto, puede presumirse que existen escritores, pintores, músicos, para quienes un determinado *ejercicio* de la estructura (y ya no solamente su pensamiento) representa una experiencia distintiva, y que hay que situar a analistas y creadores bajo el signo común de lo que podría llamarse *el hombre estructural*, definido, no por sus ideas o sus lenguajes, sino por su imaginación, o mejor aún, su *imaginario*, es decir, el modo con que vive mentalmente la estructura.

Puede decirse pues que, en relación con *todos* sus usuarios, el estructuralismo es esencialmente una *actividad*, es decir la sucesión regulada de un cierto número de operaciones mentales: podría hablarse de actividad estructuralista como se ha hablado de actividad surrealista (por otra parte quizás el surrealismo haya producido la primera experiencia de la literatura estructural, algún día habrá que volver a tratar este punto). Pero antes de ver cuáles son estas operaciones, hay que decir algo acerca de su fin.

El objetivo de toda actividad estructuralista, tanto si es reflexiva como poética, es reconstruir un "objeto", de modo que en esta reconstrucción se manifiesten las reglas de funcionamiento (las "funciones") de este objeto. La estructura es pues en el fondo un *simulacro* del objeto, pero un simulacro dirigido, interesado, puesto que el objeto imitado hace aparecer algo que permanecía invisible, o, si se prefiere

así, inteligible en el objeto natural. El hombre estructural toma lo real, lo descompone y luego vuelve a recomponerlo; en apariencia es muy poca cosa (lo que mueve a decir a algunos que el trabajo estructuralista es "insignificante, carente de interés, inútil, etc."). Sin embargo, desde otro punto de vista, esta poca cosa es decisiva; pues entre los dos objetos o los dos tiempos de la actividad estructuralista, se produce algo *nuevo*, y esto nuevo es nada menos que lo inteligible general: el simulacro es el intelecto añadido al objeto, y esta adición tiene un valor antropológico, porque es el hombre mismo, su historia, su situación, su libertad y la resistencia misma que la naturaleza opone a su espíritu.

Vemos pues por qué hay que hablar de actividad estructuralista: la creación o la reflexión no son aquí "impresión" original del mundo, sino fabricación verdadera de un mundo que se asemeja al primero, no para copiarlo, sino para hacerlo inteligible. Este es el motivo de que pueda decirse que el estructuralismo es esencialmente una actividad de imitación, y en este aspecto, propiamente hablando, no hay ninguna diferencia *técnica* entre el estructuralismo científico de una parte, y la literatura en concreto, el arte en general, de otra: ambos proceden de una *mimesis* fundada no en la analogía de las sustancias (como en el arte llamado realista) sino en la de las funciones (que Lévi-Strauss llama *homología*). Cuando Trubetzkoy reconstruye el objeto fonético bajo la forma de un sistema de variaciones, cuando Georges Dumézil elabora una mitología funcional, cuando Propp construye un cuento popular creado por estructuración de todos los cuentos eslavos que previamente ha descompuesto, cuando Claude Lévi-Strauss reencuentra el funcionamiento homológico de lo imaginario totémico, G. G. Granger las reglas formales del pensamiento económico o J. C. Gardin los rasgos pertinentes de los bronceos prehistóricos, cuando J. P. Richard descompone el poema mallarmeano en sus vibraciones distintivas, no hacen nada distinto de lo que hacen Mondrian, Boulez o Butor cuando ensamblan un determinado objeto, que se llamará precisamente *composición*, a través de la manifestación regulada de determinadas unidades y de determinadas asociaciones de estas unidades. Poco importa que el primer objeto sometido a la actividad de simulacro venga dado por el mundo de un modo ya reunido en el caso del análisis estructural que se ejerce sobre una lengua, una sociedad o una obra constituidas) o aún disperso (en el caso de la "composición" estructural), que este objeto primero proceda de la realidad social o de la realidad imaginaria: la naturaleza del objeto copiado no es lo que define un arte (prejuicio sin embargo tenaz de todos los realistas), sino lo que el hombre le añade al reconstruirlo: la técnica es el ser mismo de toda creación. O sea, que el estructuralismo existe de un modo distintivo, en relación a otros

modos de análisis o de creación, en la medida en que los fines de la actividad estructuralista se encuentran indisolublemente ligados a una técnica determinada: se recompone un objeto *para* hacer aparecer funciones, y, por decirlo así, es el camino el que hace la obra; éste es el motivo de que haya de hablar de actividad, más que de obra estructuralista.

La actividad estructuralista comporta dos operaciones típicas: recorte y ensamblaje. Recortar el primer objeto, el que se da a la actividad de simulacro equivalente a encontrar en el fragmentos móviles cuya situación diferencial engendra un determinado sentido; el fragmento en sí carece de sentido, pero es tal que la menor variación aportada a su configuración produce un cambio del conjunto; un *cuadrado* de Mondrian, una *serie* de Pousseur, un *versículo* del *Mobile* de Butor, el "mitema" en Lévi-Trauss, el fonema en los fonólogos, el "tema" en determinado crítico literario, todas estas unidades (sea cual sea su estructura íntima y su extensión, muy diferentes según los casos) sólo tienen existencia significativa por sus fronteras: las que les separan de las otras unidades actuales del discurso (pero ése es un problema de ensamblaje), y también las que les distinguen de otras unidades virtuales, con las que forman una determinada clase que los lingüistas llaman *paradigma*. Esta noción de paradigma parece ser esencial para comprender lo que es la visión estructuralista: el paradigma es una reserva, tan limitada como sea posible, de objetos (de unidades), fuera de la cual se llama, por un acto de cita, al objeto o unidad que se quiere dotar de un sentido actual. Lo que caracteriza al objeto paradigmático es que, respecto a los demás objetos de su clase, está en una cierta relación de afinidad y de semejanza: dos unidades del mismo paradigma deben parecerse un poco *para* que la diferencia que las separa tenga la evidencia de un resplandor: es preciso que *s* y *z* tengan a un tiempo un rasgo común (la dentalidad) y un rasgo distintivo (la presencia o la ausencia de sonoridad) para que en francés no atribuyamos el mismo sentido a *poisson* (pescado) y a *poison* (veneno); es preciso que los cuadrados de Mondrian sean a un tiempo afines por su forma de cuadrados y semejantes por la proporción y el color; es preciso que los automóviles norteamericanos (en *Mobile* de Butor) sean incesantemente inspeccionados del mismo modo, pero también que difieran cada vez por la marca y el color; es preciso que los episodios del mito de Edipo (en el análisis de Lévi-Strauss) sean a un tiempo idénticos y variados, para que todos estos discursos y estas obras sean inteligibles. La operación del recorte produce así un primer estado disperso del simulacro, pero las unidades de la estructura en modo alguno son anárquicas: antes de ser distribuidas y encerradas en la continuidad de la composición, cada una forma con su propia reser-

va virtual un organismo inteligente, sometido a un principio motor soberano: el de la menor diferencia.

Una vez propuestas las unidades, el hombre estructural debe descubrirles o fijarles reglas de asociación: ésta es la actividad del ensamblaje, que sucede a la actividad de llamada. Como es sabido, la sintaxis de las artes y de los discursos es extremadamente variada; pero lo que encontramos en toda obra de proyecto estructural es la sumisión a obligaciones regulares, cuyo formalismo, impropriamente incriminado, importa mucho menos que la estabilidad; pues lo que se produce en este estadio segundo de la actividad de simulacro es una especie de combate contra el azar; ésta es la causa de que las obligaciones de recurrencia de las unidades tengan un valor casi demiúrgico: por el retorno regular de las unidades y de las asociaciones de unidades, la obra parece construida, es decir, dotada de sentido. Los lingüistas llaman a estas reglas de combinación *formas* y sería muy interesante mantener este empleo riguroso de una palabra demasiado empleada: la forma, se ha dicho, es lo que permite a la contigüidad de las unidades no aparecer como un puro efecto del azar: la obra de arte es lo que el hombre arranca al azar. Ello quizá permita comprender, de una parte, por qué las obras llamadas no figurativas son, a pesar de todo, obras en el mayor grado, ya que el pensamiento humano no se inscribe en la analogía de las copias y de los modelos, sino en la regularidad de los conjuntos, y, de otra parte, por qué estas mismas obras se muestran precisamente como fortuitas y por ello mismo *inútiles* a los que no advierten en ellas ninguna *forma*: ante un cuadro abstracto, Kruschef indiscutiblemente se equivoca al no ver más que el rastro de una cola de asno paseada por la tela; al menos sabe a su manera que el arte es una cierta conquista al azar (olvida que toda regla se aprende, tanto si se quiere aplicarla como descifrarla).

El simulacro así edificado no devuelve el mundo tal como lo ha tomado, y la importancia del estructuralismo reside ahí. En primer lugar, manifiesta una categoría nueva del objeto, que no es ni lo real ni lo racional, sino lo *funcional*, vinculándose así a todo un complejo científico que se está desarrollando en torno a investigaciones sobre la información. En segundo lugar y sobre todo, saca a plena luz el proceso propiamente humano por el cual los hombres dan sentido a las cosas. ¿Es esto algo nuevo? En cierta medida, sí; evidentemente en ninguna época el mundo ha cesado de buscar el sentido de lo que se le da y de lo que produce; lo que es nuevo es un pensamiento (o una "poética") que busca, más que asignar sentidos plenos a los objetos que descubre, saber cómo el sentido es posible, a qué precio y según qué vías. Incluso podría decirse que el objeto del estructuralismo no es el hombre rico de ciertos sentidos, sino el hombre fabricante de sentidos, como si en modo alguno fuese el contenido de los

sentidos lo que agotase los fines semánticos de la humanidad, sino únicamente el acto por el que se producen estos sentidos, variantes históricas, contingentes. *Homo significans*; éste sería el nuevo hombre de la investigación estructural.

Según decía Hegel,² el antiguo griego se asombraba de lo natural de la naturaleza; le prestaba incesantemente oído, interrogaba el sentido de las fuentes, de las montañas, de los bosques, de las tempestades; sin saber lo que todos estos objetos le decían de un modo concreto, advertía en el orden vegetal o cósmico un inmenso *temblor* del sentido, al que dio el nombre de un dios: Pan. Desde entonces a hoy, la naturaleza ha cambiado, se ha convertido en social: todo lo que se ha dado al hombre es ya humano, hasta el bosque y el río que cruzamos cuando viajamos. Pero ante esta naturaleza social que es sencillamente la cultura, el hombre estructural no es distinto del antiguo griego: también él presta oído a lo natural de la cultura, y percibe sin cesar en ella, más que sentidos estables, terminados, "verdaderos", el temblor de una máquina inmensa que es la humanidad procediendo incansablemente a una creación del sentido, sin la cual ya no sería humana. Y es debido a que esta fabricación del sentido es a sus ojos más esencial que los sentidos mismos, debido a que la función es extensiva a las obras, que el estructuralismo se hace a sí mismo actividad y remite a una misma identidad el ejercicio de la obra y la obra misma: una composición serial o un análisis de Lévi-Strauss sólo con objetos en tanto que han sido hechos: su estado presente es su acto pasado: son *habiendo sido hechos*; el artista, el analista, rehace el camino del sentido, no tiene que designarlo: su función, para volver al ejemplo de Hegel, es una *mantela*; como el divino antiguo, *dice* el lugar del sentido, pero no lo nombra. Y debido a que la literatura, en concreto, es un arte de la adivinación, es a la vez inteligible e interrogante, hablante y silenciosa, comprometida en el mundo por el camino del sentido que rehace con él, pero liberada de los sentidos contingentes que el mundo elabora: respuesta a quien la consume, y sin embargo siempre pregunta a la naturaleza, respuesta que interroga y pregunta que responde.

¿Cómo, pues, el hombre estructural puede aceptar la acusación de irrealismo que a veces se le dirige? ¿Acaso las formas no están en el mundo, no son responsables? Lo que ha habido de revolucionario en Brecht, ¿es verdaderamente el marxismo? ¿No ha sido más bien la decisión de vincular al marxismo, en el teatro, el lugar de un reflector o el desgaste de una prenda de ropa? El estructuralismo no retira la historia del mundo: trata de ligar a la historia, no sólo contenidos (lo cual se ha hecho mil veces), sino también formas, no sólo lo

² *Leçons sur la philosophie de l'histoire*, Vrin, 1946, pág. 212.

material, sino también lo inteligible, no sólo lo ideológico, sino también lo estético. Y precisamente porque todo pensamiento sobre lo inteligible histórico es también participación en este inteligible, sin duda al hombre estructural le importa poco el durar: sabe que el estructuralismo es también una determinada *forma* del mundo, que cambiará con el mundo; y del mismo modo que prueba su validez (pero no su verdad) en su capacidad para hablar los antiguos lenguajes del mundo de una manera nueva, sabe que bastará que surja de la historia un nuevo lenguaje que le hable a su vez, para que su tarea haya terminado.

Lettres Nouvelles, 1963.

LA IMAGINACIÓN DEL SIGNO *

Roland Barthes

Todo signo incluye o implica tres relaciones. En primer lugar, una relación interior, la que une su significante a su significado; luego, dos relaciones exteriores: la primera es virtual, une el signo a una reserva específica de otros signos, de la que se le separa para insertarlo en el discurso; la segunda es actual, une el signo a los otros signos del enunciado que le preceden o le suceden. El primer tipo de relación aparece claramente en lo que suele llamarse un *símbolo*; por ejemplo, la cruz "simboliza" el cristianismo, el muro de los Federados "simboliza" la Commune, el rojo "simboliza" la prohibición de pasar; llamaremos pues a esta primera relación, relación *simbólica*, aunque no sólo aparezca en los símbolos sino también en los signos (que son, hablando aproximadamente, símbolos puramente convencionales). El segundo plano de relación implica la existencia, para cada signo, de una reserva o "memoria" organizada de formas de la que se distingue gracias a la menor diferencia necesaria y suficiente para operar un cambio de sentido; en "lupum", el elemento *-um* (que es un signo, y más concretamente un morfema) sólo manifiesta su sentido de acusativo, en tanto que se opone al resto (virtual) de la declinación (*-us*, *-i*, *-o*; etc.); el rojo sólo significa la prohibición en cuanto se opone *sistemáticamente* al verde y al ámbar (es obvio que si no hubiera más color que el rojo, el rojo se opondría, a pesar de todo, a la ausencia de color); este plano de relación es pues el del sistema, llamado a veces paradigma; llamaremos pues este segundo tipo

* Tomado del libro de R. Barthes: *Ensayos críticos*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1973.

de relación, relación *paradigmática*. Según el tercer plano de relación, el signo ya no se sitúa en relación a sus "hermanos" (virtuales), sino en relación a sus "vecinos" (actuales); en *homo homini lupus*, *lupus* mantiene ciertas relaciones con *homo* y *homini*; en la indumentaria, los elementos de un atuendo se asocian según determinadas reglas: ponerse un jersey, una chaqueta de cuero es crear entre estas dos piezas una asociación pasajera pero significativa, análoga a la que une las palabras de una frase; este plano de asociación es el plano del sintagma, y llamaremos a la tercera relación *relación sintagmática*.

Ahora bien, parece que cuando nos interesamos por el fenómeno significativo (y este interés puede proceder de horizontes muy diferentes) nos vemos irresistiblemente impulsados a centrar este interés en una de estas tres relaciones, más que en las otras dos. Tan pronto "vemos" el signo bajo su aspecto simbólico, como bajo su aspecto paradigmático, como bajo su aspecto sintagmático; a veces es por ignorancia pura y simple de las relaciones vecinas: el simbolismo durante mucho tiempo ha sido ciego a las relaciones formales del signo; incluso cuando las tres relaciones han sido advertidas (en lingüística, por ejemplo), cada cual (o cada escuela) tiende a fundar su análisis en una sola de las dimensiones del signo: hay desbordamiento de una visión sobre el conjunto del fenómeno significativo, de modo que parece ser que puede hablarse de *conciencias* semiológicas diferentes (se trata, desde luego, de la conciencia del analista, no de la del usuario del signo). Ahora bien, de una parte, la elección de una relación dominante implica en cada ocasión una determinada ideología; y por otra parte diríase, que a cada conciencia del signo (simbólica, paradigmática o sintagmática), o, al menos por la primera de un lado, y las otras dos del otro, corresponde un determinado momento de la reflexión, ya sea individual, ya colectiva. El estructuralismo, en concreto, puede definirse históricamente como el paso de la conciencia simbólica a la conciencia paradigmática: hay una historia del signo, que es la historia de sus "conciencias".

La conciencia simbólica ve el signo en su dimensión profunda, podríamos casi decir: geológica, puesto que para ella, el escalonamiento del significado y del significante es lo que constituye el símbolo; tiene conciencia de una especie de relación vertical entre la cruz y el cristianismo: el cristianismo está *bajo* la cruz, como una masa profunda de creencias, de valores y de prácticas, más o menos disciplinada al nivel de su forma. La verticalidad de la relación comporta dos consecuencias: de una parte, la relación vertical tiende a parecer solitaria: el símbolo parece mantenerse *erguido* en el mundo, e incluso cuando se afirma su multiplicidad es bajo la forma de un "bosque", es decir, de una yuxtaposición anárquica de relaciones profundas, que sólo se comunican, por así decirlo, por sus raíces (los significados); y

de otra parte, esta relación vertical aparece forzosamente como una relación analógica: la forma se *parece* (más o menos, pero siempre un poco) al contenido, como si a fin de cuentas estuviera producida por él, de modo que la conciencia simbólica quizás a veces encubre un determinismo mal liquidado: hay pues privilegio masivo de la semejanza (incluso cuando se insiste en el carácter inadecuado del signo). La conciencia simbólica ha dominado la sociología de los símbolos, y, desde luego, una parte del psicoanálisis naciente, a pesar de que el propio Freud haya reconocido el carácter inexplicable (no analógico) de determinados símbolos; por otra parte ésa es la época en la que reina la palabra misma de *símbolo*; durante todo ese tiempo, el símbolo dispone de un prestigio mítico, el de la "riqueza": el símbolo es rico, y éste es el motivo, se dice, de que no puede reducirse a un "simple signo" (hoy podemos dudar de la "simplicidad" del signo): en él la forma está incesantemente desbordada por la fuerza y el movimiento del contenido: lo que ocurre es que, de hecho, para la conciencia simbólica, el símbolo es, más que una forma (codificada) de comunicación, sobre todo un instrumento (afectivo) de participación. La palabra *símbolo* hoy ha envejecido un poco; suele reemplazársela por *signo* o significación. Este deslizamiento terminológico traduce un cierto agotamiento de la conciencia simbólica, sobre todo en lo concerniente al carácter analógico del significante y del significado; a pesar de todo esta conciencia sigue siendo típica, mientras la mirada analítica no se interesa (sea por ignorarlas o por oponerse a ellas) por las relaciones formales de los signos entre sí, pues la conciencia simbólica es esencialmente negación de la forma; en el signo, lo que le interesa es el significado: para ella, el significante nunca es más que un determinado.

Desde el momento en que las formas de dos signos se comparan, o al menos se ven de un modo algo comparativo, se da la aparición de una cierta conciencia paradigmática. Incluso al nivel del símbolo clásico, que es el menos desligado de los signos, si se presenta la ocasión de advertir la variación de dos formas simbólicas, las otras dimensiones del signo se descubren repentinamente; éste es por ejemplo el caso de la oposición entre *Cruz Roja* y *Media Luna Roja*: de una parte, *Cruz* y *Media Luna* dejan de mantener una relación solitaria con su significado respectivo (cristianismo e islamismo), todo se incluye en un sintagma estereotipado; y de otra parte forman entre sí un juego de términos distintivos; cada uno de los cuales corresponde a un significado diferente; ha nacido el paradigma. La conciencia paradigmática define pues el sentido, no como el simple encuentro de un significante y de un significado, sino, según la bella expresión de Merleau-Ponty, como una verdadera "modulación de coexistencia"; sustituye a la relación bilateral de la conciencia simbólica (incluso cuando

esta relación está multiplicada), una relación (al menos) cuadrilateral, o más exactamente homonológica. La conciencia paradigmática es lo que ha permitido a Lévi-Strauss (entre otros resultados) renovar el problema totémico: mientras la conciencia simbólica busca en vano los caracteres "plenos", más o menos analógicos, que unen un significante (el totem) a un significado (el clan), la conciencia paradigmática establece una homología (la expresión es de Lévi-Strauss) entre la relación de dos totems y la de dos clanes (aquí no se discute la cuestión de saber si el paradigma es forzosamente binario). Naturalmente, al retener del significado sólo su papel demostrativo (designa el significante y permite descubrir los términos de la oposición), la conciencia paradigmática tiende a vaciarlo: pero no por ello vacía la significación. Evidentemente es la conciencia paradigmática la que ha permitido (o expresado) el desarrollo extraordinario de la fonología, ciencia de los paradigmas ejemplares (señalado/no señalado): ella es la que, a través de la obra de Lévi-Strauss, define el umbral estructuralista.

La conciencia sintagmática es conciencia de las relaciones que unen los signos entre sí al nivel del discurso mismo, es decir, esencialmente obligaciones, tolerancias y libertades de asociación del signo. Esta conciencia ha marcado dos trabajos lingüísticos de la escuela de Yale, y, fuera de la lingüística, las investigaciones de la escuela formalista rusa, especialmente las de Propp en el dominio de cuento popular eslavo (debido a lo cual puede esperarse que ilumine un día el análisis de los grandes "relatos" contemporáneos, desde el "suceso" a la novela popular). Pero sin duda ésta no es la única orientación de la conciencia sintagmática; de las tres conciencias, sin duda es ésta la que puede mejor prescindir del significado: más que una conciencia semántica es una conciencia estructural; sin duda éste es el motivo de que sea la que más se acerca a la práctica: ella es la que permite mejor imaginar conjuntos operacionales, *dispatchings*, clasificaciones complejas: la conciencia paradigmática ha permitido el fecundo retorno del decimalismo al binarismo, pero es la conciencia sintagmática la que permite verdaderamente concebir los "programas" cibernéticos, del mismo modo que permitió a Propp y a Lévi-Strauss reconstruir las "series" míticas.

Quizás un día sea posible reemprender la descripción de estas conciencias semánticas, tratar de vincularlas a una historia; quizás un día pueda hacerse la semiología de los semiólogos, el análisis estructural de los estructuralistas. Lo que aquí queríamos simplemente decir es que hay probablemente una verdadera imaginación del signo; el signo no es tan sólo el objeto de un conocimiento particular, sino también el objeto de una *visión*, análoga a la de las esferas celestes en el Sueño de Escipión, o próxima a las representaciones moleculares de que se

serven los químicos; el semiólogo ve al signo moverse en el campo de la significación, enumera sus valencias, traza su configuración: para él el signo es una idea sensible. En las tres conciencias (aún pasablemente técnicas) que acabamos de tratar, hay pues que suponer un ensanchamiento hacia tipos de imaginación mucho más amplios, que podríamos encontrar movilizados en otros muchos objetos distintos del signo.

La conciencia simbólica implica una imaginación de la profundidad; vive el mundo como la relación de una forma superficial y de un *Abgrund* multiforme, masivo, poderoso, y la imagen se remata con una dinámica muy fuerte: la relación de la forma y del contenido está incesantemente impulsada por el tiempo (la historia), la superestructura desbordada por la infraestructura sin que nunca pueda llegar a captarse la estructura misma. La conciencia paradigmática, por el contrario, es una imaginación formal; ve el significado ligado, como de perfil, a algunos significantes virtuales, de los que es a un tiempo próximo y distinto; ya no ve (o ve menos) el signo en su profundidad, lo ve *en su perspectiva*; la dinámica vinculada a esta visión es la de una llamada: el signo es *citado* fuera de una reserva terminada, ordenada, y esta llamada es el acto soberano de la significación: imaginación de agrimensor, de geómetra, de propietario del mundo, en el que se encuentra a gusto, puesto que el hombre, para significar, sólo tiene que elegir entre lo que se le presenta ya preestructurado, ya sea por su cerebro (en la hipótesis binarista) ya sea por la finitud material de las formas. La imaginación sintagmática ya no ve (o ve menos) el signo en su perspectiva, sino que lo *prevé* en su extensión: sus vínculos antecedentes o consecuentes, los puentes que lanza hacia otros signos; se trata de una imaginación "estemática", la de la cadena o de la red. La dinámica de la imagen es también aquí la de un *ensamblamiento* de partes móviles, sustitutivas, cuya combinación produce sentido, o más generalmente un objeto nuevo; se trata pues de una imaginación propiamente fabricativa, o también funcional (el término es felizmente ambiguo, puesto que remite a la vez a la idea de una relación variable y a la de un uso).

Tales son (quizá) las tres imaginaciones del signo. Sin duda es posible vincular a cada una de ellas un determinado número de creaciones diferentes, en los órdenes más variados, pues nada de lo que se construye hoy en el mundo escapa al sentido. Para seguir en el orden de la creación intelectual (reciente), entre las obras de la imaginación profunda (simbólica), se podrá citar la crítica biográfica o histórica, la sociología de las "visiones", la novela realista o introspectiva, y de una manera general, las artes o los lenguajes "expresivos", postulando un significado soberano, extraído ya sea de una interioridad, ya de una historia. La imaginación formal (o paradigmática) implica

una atención aguda a la *variación* de una serie de elementos recurrentes; se vinculará pues a ese tipo de imaginación el sueño y los relatos oníricos, las obras fuertemente temáticas y aquellas cuya estética implica el juego de ciertas conmutaciones (las novelas de Robbe-Grillet, por ejemplo). La imaginación funcional (o sintagmática) alimenta finalmente todas las obras cuya fabricación, por ensamblaje de elementos discontinuos y móviles, constituye el espectáculo mismo: la poesía, el teatro épico, la música serial y las composiciones estructurales, de Mondrian a Butor.

Arguments, 1962.

EL CONCEPTO DE ESTRUCTURA SIGNIFICATIVA EN HISTORIA DE LA CULTURA *

Lucien Goldmann

En el estudio de los hechos humanos en general y más precisamente de las obras filosóficas, literarias o artísticas (en lo sucesivo las designaremos con el término global de "cultura") nos parece que la diferencia esencial respecto a las ciencias físicoquímicas y quizás a ciertos dominios parciales de las ciencias humanas (lingüística, etc.) reside en una finalidad interna de estos hechos, o si se les mira desde el ángulo de la investigación, en que se necesita, para estudiarlos, especificar el concepto general de "estructura" agregándole el calificativo de "significativa".

Las obras válidas en los dominios que acabamos de enumerar se caracterizan, en efecto, por la existencia de una *coherencia interna* de un conjunto de relaciones necesarias entre los diferentes elementos que las constituyen y, en las más importantes de entre ellas, entre el contenido y la forma de suerte que no sólo es imposible estudiar de manera válida ciertos elementos de la obra fuera del conjunto del que forman parte y que es lo único que determina su naturaleza y su significación objetivas, sino también que la posibilidad de dar cuenta de la *necesidad* de cada elemento respecto a la estructura significativa global constituye la más segura guía del investigador.

Hemos dicho además:

- a) que esta estructuración interna de las grandes obras filosóficas, literarias y artísticas viene del hecho de que expresan al nivel

* Tomado del libro de L. Goldmann: *Marxismo, estructuralismo y dialéctica*, Ediciones Calden, Buenos Aires, 1962.

de una coherencia muy avanzada actitudes globales del hombre ante los problemas fundamentales que plantean las relaciones interhumanas y las relaciones entre los hombres y la naturaleza, actitudes globales (las hemos llamado "visiones del mundo") que son de número limitado, aunque sea imposible hacer su inventario o su tipología antes de poseer un número suficiente de estudios monográficos;

- b) que la actualización de ésta o aquella visión del mundo en ciertas épocas precisas resulta de la situación concreta en la que se encuentran los diferentes grupos humanos en el curso de la historia, y por último;
- c) que la coherencia estructural no es una realidad estática sino una virtualidad dinámica en el interior de los grupos, una estructura significativa hacia la cual tienden el pensamiento, la afectividad y el comportamiento de los individuos, estructura que la mayoría de ellos no realiza sino excepcionalmente en ciertas situaciones privilegiadas, pero que puede ser alcanzada por individuos particulares en dominios limitados cuando coinciden con las tendencias del grupo y las llevan a su última coherencia. (Es el caso de ciertos jefes políticos o religiosos, de los grandes escritores, de los grandes artistas o de los grandes pensadores filosóficos.)

La interdependencia de los elementos constitutivos de una obra no hace sino expresar en su dominio propio la interdependencia, en el interior de una y la misma visión del mundo, de las respuestas a los diferentes problemas fundamentales planteados por las relaciones interhumanas y las relaciones entre los hombres y la naturaleza.

Dicho esto, quisiéramos en este estudio considerar uno de los principales problemas metodológicos que se plantea a una investigación inspirada en estas comprobaciones.

En la historia de la cultura el problema de la estructura se plantea, en efecto, en varios niveles de los cuales sólo consideraremos aquí los dos más importantes.

Es evidente que un estudio serio de las grandes obras debe ante todo sacar a la luz su coherencia interna, es decir, su estructura propia.

Además, no hay aquí nada nuevo pues implícita o explícitamente este principio ha servido de guía a gran número de historiadores. Ya Pascal en el siglo XVII sabía que:

No puede hacerse una buena fisonomía sino conciliando todas nuestras contradicciones y no basta seguir una sucesión de cualidades concordantes sin conciliar los contrarios. Para atender todos los trozos contrarios.

Así, para entender las Escrituras, hay que tener un sentido en el cual todos los trozos contrarios se concilian. No basta tener uno que convenga in-

LECTURA

UNIDAD DE COMPETENCIA III: ORÍGENES Y DESARROLLO DEL ESTRUCTURALISMO EN COMUNICACIÓN	
BIBLIOGRAFÍA	CAPÍTULO SELECCIONADO
9. PÁEZ DÍAZ DE LEÓN, Laura, editora (2002): <i>Vertientes contemporáneas del pensamiento francés</i> , México, UNAM – ENEP Acatlán.	LÉVI-STRAUSS, Jean Claude: “El análisis estructural en lingüística y antropología” pp. 209-227.

si los argumentos que propone no son los que adoptaríamos. No es menos cierto que, con Durkheim, el fin y los métodos de la investigación etnográfica sufren un vuelco radical. En adelante, aquella podrá escapar de la alternativa que la aprisionaba: ya sea que se restrinja a satisfacer una curiosidad de anticuario, y que su valor se mida en la extrañeza y extravagancia de sus hallazgos, ya sea que se le pida ilustrar *a posteriori*, por medio de ejemplos complacientemente escogidos, hipótesis especulativas acerca del origen y la evolución de la humanidad. El papel de la etnografía debe ser definido en otros términos: absoluta o relativamente, cada una de sus observaciones ofrece un valor de experiencia y permite deslindar verdades generales.

Nada más conmovedor ni más convincente que descifrar este mensaje a través de la obra de Radcliffe-Brown, a quien —al lado de Boas, Malinowski y Mauss— debe la etnología, hacia fines del primer cuarto de siglo, el haber conquistado su autonomía. Aunque inglés y heredero, por lo tanto, de una tradición intelectual con la que se confunde la historia misma de la etnología, es hacia Francia y hacia Durkheim hacia donde vuelve la mirada el joven Radcliffe-Brown cuando decide hacer de la etnología, hasta entonces ciencia histórica o filosófica, una ciencia experimental comparable a las demás ciencias naturales: semejante concepto, escribe en 1923, "no es nuevo en modo alguno. Durkheim y la gran escuela de la *Année Sociologique* lo vienen defendiendo desde 1895".⁶

Y si, en 1931, expresa pena porque los nuevos métodos de trabajo en el terreno no hayan visto la luz en Francia, es teniendo en cuenta el hecho de que "Francia abrió el camino al desenvolvimiento de los estudios teóricos en sociología comparada".⁷

La paradoja subrayada por Radcliffe-Brown es más aparente que real. La primera generación formada por Durkheim habría dado investigadores en el terreno si no hubiese sido diezmada por la guerra de 1914-1918. La generación que siguió se consagró en gran medida a la observación directa. Y con todo y que Durkheim no la practicará jamás, *Les formes élémentaires de la vie religieuse* aún no han acabado de proporcionar inspiración teórica a los indagadores australianos. Es que, por primera vez, observaciones etnográficas, metódicamente analizadas y clasificadas, dejaban de aparecer como un montón de curiosidades o de aberraciones, o como vestigios del pasado, y se procuraba situarlas en el seno de una tipología sistemática de las creencias y de las conductas. Desde las lindes lejanas donde estaba de guarnición, la etnografía era así traída al meollo de la ciudad científica. Todos los que, desde entonces, han contribuido a conservar este lugar, se han reconocido, sin ambages, durkheimianos.

⁶ Citado según A. R. Radcliffe-Brown, *Method in Social Anthropology* (compilación póstuma), Chicago, 1958, p. 16.

⁷ *Ibid.*, pp. 69-70.

Claude Lévi-Strauss

9. PÁEZ DÍAZ DE LEÓN, Laura, editora (2002): *Vertientes contemporáneas del pensamiento francés, México, UNAM - ENEP Acatlán.*

LÉVI-STRAUSS, Jean Claude: "El análisis estructural en lingüística y antropología" pp. 209-227.

En el conjunto de las ciencias sociales, del cual indiscutiblemente forma parte, la lingüística ocupa sin embargo un lugar excepcional: no es una ciencia social como las otras, sino la que, con mucho, ha realizado los mayores progresos; sin duda la única que puede reivindicar el nombre de ciencia y que, al mismo tiempo, ha logrado formular un método positivo y conocer la naturaleza de los hechos sometidos a su análisis. Esta situación privilegiada entraña algunas obligaciones: el lingüista verá que, a menudo, investigadores de disciplinas vecinas pero diferentes se inspiran en su ejemplo e intentan seguir su camino. "Nobleza obliga": una revista de lingüística como *Word* no puede limitarse a ilustrar tesis y puntos de vista estrictamente lingüísticos; se obliga también a recibir a psicólogos y etnógrafos ansiosos de aprender de la lingüística moderna la ruta que conduce al conocimiento positivo de los hechos sociales. Como ya hace veinte años escribía Marcel Mauss: "La sociología habría avanzado mucho más por cierto de haber precedido en todos los casos imitando a los lingüistas".¹ La estrecha analogía de método que existe entre ambas disciplinas les impone un particular deber de colaboración.

Después de Schrader² es inútil demostrar cuál es la asistencia que la lingüística puede aportar al sociólogo en el estudio de los problemas de parentesco. Son lingüistas y filólogos (Schrader, Rose)³ quienes han mostrado que la hipótesis de vestigios matrilineales en la familia antigua —hipótesis a la que se aferraban aún entonces tantos sociólogos— era improbable. El lingüista proporciona al sociólogo etimologías que permiten establecer, entre ciertos términos de parentesco

* Publicado con igual título en *Word, Journal of the Linguistic Circle of New York*, vol. 1, núm. 2, agosto de 1945, pp. 1-21.

¹ "Rapports réels et pratiques...", en *Sociologie et Anthropologie*, París, 1951.

² D. Schrader, *Prehistoric Antiquities of the Aryan Peoples*, trad. De F. B. Jevons, Londres, 1890, cap. XII, 4a. parte.

³ D. Schrader, *loc. cit.*; H. J. Rose, "On the Alleged Evidence for Mother-Right in Early Greece", *Folklore*, 22, 1911. Sobre este problema, véanse también las obras más recientes de G. Théron, partidario de la hipótesis de supervivencias matrilineales.

lazos no perceptibles de manera inmediata. El sociólogo, inversamente, puede hacer conocer al lingüista costumbres, reglas positivas y prohibiciones que permiten comprender la persistencia de ciertos rasgos del lenguaje o la inestabilidad de términos o de grupos de términos. En el transcurso de una reciente sesión del Círculo Lingüístico de Nueva York, Julien Bonfante ilustraba este punto de vista recordando la etimología del nombre del tío en ciertas lenguas romances: el griego *θετός* da en italiano, español y portugués, zio y tío; Bonfante añadía que en ciertas regiones de Italia, el tío se llama *barba*. La "barba", el "divino" tío, ¡cuántas sugerencias aportan estos términos al sociólogo! Vienen a la memoria de inmediato las investigaciones del deplorado Hocart sobre el carácter religioso de la relación avuncular y el robo del sacrificio por los parientes maternos.⁴ Sea cual fuere la interpretación que convenga dar a los hechos recogidos por Hocart (la suya no es, por cierto, enteramente satisfactoria), es indudable que el lingüista colabora en la solución del problema al revelar, en el vocabulario contemporáneo, la persistencia tenaz de relaciones desaparecidas. Al mismo tiempo, el sociólogo explica al lingüista las razones de su etimología y confirma su validez. Hace menos tiempo, encarando el problema como lingüista, Paul K. Benedict ha podido hacer una contribución importante a la sociología familiar de los sistemas de parentesco del Asia del Sur.⁵

Al proceder de esta manera, no obstante, lingüistas y sociólogos siguen adelante independientemente por sus respectivas vías. Sin duda hacen un alto de tanto en tanto con el fin de comunicarse ciertos resultados; pero éstos provienen de itinerarios diferentes, y no se hace ningún esfuerzo por conseguir que un grupo aproveche los progresos técnicos y metodológicos alcanzados por el otro. Esta actitud podía explicarse en una época en que la investigación lingüística se apoyaba sobre todo en el análisis histórico. Con respecto a la investigación etnológica tal como se practicaba durante ese mismo período, la diferencia no era de naturaleza sino más bien de grado. Los lingüistas tenían un método más riguroso; sus resultados estaban mejor establecidos; los sociólogos podían inspirarse en su ejemplo "renunciando a tomar como base de sus clasificaciones la consideración en el espacio de las especies actuales".⁶ Pero, después de todo, la antropología y la sociología sólo esperaban lecciones de la lingüística; nada permitía adivinar una revelación.⁷

⁴ A. M. Hocart, "Chieftainship and the Sister's Son in the Pacific", *Amer. Anthropol.*, n.s., vol. 17, 1915; "The Uteine Nephew", *Mon.*, 23, 1923, núm. 4; "The Cousin in Vedic Ritual", *Indian Antiquary*, vol. 54, 1925, etcétera.

⁵ P. K. Benedict, "Tibetan and Chinese Kinship Terms", *Harvard Jnl. of Asiatic Studies*, 6, 1942; "Studies in Thai Kinship Terminology", *Jnl. of the Amer. Oriental Society*, 63, 1943.

⁶ L. Brunschvicg, *Le progrès de la conscience dans la philosophie occidentale*, II, París, 1927, p. 562.

⁷ Entre 1900 y 1920, los fundadores de la lingüística moderna, Ferdinand de Saussure y Antoine Meillet, se colocan decididamente bajo el patrocinio de los sociólogos. Solo después de 1920, Marcel Mauss comienza, como dicen los ecuatoristas a invertir la tendencia.

El nacimiento de la fonología ha trastornado violentamente esta situación. Ella no solamente ha renovado las perspectivas lingüísticas: una transformación de esta magnitud no se limita a una disciplina particular. La fonología no puede dejar de cumplir, respecto de las ciencias sociales, el mismo papel que la física nuclear, por ejemplo, ha desempeñado para el conjunto de las ciencias exactas. ¿En qué consiste esta revolución, cuando tratamos de analizarla en sus consecuencias más generales? N. Trubetzkoy, el ilustre maestro de la fonología, nos proporcionará la respuesta a esta pregunta. En un artículo-programa,⁸ Trubetzkoy reduce en suma el método fonológico a cuatro pasos fundamentales: en primer lugar, la fonología pasa del estudio de los fenómenos lingüísticos "conscientes" al de su estructura "inconsciente"; rehúsa tratar los "términos" como entidades independientes, y toma como base de su análisis por el contrario, las "relaciones" entre los términos; introduce la noción de "sistema": "la fonología actual no se limita a declarar que los fonemas son siempre miembros de un sistema; ella 'muestra' sistemas fonológicos concretos y pone en evidencia su estructura";⁹ en fin, busca descubrir "leyes generales" ya sea que las encuentre por inducción o bien "deduciéndolas lógicamente, lo cual les otorga un carácter absoluto".¹⁰

De esta manera y por primera vez, una ciencia social logra formular relaciones necesarias. Tal es el sentido de la última frase de Trubetzkoy, mientras que las reglas precedentes muestran como debe operar la lingüística para obtener ese resultado. No nos corresponde mostrar aquí que las pretensiones de Trubetzkoy son justificadas; la gran mayoría de los lingüistas modernos parece que están bastante de acuerdo a ese respecto. Pero cuando un acontecimiento de tal importancia se produce en una de las ciencias del hombre, los representantes de las disciplinas vecinas no solo pueden, sino que deben verificar inmediatamente sus consecuencias y su aplicación posible a hechos de otro orden.

Se abren entonces nuevas perspectivas. No se trata ya de una cooperación ocasional por la cual el lingüista y el sociólogo, trabajando cada uno en su rincón, se arrojan de tanto en tanto aquello que cada uno encuentra y que puede interesar al otro. En el estudio de los problemas de parentesco (y sin duda también en el estudio de otros problemas), el sociólogo se encuentra en una situación formalmente semejante a la del lingüista fonólogo: como los fonemas, los términos de parentesco son elementos de significación; como ellos, adquieren esta significación sólo a condición de integrarse en sistemas; los "sistemas de parentesco", como los "sistemas fonológicos", son elaborados por el espíritu en el plano del pensamiento inconsciente; la recurrencia, en fin, en regiones del mundo alejadas unas de otras y en sociedades profundamente diferentes, de formas de parentesco, re-

⁸ N. Trubetzkoy, "La phonologie actuelle", en *Psychologie du langage*, París, 1933 (trad. Esp. en *Psicología del lenguaje*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1952, cap. III, pp. 145-160 (N. Del R.)).

⁹ *Op. cit.*, p. 243.

¹⁰ *Ibid.*

glas de matrimonio, actitudes semejantes prescritas entre ciertos tipos de parientes, etcétera, permite creer que, tanto en uno como en otro caso, los fenómenos observables resultan del juego de leyes generales pero ocultas. El problema se puede formular entonces de la siguiente manera: en "otro orden de realidad", los fenómenos de parentesco son fenómenos "del mismo tipo" que los fenómenos lingüísticos. Utilizando un método análogo "en cuanto a la forma" (si no es en cuanto al contenido) al método introducido por la fonología, ¿puede el sociólogo lograr que su ciencia realice un progreso semejante al que acaba de tener lugar en las ciencias lingüísticas?

Una comprobación suplementaria induce aún más a encaminarse en esta dirección: el estudio de los problemas de parentesco se presenta hoy en los mismos términos que los de la lingüística en vísperas de la revolución fonológica, y parece luchar contra las mismas dificultades. Entre la antigua lingüística, que buscaba ante todo en la historia su principio de explicación, y ciertas tentativas de Rivers, existe una analogía sorprendente: en ambos casos el estudio diacrónico por sí solo —o casi— debe dar cuenta de los fenómenos sincrónicos. Al comparar la fonología con la antigua lingüística, Trubetzkoy define la primera como "un estructuralismo y un universalismo sistemático", que él opone al individualismo y al "atomismo" de las escuelas anteriores. Y cuando considera el estudio diacrónico, lo hace desde una perspectiva profundamente modificada: "la evolución del sistema fonológico, en un momento dado cualquiera, está dirigida por la tendencia hacia un objetivo... Esta evolución tiene, pues, un sentido, una lógica interna, que la fonología histórica se encarga de poner de manifiesto".¹¹ Esta interpretación "individualista", "atomista", basada exclusivamente en la contingencia histórica, que Trubetzkoy y Jakobson critican, es en efecto la misma que se aplica generalmente a los problemas de parentesco.¹² Cada detalle de terminología, cada regla especial de matrimonio, es asociada a una costumbre diferente, como una consecuencia o un vestigio; se cae así en un abuso de discontinuidad. Nadie se pregunta cómo es posible que los sistemas de parentesco, considerados en su conjunto sincrónico, seag el resultado arbitrario del encuentro entre distintas instituciones heterogéneas (la mayoría, por lo demás, hipotéticas) y funcionar, sin embargo, con un grado mínimo de regularidad y de eficiencia.¹³

Una dificultad preliminar se opone, sin embargo, a la transposición del método fonológico a los estudios de sociología primitiva. La analogía superficial entre los sistemas fonológicos y los sistemas de parentesco es tan grande que incita

¹¹ Op. cit., p. 245. R. Jakobson, "Principien der historischen Phonologie", *Travaux du Centre linguistique de Prague*, IV; cf. también las "Remarques sur l'évolution phonologique du russe", del mismo autor, *ibid.*, p. 1.

¹² W. H. R. Rivers, *The History of Melanesian Society*, Londres, 1914, *passim*; *Social Organization*, de W. J. Perry (ed.), Londres, 1924, cap. IV.

¹³ En el mismo sentido, S. Tax, "Some Problems of Social Organisation", en *Social Anthropology of North American Tribes*, F. Eggan (ed.), Chicago, 1937.

de inmediato a seguir una pista falsa. Ésta consiste en asimilar los términos de parentesco a los fonemas del lenguaje desde el punto de vista de su tratamiento formal. Es sabido que para alcanzar una ley de estructura, el lingüista analiza los fonemas en "elementos diferenciales", que pueden ser luego organizados en uno o varios "pares de oposiciones".¹⁴ El sociólogo puede sentirse llevado a disociar los términos de parentesco de un sistema dado, siguiendo un método análogo. En nuestro sistema de parentesco por ejemplo, el término "padre" tiene una connotación positiva en cuanto al sexo, la edad relativa, la generación; por el contrario, su extensión es nula y no puede traducir una relación de alianza. Se podrá preguntar de esta manera, para cada sistema, cuáles son las relaciones expresadas, y para cada término del sistema, qué connotación posee —positiva o negativa— respecto de cada una de esas relaciones: generación, extensión, sexo, edad relativa, afinidad, etcétera. Precisamente en este plano "microsociológico" se esperará encontrar las leyes de estructura más generales como el lingüista descubre las suyas en el plano infrafonémico o el físico en el plano inframolecular, es decir en el nivel del átomo. La interesante tentativa de Davis y Warner¹⁵ podría ser interpretada en estos términos.

Al punto se presenta, empero, una triple objeción. Un análisis verdaderamente científico debe ser real, simplificador y explicativo. Los elementos diferenciales a que llega el análisis fonológico poseen, en efecto, una existencia objetiva desde el triple punto de vista psicológico, fisiológico e incluso físico; son menos numerosos que los fonemas formados por combinación; finalmente, permiten comprender y reconstruir el sistema. De la hipótesis precedente no resultaría nada de esto. El tratamiento de los términos de parentesco, tal como acabamos de imaginarlo, es analítico solamente en apariencia, porque en realidad el resultado es más abstracto que el principio; en lugar de ir hacia lo concreto, nos alejamos de ello, y el sistema definitivo —cuando lo hay— solo puede ser conceptual. En segundo lugar, la experiencia de Davis y Warner prueba que el sistema obtenido mediante este procedimiento es infinitamente más complicado y difícil de interpretar que los datos de la experiencia.¹⁶ En fin, la hipótesis carece de todo valor explicativo: no permite comprender la naturaleza del sistema, y menos aún reconstruir su génesis.

¹⁴ R. Jakobson, "Observations sur le classement phonologique des consonnes", *loc. cit.*

¹⁵ K. Davis y W. L. Warner, "Structural Analysis of Kinship", *Amer. Anthropol.*, n. s., vol. 37, 1935.

¹⁶ De tal manera, tras el análisis de estos autores, el término "marido" se encuentra reemplazado por la fórmula:

$C^{20}/\theta S U^{\theta} B/ Ego$ (*loc. cit.*)

Señalaremos dos estudios recientes que emplean un aparato lógico mucho más refinado y ofrecen un gran interés en cuanto al método y los resultados. Cf. F. G. Lounsbury, "A Semantic Analysis of the Pawnee Kinship Usage", *Language*, vol. 32, núm. 1, 1956; W. H. Goodenough, "The Componential Analysis of Kinship"; *id.*, *ibid.*

¿Cuál es la razón de este fracaso? Una fidelidad demasiado literal al método del lingüista traiciona en realidad su espíritu. Los términos de parentesco no tienen únicamente una existencia sociológica: son también elementos del discurso. En una transposición apresurada de los métodos de análisis del lingüista es necesario no olvidar que, en tanto partes del vocabulario, los términos de parentesco dependen de esos métodos no de manera analógica, sino directa. Ahora bien, la lingüística enseña precisamente que el análisis fonológico no opera en forma directa con las palabras, sino solo con las palabras disociadas previamente en fonemas. No hay relaciones necesarias en el plano del vocabulario.¹⁷ Esto vale para todos los elementos del vocabulario y, entre ellos, para los términos de parentesco. En lingüística es cierto y por lo tanto debe serlo *ipso facto* para una sociología del lenguaje. Una tentativa como aquella cuya posibilidad estamos discutiendo consistiría, pues, en extender el método fonológico olvidando su fundamento. Kroeber, en un artículo ya lejano, había previsto de manera profética esta dificultad.¹⁸ Y si él concluyó entonces que era imposible un análisis estructural de los términos de parentesco, es porque la lingüística misma se encontraba a la sazón reducida a un análisis fonético, psicológico e histórico. Las ciencias sociales deben, en efecto, compartir las limitaciones de la lingüística, pero pueden también sacar provecho de sus progresos.

No hay que descuidar tampoco la muy profunda diferencia existente entre el cuadro de los fonemas de una lengua y el cuadro de los términos de parentesco de una sociedad. En el primer caso, no caben dudas en cuanto a la función: todos sabemos para qué sirve un lenguaje; sirve para la comunicación. En cambio, lo que el lingüista ha ignorado durante mucho tiempo —y solo ha podido descubrirlo gracias a la fonología—, es el medio por el cual el lenguaje alcanza ese resultado. La función era evidente; el sistema permanecía desconocido. A este respecto el sociólogo se encuentra en la situación inversa: que los términos de parentesco constituyen sistemas, lo sabemos claramente desde Lewis H. Morgan, en cambio ignoramos siempre cuál es el uso a que están destinados. El desconocimiento de esta situación inicial reduce la mayoría de los análisis estructurales de los sistemas de parentesco a puras tautologías. Demuestran lo que es evidente y descuidan lo que permanece ignorado.

Esto no quiere decir que debamos renunciar a introducir un orden y a descubrir una significación en las nomenclaturas de parentesco. Pero al menos es preciso reconocer los problemas especiales que plantea una sociología del vocabulario, y el carácter ambiguo de las relaciones que unen sus métodos con los de la lingüística. Por esta razón sería preferible limitar la discusión a un caso en el que la analogía presenta una forma simple. Por fortuna, contamos con esta posibilidad.

¹⁷ Como se podrá ver leyendo el cap. v, yo emplearía hoy una fórmula menos estricta.

¹⁸ A. L. Kroeber, "Classificatory Systems of Relationship", *Int. of the Royal Anthropol. Inst.*, vol. 39, 1909.

En efecto, lo que se llama generalmente un "sistema de parentesco" recubre dos órdenes muy diferentes de realidad. Tenemos ante todo términos por los que se expresan los diferentes tipos de relaciones familiares. Pero el parentesco no se expresa solamente en una nomenclatura: los individuos o las clases de individuos que utilizan los términos se sienten (o no se sienten, según los casos) obligados a una determinada conducta recíproca: respeto o familiaridad, derecho o deber, afección u hostilidad. Así, entonces, junto a lo que nosotros proponemos llamar el "sistema de denominaciones" (que constituye, en rigor, un sistema de vocabulario), hay otro de naturaleza igualmente psicológica y social, que llamaremos "sistema de las actitudes". Ahora bien, si es verdad (como lo hemos mostrado más arriba) que el estudio de los sistemas de denominaciones nos coloca en una situación análoga a la que nos plantean los fonológicos, pero inversa, esta situación resulta "enderezada", por decirlo así, cuando se trata de los sistemas de actitudes. Adivinamos el papel desempeñado por éstos, que consiste en asegurar la cohesión y el equilibrio del grupo, pero no comprendemos la naturaleza de las conexiones existentes entre las diversas actitudes ni alcanzamos a advertir su necesidad.¹⁹ En otros términos, y como en el caso del lenguaje, conocemos la función, pero nos falta el sistema.

Entre "sistema de denominaciones" y "sistema de actitudes" nosotros vemos, pues, una diferencia profunda. En este punto nos separamos de A. R. Radcliffe-Brown, si es cierto que éste creía —como le ha sido reprochado a veces— que el segundo no era más que la expresión —o la traducción en el plano afectivo— del primero.²⁰ En el curso de los últimos años se han ofrecido numerosos ejemplos de grupos cuyo cuadro de términos de parentesco no refleja exactamente el cuadro de las actitudes familiares, e inversamente.²¹ Sería un error creer que en toda sociedad el sistema de parentesco constituye el principal medio de regular las relaciones individuales; inclusive en sociedades donde dicho sistema desempeña tal papel, no lo cumple siempre en igual medida. Además, es necesario distinguir entre dos tipos de actitudes: ante todo las actitudes difusas, no cristalizadas y desprovistas de carácter institucional, de las que se puede admitir que son, en el plano psicológico, reflejo o fruto de la terminología. Junto a las precedentes o además de ellas, están las actitudes cristalizadas, obligatorias, sancionadas por tabús o privilegios, que se expresan a través de un ceremonial fijo. En lugar de refle-

¹⁹ Es preciso excluir de este juicio la obra notable de W. Lloyd Warner, "Morphology and Functions of the Australian Murngin Type of Kinship", *Amer. Anthropol.*, n.s., vol. 32-33, 1930-1931, cuyo análisis del sistema de actitudes, no obstante ser discutible en cuanto al fondo, inaugura una nueva etapa en el estudio de los problemas de parentesco.

²⁰ A. R. Radcliffe-Brown, "Kinship Terminology in California", *Amer. Anthropol.*, n.s., vol. 37, 1935; "The Study of Kinship Terms", *Int. Roy. Anthropol. Inst.*, vol. 71, 1941.

²¹ M. E. Opler, "Apache Data Concerning the Relation of Kinship Terminology to Social Classification", *Amer. Anthropol.*, n.s., vol. 39, 1937; A. M. Harper, "Yupik Kinship Terms", *ibid.*, 44, 1942.

jar automáticamente la nomenclatura, estas actitudes aparecen a menudo como elaboraciones secundarias destinadas a resolver contradicciones y a superar insuficiencias inherentes al sistema de denominaciones. Este carácter sintético se manifiesta de manera particularmente clara entre los *wik monkan* de Australia; en este grupo, los privilegios de burla sancionan una contradicción entre las relaciones de parentesco que unen a dos hombres antes de su casamiento, y la relación teórica que sería preciso suponer entre ellos para dar cuenta de su ulterior matrimonio con dos mujeres que no mantienen entre sí la relación correspondiente.²² Existe una contradicción entre dos sistemas posibles de nomenclatura, y el interés que recae sobre las actitudes representa un esfuerzo por integrar o superar esta contradicción entre los términos. No hay dificultad en estar de acuerdo con Radcliffe-Brown cuando afirma la existencia de *real relations of interdependence between the terminology and the rest of the system*.²³ Al concluir, de la ausencia de un paralelismo riguroso entre actitudes y nomenclatura, que los dos órdenes son recíprocamente autónomos, algunos —al menos— de los críticos de Radcliffe-Brown se han desorientado. Pero esta relación de interdependencia no es una correspondencia término a término. El sistema de las actitudes constituye más bien una integración dinámica del sistema de denominaciones.

Aun cuando se sostenga la hipótesis —a la cual adherimos sin reserva— de una relación funcional entre los dos sistemas, tenemos derecho, por razones de método, a tratar los problemas relativos a uno y a otro como problemas separados. Es lo que nos proponemos hacer aquí a propósito de un problema tenido a justo título por el punto de partida de toda teoría de las actitudes: el problema del tío materno. Trataremos de mostrar cómo una transposición formal del método seguido por el fonólogo permite arrojar sobre este problema una nueva luz. Los sociólogos le han dedicado una atención especial, y ello debido solamente a que, en efecto, la relación entre el tío materno y el sobrino era al parecer objeto de un desarrollo importante en un gran número de sociedades primitivas. Pero no basta comprobar esta frecuencia; es preciso descubrir la razón.

Recordemos rápidamente las principales etapas de la evolución de este problema. Durante todo el siglo XIX y hasta Sydney Hartland,²⁴ la importancia del tío materno fue desde luego interpretada como supervivencia de un régimen matrilineal. Este era puramente hipotético, y su posibilidad resultaba particularmente dudosa en presencia de ejemplos europeos. Por otro lado, la tentativa de Rivers²⁵

²² D. P. Thompson, "The Joking-Relationship and Organized Obscenity in North Queensland", *Amer. Anthropol.*, n.s., vol. 37, 1935.

²³ "The Study of Kinship Terms", *op. cit.*, p. 8. Esta última fórmula de Radcliffe-Brown nos parece mucho más satisfactoria que su afirmación de 1935, según la cual las actitudes presentan "a fairly high degree of correlation with the terminological classification", (*Amer. Anthropol.*, n.s., 1935; p. 53).

²⁴ S. Hartland, "Matrilineal Kinship and the Question of its Priority", *Memo. of the Amer. Anthropol. Assoc.*, 4, 1917.

²⁵ W. H. R. Rivers, "The Marriage of Cousins in India", *Inf. of the Royal Asiatic Society*, julio de 1907.

de explicar la importancia del tío materno en la India del Sur como un residuo del matrimonio entre primos cruzados llegaba a un resultado desolador: el mismo autor debía reconocer que esta interpretación no podía dar cuenta de todos los aspectos del problema, y se resignaba a la hipótesis de que "varias" costumbres heterogéneas y actualmente desaparecidas (una de las cuales solamente era el matrimonio entre primos), debían ser invocadas para comprender la existencia de "una sola" institución. El atomismo y el mecanicismo triunfaban.²⁶ De hecho, únicamente con el artículo capital de Lowie sobre el complejo matrilineal²⁷ se abre lo que nos gustaría llamar la "etapa moderna" del problema del avunculado. Lowie muestra que la correlación invocada o postulada entre el predominio del tío materno y un régimen matrilineal no resiste el análisis; en realidad, el avunculado se encuentra asociado tanto a regímenes patrilineales cuanto a regímenes matrilineales. El papel del tío materno no se explica como consecuencia o supervivencia de un régimen de derecho materno; se trata solamente de la aplicación particular *of a very general tendency to associate definite social relations with definite forms of kinship regardless of maternal or paternal side*.²⁸ Este principio, que Lowie introduce por primera vez en 1919, según el cual existe una tendencia general a *calificar las actitudes*, constituye la única base positiva de una teoría de los sistemas de parentesco. Pero, al mismo tiempo Lowie dejaba ciertas cuestiones sin respuesta: ¿qué se denomina, exactamente avunculado? ¿No se confunden bajo un mismo término costumbres y actitudes diferentes? Y si es verdad que existe una tendencia a calificar todas las actitudes, ¿por qué solamente ciertas actitudes se encuentran asociadas a la relación avuncular y no, según los grupos considerados, cualesquiera actitudes posibles?

Abremos aquí un paréntesis, con el fin de subrayar la sorprendente analogía que se manifiesta entre el itinerario de nuestro problema y ciertas etapas de la reflexión lingüística: la diversidad de las actitudes posibles en el ámbito de las relaciones interindividuales es prácticamente ilimitada; lo mismo vale para la diversidad de sonidos que puede articular el aparato vocal, como efectivamente se produce en los primeros meses de la vida humana. Cada lengua, sin embargo, solo retiene un número muy reducido entre los dos sonidos posibles y a este respecto la lingüística se plantea dos interrogantes: ¿por qué han sido seleccionados ciertos sonidos? ¿qué relación existe entre uno o varios de los elegidos y todos los demás?²⁹ Nuestro esquema de la historia del problema del tío materno se halla precisamente en esta misma etapa: el grupo social, como la lengua, encuentra a su

²⁶ *Op. cit.*, p. 624.

²⁷ R. H. Lowie, "The Matrilineal Complex", *Univ. of California Publ. in Amer. Archaeol. and Ethnol.*, 16, 1919, núm. 2.

²⁸ "De una tendencia muy general a asociar definidas relaciones sociales con formas definidas de parentesco, sin considerar el matrilinealismo o el patrilinealismo" (N. del R.)

²⁹ Roman Jakobson, *Kindersprache, Aphasie und allgemeine Lautgesetze*, Uppsala, 1941.

disposición un material psicofisiológico muy rico; al igual que la lengua conserva solamente ciertos elementos—algunos de los cuales, al menos, permanecen idénticos a través de las más diversas culturas—y los combina en estructuras siempre diversificadas. Se pregunta, pues, cuál es la razón de la elección y cuáles son las leyes de las combinaciones.

En cuanto al problema particular de la relación avuncular, conviene dirigirse a Radcliffe-Brown; su célebre artículo sobre el tío materno en África del Sur³⁰ es la primera tentativa de captar y analizar las modalidades de lo que podría llamarse el "principio de la calificación de las actitudes". Aquí bastará recordar rápidamente las tesis fundamentales de este estudio, hoy día clásico.

Según Radcliffe-Brown, el término "avuncular" recubre dos sistemas de actitudes antitéticas: en un caso, el tío materno representa la autoridad familiar; es temido, obedecido, y posee derechos sobre su sobrino; en el otro, es el sobrino quien ejerce sobre su tío privilegios de familiaridad y puede tratarlo más o menos como a una víctima. En segundo lugar, existe una correlación entre la actitud hacia el tío materno y la actitud con respecto al padre. En ambos casos hallamos los dos sistemas de actitudes, pero invertidos: en los grupos donde la relación entre padre e hijo es familiar, la relación entre tío materno y sobrino es rigurosa; y allí donde el padre aparece como el austero depositario de la autoridad familiar, el tío es tratado con libertad. Los dos grupos forman pues, como diría el fonólogo, dos pares de oposiciones. Radcliffe-Brown proponía, para terminar, una interpretación del fenómeno; la filiación determina, en último análisis, el sentido de estas oposiciones. En el régimen patrilineal, donde el padre y la línea del padre representan la autoridad tradicional, el tío materno es considerado como una "madre masculina", tratado generalmente de la misma manera que la madre, e incluso llamado a veces con el mismo nombre de ésta. En el régimen matrilineal se encuentra realizada la situación inversa; allí el tío materno encarna la autoridad, y las relaciones de afecto y familiaridad se fijan sobre el padre y su línea.

Difícilmente puede exagerarse la importancia de esta contribución de Radcliffe-Brown. Tras la crítica despiadada que Lowie dirigiera tan magistralmente contra la metafísica evolucionista, hallamos aquí el esfuerzo de síntesis retomado sobre una base positiva. Afirmar que este esfuerzo no ha alcanzado en seguida su término no es ciertamente atenuar el homenaje debido al gran sociólogo inglés. Reconozcamos entonces que el artículo de Radcliffe-Brown deja abiertos ciertos problemas inquietantes: en primer lugar, el avuncular no está presente en todos los sistemas matrilineales y patrilineales, y a veces aparece en sistemas que no son ni una cosa ni otra.³¹ Además, la relación avuncular no es entre dos, sino entre cua-

³⁰ A. R. Radcliffe-Brown, "The Mother's Brother in South Africa", *South African J. of Science*, vol. 21, 1924.

³¹ Así, por ejemplo, entre los mandugomor de Nueva Guinea, donde la relación entre tío materno y sobrino es constantemente familiar, mientras que la filiación es alternativamente patrilineal y matri-

tro términos: supone un hermano, una hermana, un cuñado y un sobrino. Una interpretación como la de Radcliffe-Brown aísla arbitrariamente ciertos elementos de una estructura global, que debe ser tratada como tal. Algunos ejemplos simples pondrán de manifiesto esta doble dificultad.

La organización social de los indígenas de las islas Trobriand, en Melanesia, se caracteriza por la filiación matrilineal, relaciones libres y familiares entre padre e hijo y un antagonismo marcado entre tío materno y sobrino.³² Los circasianos del Cáucaso, por el contrario, que son patrilineales, colocan la hostilidad entre padre e hijo, mientras que el tío materno ayuda a su sobrino y le regala un caballo cuando éste se casa.³³ Hasta aquí, nos mantenemos dentro de los límites del esquema de Radcliffe-Brown. Consideremos, empero, las demás relaciones familiares implicadas: Malinowski ha mostrado que en las islas Trobriand, marido y mujer viven en una atmósfera de tierna intimidad y que sus relaciones tienen un carácter recíproco. Las relaciones entre hermano y hermana, en cambio, están dominadas por un tabú extremadamente riguroso. ¿Cuál es la situación en el Cáucaso? La relación tierna se establece aquí entre hermano y hermana, hasta tal punto que entre los pshav, una hija única "adopta" un "hermano", el cual desempeñará junto a ella el papel, propio del hermano, de casto compañero de leche.³⁴ La relación entre los esposos es, en cambio, completamente distinta: un circasiano no se atreve a mostrarse en público con su mujer, y la visita exclusivamente en secreto. Según Malinowski no hay en las islas Trobriand insulto peor que el de decirle a un hombre que se parece a su hermana; el Cáucaso ofrece un equivalente en la prohibición de preguntar a un hombre por la salud de su mujer.

Cuando se consideran sociedades del tipo "circasiano" o "trobriandés", no basta, pues, estudiar la correlación de las actitudes padre/hijo y tío/hijo de la hermana. Esta correlación es solamente un aspecto de un sistema global compuesto por cuatro tipos de relaciones orgánicamente ligadas entre sí, a saber, hermano/hermana, marido/mujer, padre/hijo, tío materno/hijo de la hermana. Los dos grupos que nos han servido de ejemplo proporcionan aplicaciones de una ley que puede formularse de la siguiente manera: en ambos grupos la relación entre tío materno y sobrino es a la relación entre hermano y hermana, como la relación entre padre e hijo es a la relación entre marido y mujer. De tal manera que, conociendo un par de relaciones, sería siempre posible deducir el otro par.

lineal. Cf. Margaret Mead, *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*, Nueva York, 1935, pp. 176-185.

³² B. Malinowski, *The Sexual Life of Savages in North-Western Melanesia*, Londres, 1929, 2 vols.

³³ Dubois de Monpereux (1839), citado según M. Kovaleski, "La famille matricarcale au Caucase", *L'Anthropologie*, t. IV, 1893.

³⁴ Dubois de Monpereux (1839), citado según M. Kovaleski, "La famille matricarcale au Caucase", *L'Anthropologie*, t. IV, 1893.

Veamos ahora otros casos. En Tonga, Polinesia, la filiación es patrilineal como entre los circasianos. Las relaciones entre los cónyuges parecen públicas y armoniosas: las querrelas domésticas son raras, y la mujer, no obstante tener a menudo un status superior al del marido, "no alimenta a su respecto la más mínima idea de rebelión...; en lo que concierne a todas las cuestiones domésticas, se adapta de muy buena gana a su autoridad". De igual modo, reina la mayor libertad entre el tío materno y el sobrino: éste es *fabu*, por encima de la ley, con respecto a su tío, y con él le está permitido todo género de intimidad. A estas relaciones libres se oponen las existentes entre un hijo y su padre. Éste es *tapu*; al hijo le está prohibido tocarle la cabeza o los cabellos, rozarlo mientras come, dormir en su lecho o sobre su almohada, compartir su bebida o su comida, jugar con los objetos pertenecientes al padre. El *tapu* más fuerte de todos es, sin embargo, el que prevalece entre hermano y hermana, quienes no deben ni siquiera hallarse juntos bajo un mismo techo.³⁵

No obstante ser igualmente patrilineales y patrilocales, los indígenas del lago Kutubu, en Nueva Guinea, ilustran una estructura inversa a la precedente: "No he visto jamás asociación más íntima entre padre e hijo", escribe sobre ellos F. E. Williams. Las relaciones entre marido y mujer se caracterizan por el status muy bajo acordado al sexo femenino, "la separación neta entre los centros de interés masculino y femenino", "Las mujeres, dice Williams, deben trabajar duro para su amo...; a veces protestan, y reciben una paliza." Contra el marido, la mujer goza siempre de la protección de su hermano, y busca refugio junto a él. En cuanto a las relaciones entre el sobrino y el tío materno: "El término que mejor las resume es el de 'respeto'... con un matiz de temor", porque el tío materno tiene el poder (como entre los kipsigi de África) de maldecir a su sobrino y el de hacerle sufrir una grave enfermedad.³⁶

Esta última estructura, tomada de una sociedad patrilineal, es sin embargo del mismo tipo que la de los slau de Bougainville, cuya filiación es matrilineal: entre hermano y hermana, "vínculos amistosos y generosidad recíproca"; entre padre e hijo, "nada indica una relación de hostilidad, de autoridad rígida o de respeto temeroso". Pero las relaciones del sobrino con su tío materno se sitúan "entre la disciplina rígida y una interdependencia reconocida de buen grado". Sin embargo, "los informantes dicen que todos los muchachos experimentan un cierto miedo ante sus tíos maternos, y que les obedecen mejor que a sus padres". En lo que respecta al marido y la mujer, no parece reinar entre ellos un buen entendimiento: "Pocas esposas jóvenes son fieles...; los maridos jóvenes son siempre desconfia-

³⁵ E. W. Gifford, "Tonga Society", *B.P. Bishop Mission Bulletin*, núm. 61, Honolulu, 1929, pp. 16-22.

³⁶ F. E. Williams, "Natives of Lake Kutubu, Papua", *Oceania*, vol. XI, 1940-1941 y 12, 1941-1942, pp. 265-280 del vol. 11; "Group Sentiment and Primitive Justice", *Amer. Anthrop.*, vol. XIII, núm. 4, parte I, 1941.

dos, inclinados a la cólera celosa...; el matrimonio implica toda clase de adaptaciones difíciles".³⁷

Un cuadro idéntico pero aun más marcado aparece entre los dobu, matrilineales vecinos de los trobriandeses, que también lo son, pero que poseen una estructura muy diferente. Los hogares dobu son inestables, practican asiduamente el adulterio, y marido y mujer viven siempre en el temor de perecer por obra de la hechicería del otro. En verdad, la observación de Fortune según la cual "es un insulto grave hacer alusión a los poderes de hechicería de una mujer de modo que pueda escuchar el marido", parecería una permutación de las prohibiciones trobriandesas y circasianas citadas más arriba.

El hermano de la madre es considerado en Dobu el más severo de los parientes: "Pega a sus sobrinos mucho tiempo después que sus padres han dejado de hacerlo", y está prohibido pronunciar su nombre: Sin duda la relación tierna existe no tanto con el padre mismo, sino más bien con el "ombligo", el marido de la hermana de la madre, es decir, con un doble del padre. Con todo, se considera que el padre es "menos severo" que el tío y, contrariamente a la ley de transmisión hereditaria, trata siempre de favorecer a su hijo a expensas de su sobrino uterino. En fin, el lazo entre hermano y hermana es "el más fuerte de todos los lazos sociales".³⁸

¿Qué se debe inducir de estos ejemplos? La correlación entre formas de avunculado y tipos de filiación no agota el problema. Formas diferentes de avunculado pueden coexistir con un mismo tipo de filiación, patrilineal y matrilineal. Pero hallamos siempre la misma relación fundamental entre los cuatro pares de oposiciones que son necesarias para la elaboración del sistema. Esto resultará más claro mediante los esquemas de la Figura 1, que ilustran nuestros ejemplos; el signo + representa las relaciones libres y familiares, y el signo - las relaciones marcadas por la hostilidad, el antagonismo o la reserva. Dicha simplificación no es enteramente legítima, pero puede ser utilizada provisionalmente. Más adelante haremos las distinciones indispensables.

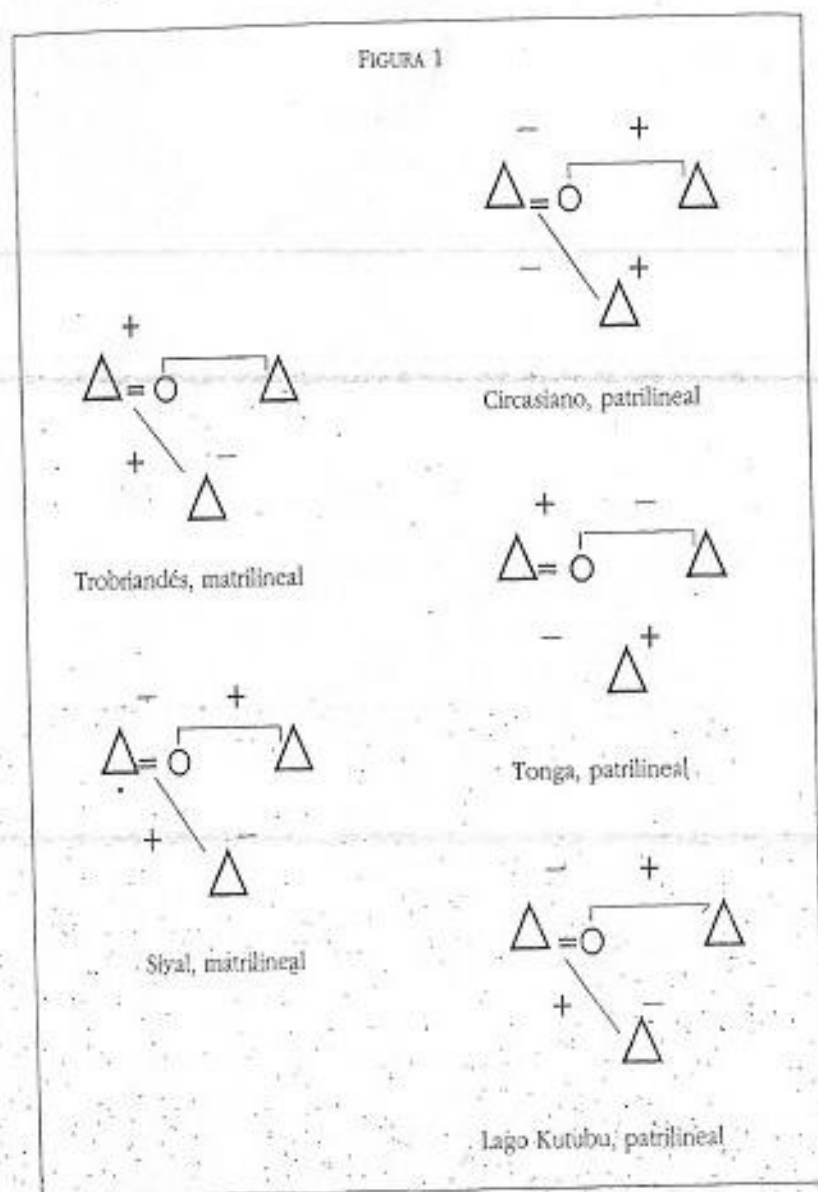
La ley sincrónica de correlación así sugerida puede ser verificada diacrónicamente. Si se resume la evolución de las relaciones familiares en la Edad Media, tal como se desprende de la exposición de Howard, se obtiene el siguiente esquema aproximativo: el poder del hermano sobre la hermana disminuye, aumenta el poder del marido prospectivo. Simultáneamente se debilita el lazo entre padre e hijo, y se refuerza el lazo entre tío materno y sobrino.³⁹

Los documentos reunidos por L. Gautier parecen confirmar esta evolución, puesto que en los textos "conservadores" (Raoul de Cambrai, Geste der Loherains,

³⁷ Douglas L. Oliver, *A Solomon Island Society. Kinship and Leadership among the Slau of Bougainville*, Cambridge, Mass., 1955, *passim*.

³⁸ Beo F. Fortune, *The Sonevers of Dobu*, Nueva York, 1932, pp. 8, 10, 45, 62-64, etc.

³⁹ G. E. Howard, *A History of Matrimonial Institutions*, 3 vol., Chicago, 1904.



etcétera) la relación positiva se establece más bien entre padre e hijo, y solo progresivamente se desplaza hacia el tío materno y el sobrino.⁴⁰

Vemos, pues,⁴¹ que el avunculado, para ser comprendido, debe ser tratado como una relación interior a un sistema, y que es el sistema mismo el que se debe considerar en su conjunto para percibir su estructura. Esta estructura reposa a su vez en cuatro términos (hermano, hermana, padre, hijo) unidos entre sí por dos pares de oposiciones correlativas y tales que, en cada una de las dos generaciones implicadas, existe siempre una relación positiva y otra negativa. Ahora bien, ¿qué es esta estructura y cuál puede ser su razón? La respuesta es la siguiente: esta estructura es la más simple estructura de parentesco que pueda concebirse y que pueda existir. Es, hablando con propiedad, "el elemento de parentesco".

En apoyo de esta afirmación puede aducirse un argumento de orden lógico: para que exista una estructura de parentesco es necesario que se hallen presentes los tres tipos de relaciones familiares dadas siempre en la sociedad humana, es decir, una relación de consanguinidad, una de alianza y una de filiación; dicho de otra manera, una relación de hermano a hermana, una relación de esposo a esposa, y una relación de progenitor a hijo. Es fácil darse cuenta de que la estructura aquí considerada es aquella que permite satisfacer esta doble exigencia según el principio de la mayor economía. Sin embargo, las consideraciones que preceden tienen un carácter abstracto y puede invocarse una prueba más directa para nuestra demostración.

El carácter primitivo e irreductible del elemento de parentesco tal como lo hemos definido resulta, en efecto, de manera inmediata, de la existencia universal de la prohibición del incesto. Esto equivale a decir que, en la sociedad humana, un hombre únicamente puede obtener una mujer de manos de otro hombre, el cual le cede bajo forma de hija o de hermana. No es necesario, pues, explicar cómo el tío materno hace su aparición en la estructura de parentesco: no aparece, sino que está inmediatamente dado: es la condición de esa estructura. El error de la sociología tradicional, como el de la lingüística tradicional, consiste en haber considerado los términos y no las relaciones entre los términos.

Antes de proseguir, eliminemos rápidamente algunas objeciones que podrían presentárenos. En primer lugar, si la relación de los "cuñados" forma el eje inevitable en torno del cual se construye la estructura de parentesco, ¿para qué hacer

⁴⁰ Léon Gautier, *La chevalerie*, París, 1890. Sobre el mismo tema, puede consultarse con provecho F. B. Gammer, "The Sister's Son", en *An English Miscellany Presented to Dr. Furnivall*, Londres, 1901; W. O. Farnsworth, *Uncle and Nephew in the Old French Chanson de Geste*, Nueva York, Columbia University Press, 1913.

⁴¹ Los párrafos que preceden han sido escritos en 1957, en reemplazo del texto inicial, en respuesta a la prudente observación de mi colega Luc de Heusch, de la Universidad Libre de Bruselas, según la cual uno de mis ejemplos era materialmente inexacto. Dejo aquí constancia de mi agradecimiento.

intervenir en la estructura elemental al niño nacido del matrimonio? Debe entenderse que el niño representado puede ser tanto el niño nacido como por nacer. Pero, esto sentado, el niño es indispensable para atestiguar el carácter dinámico y teológico de la etapa inicial, que funda el parentesco sobre la alianza y por medio de ella. El parentesco no es un fenómeno estático; solo existe para perpetuarse. No pensamos aquí en el deseo de perpetuar la raza, sino en el hecho de que en la mayoría de los sistemas de parentesco el desequilibrio inicial que se produce, en una generación dada, entre el que cede a una mujer y el que la recibe, únicamente puede estabilizarse mediante las contraprestaciones que tienen lugar en las generaciones ulteriores. Aun la más elemental estructura de parentesco existe simultáneamente en el orden sincrónico y en el diacrónico.

En segundo lugar, ¿no es posible concebir una estructura simétrica, de igual simplicidad, pero en la cual haya inversión de sexos, es decir, una estructura en la que intervengan una hermana, su hermano, la mujer de este último y la hija nacida de esa unión? Sin duda alguna; pero esta posibilidad teórica puede ser eliminada inmediatamente sobre una base experimental: en la sociedad humana son los hombres quienes intercambian a las mujeres y no a la inversa. Queda por investigar si ciertas culturas no han tendido a realizar una especie de imagen ficticia de esta estructura simétrica. Los casos tienen que ser raros.

Llegamos ahora a una objeción más grave. En efecto, podría ocurrir que solamente hubiéramos dado vuelta el problema. La sociología tradicional se ha empeñado en explicar el origen del avunculado, y nosotros nos hemos librado de esta búsqueda tratando al hermano de la madre no como un elemento extrínseco, sino como un dato inmediato de la más simple estructura familiar. ¿Cómo se explica, entonces, que no encontremos siempre y en todas partes el avunculado? Porque si bien el avunculado tiene una distribución muy frecuente, con todo no es universal. Sería inútil haber evitado la explicación de los casos en los cuales se halla presente, nada más que para fracasar ante su ausencia.

Observemos, en primer término, que el sistema de parentesco no posee igual importancia en todas las culturas. En algunas proporciona el principio activo que regula todas las relaciones sociales o la mayor parte de éstas. En otros grupos, como nuestra sociedad, dicha función está ausente o bien muy reducida; en otros, como las sociedades de los indios de la llanura, solo se cumple parcialmente. El sistema de parentesco es un lenguaje; no es un lenguaje universal, y puede ser desplazado por otros medios de expresión y de acción. Desde el punto de vista del sociólogo, esto quiere decir que, en presencia de una determinada cultura, se plantea siempre un interrogante preliminar: el sistema, ¿es sistemático? Una pregunta semejante, a primera vista absurda; solo sería realmente referida a la lengua; porque la lengua es el sistema de significación por excelencia; ella no puede no significar y su existencia se agota en la significación. El problema debe, en cambio, ser exarhinado con rigor creciente a medida que uno se aleja de la lengua para tomar en cuenta otros sistemas que aspiran también a la significación pero cuyo

valor de significación resulta parcial, fragmentario o subjetivo: organización social, arte, etcétera.

Hemos interpretado además el avunculado como un rasgo característico de la estructura elemental. Ésta, resultante de relaciones definidas entre cuatro términos es, en nuestra opinión, el verdadero átomo de parentesco.⁴² Carece de toda existencia que puede ser concebida o dada fuera de las exigencias fundamentales de su estructura y, por otra parte, es el único material de construcción de los sistemas más complejos. Porque hay sistemas más complejos, o para decirlo más exactamente, todo sistema de parentesco es elaborado a partir de esta estructura elemental, que se repite o se desarrolla por integración de nuevos elementos. Es necesario, pues, tomar en cuenta dos hipótesis: cuando el sistema de parentesco considerado procede por yuxtaposición simple de estructuras elementales y, en consecuencia, la relación avuncular permanece siempre manifiesta, y cuando la unidad de construcción del sistema es ya de orden más complejo. En este último caso, si bien la relación avuncular sigue estando presente, es susceptible de diluirse en un contexto diferenciado. Puede concebirse, por ejemplo, un sistema que tome como punto de partida la estructura elemental, pero que agregue, a la derecha del tío materno, a la mujer de este último, y a la izquierda del padre, en primer término, a la hermana del padre y luego al marido de ésta. Se podría demostrar fácilmente que un desarrollo de este orden produce, en la generación siguiente, un desdoblamiento paralelo: el hijo debe entonces ser diferenciado en hijo varón e hija, unido cada uno, por una relación simétrica e inversa, a los términos que ocupan en la estructura las demás posiciones periféricas (posición preponderante de la hermana del padre en la Polinesia, *nblampsa* sudafricana y herencia de la mujer del hermano de la madre). En una estructura de este orden la relación avuncular sigue siendo manifiesta, pero ha dejado ya de ser predominante. Puede borrarse o confundirse con otras, en estructuras de una complejidad aún mayor. Pero precisamente porque pertenece a la estructura elemental, la relación avuncular reaparece con nitidez y tiende a exasperarse cada vez que el sistema considerado presenta un aspecto crítico: ya sea por hallarse en transformación rápida (costa noroeste del Pacífico), ya porque se encuentra en el punto de contacto y de conflicto entre culturas profundamente diferentes (Fidji, India del Sur); ya, en fin, porque se halla próximo a una crisis fatal (Edad Media Europea).

Cabe agregar que los símbolos, positivo y negativo, que hemos empleado en los esquemas precedentes, representan una simplificación exoesiva, aceptable solamente como una etapa de la demostración. En realidad el sistema de las actitudes elementales comprende por lo menos cuatro términos: una actitud de afecto, ternura y espontaneidad, una actitud resultante del intercambio recíproco de

⁴² Sin duda es superficial subrayar que el atomismo, tal como nosotros lo hemos criticado en Rivers, es el de la filosofía clásica y no la concepción estructural del átomo tal como se la encuentra en la física moderna.

prestaciones y contraprestaciones; y, además de estas relaciones bilaterales, dos relaciones unilaterales correspondientes, una a la actitud del acreedor, la otra a la del deudor. Dicho de otra manera: mutualidad (=); reciprocidad (\pm), derecho (+); obligación (-). Estas cuatro actitudes fundamentales pueden ser representadas, en sus relaciones recíprocas, de la siguiente manera:

FIGURA 2



En muchos sistemas, la relación entre dos individuos se expresa a menudo no por una sola actitud, sino por varias, que forman, por así decirlo, un haz (en las islas Trobriand, hay entre marido y mujer mutualidad más reciprocidad). Ésta es una razón suplementaria que puede hacer difícil aislar la estructura elemental.

Hemos tratado de mostrar todo lo que el análisis precedente debe a los maestros contemporáneos de la sociología primitiva. Es preciso, sin embargo, subrayar que, en el punto fundamental, nuestro análisis se aparta de las enseñanzas de estos maestros. Citemos, por ejemplo, a Radcliffe-Brown.

"La unidad de estructura a partir de la cual se construye un parentesco es el grupo que yo llamo una "familia elemental", consistente en un hombre y su esposa y su hijo o hijos... La existencia de la familia elemental crea tres tipos especiales de relación social: entre padre e hijo, entre los hijos de los mismos padres (*siblings*) y entre marido y mujer en tanto padres del mismo niño o niños... Las tres relaciones existentes dentro de la familia elemental constituyen lo que denomino el primer orden. Relaciones de segundo orden son las que dependen de la conexión entre dos familias elementales por la mediación de un miembro común, tales como el padre del padre, el hermano de la madre, la hermana de la mujer, etcétera. Se ubican en el tercer orden relaciones tales como el hijo del hermano del padre y la mujer del hermano de la madre. Podemos trazar así, si contamos con información genealógica, relaciones de cuarto, quinto o enésimo orden".⁴¹

La idea expresada en este pasaje, según la cual la familia biológica constituye el punto a partir del cual toda sociedad elabora su sistema de parentesco, no es por cierto original del maestro inglés; sería difícil hallar otra que recogiera en la actualidad una unanimidad mayor. A nuestro juicio, no hay tampoco otra idea más peligrosa. Sin duda, la familia biológica está presente y se prolonga en la sociedad

⁴¹ A. S. Radcliffe-Brown, *op. cit.*, p. 2.

humana. Pero lo que confiere al parentesco su carácter de hecho social no es lo que debe conservar de la naturaleza: es el movimiento esencial por el cual el parentesco se separa de ésta. Un sistema de parentesco no consiste en los lazos objetivos de filiación o de consanguinidad dados entre los individuos; existe solamente en la conciencia de los hombres; es un sistema arbitrario de representaciones y no el desarrollo espontáneo de una situación de hecho. Esto no significa por cierto, que dicha situación de hecho resulte automáticamente contradicha, ni siquiera simplemente ignorada. Radcliffe-Brown ha mostrado, en estudios que hoy son clásicos, que aun los sistemas de apariencia más rígida y artificial, como los sistemas australianos de clases matrimoniales, toman en cuenta cuidadosamente el parentesco biológico. Pero una observación indiscutible como ésta de Radcliffe-Brown deja intacto el hecho, a nuestro juicio decisivo, de que en la sociedad humana el parentesco solo es libre de establecerse y perpetuarse por medio y a través de determinadas modalidades de alianza. En otros términos, las relaciones tratadas por Radcliffe-Brown como "relaciones de primer orden" son función de aquellas que él considera secundarias y derivadas, y dependen de éstas. El rasgo primordial del parentesco humano consiste en requerir, como condición de existencia, la relación entre lo que Radcliffe-Brown llama "familias elementales". No son entonces las familias, términos aislados, lo verdaderamente "elemental", sino la relación entre esos términos. Ninguna otra interpretación puede dar cuenta de la universalidad de la prohibición del incesto, de la cual la relación avuncular, bajo su forma más general, no es otra cosa que un corolario, unas veces manifiesto, otras implícito.

Debido a su carácter de sistemas de símbolos, los sistemas de parentesco ofrecen al antropólogo un terreno privilegiado en el cual sus esfuerzos pueden casi alcanzar (insistimos sobre este "casi") los de la ciencia social más desarrollada, es decir, la lingüística. Pero la condición de este acercamiento, del que puede esperarse un mejor conocimiento del hombre, consiste en no olvidar nunca que, tanto en el estudio sociológico como en el estudio lingüístico, nos hallamos en pleno simbolismo. Ahora bien, si es legítimo, y en cierto sentido inevitable, recurrir a la interpretación naturalista para tratar de comprender la emergencia del pensamiento simbólico, una vez dado éste, la explicación debe cambiar de naturaleza tan radicalmente como el nuevo fenómeno aparecido difiere de aquellos que lo han precedido y preparado. A partir de este momento, toda concesión al naturalismo comprometerá los inmensos progresos ya cumplidos en el dominio lingüístico y los que comienzan a insinuarse también en la sociología familiar, y condenará a ésta a un empirismo sin inspiración ni fecundidad.